

LA CARTA DE LUTO.

APARICION.



ON las once de la mañana. D. Antonio trabaja esperando á sus clientes. De vez en cuando alza la cabeza y pasándose la mano por la blanca patilla, exclama con disgusto :

—¡ Esa niña!...

Por fin llama y ordena á un criado que avise á su hija que la espera.

María entra á los pocos momentos. Está más pálida que de costumbre, se adivina el insomnio en sus ojos.

—¿ Qué quieres?

—Que me hagas compañía un rato mientras viene alguien. Estoy rendido, no he dormido bien... Y tú tampoco debes haber descansado...

—Al contrario....

—¿ Qué lees?

—« Gloria », de Perez Galdós.

—Sigue, sigue leyendo; si viene alguien ya avisarán. Acércate más.

María se coloca delante de la mesa teniendo el balcon detrás y la puerta enfrente. La lectura la interesa en extremo á juzgar por la avidez con que su mirada recorre las páginas, y por la profunda emoci3n que revela su alto seno, elevándose y hundiéndose con anhelosa respiracion.

Su padre la observa, aunque sin levantar la cabeza, y continúa escribiendo hasta que, enderezando el cuerpo y apartando las manos del papel, la mira breves instantes, exclamando al fin:

—Hija mia, quiero hablarte formalmente.

—Pues ¿qué ocurre, papá?

—Ocurre que quieres matarte y matarme, que de tu cariño poseo únicamente las exterioridades, que te haces sorda á la razon y que te consumes bajo la influencia de un afecto imposible y funesto.

—Pero, padre mio, ¿á qué viene ahora eso?

—Hace tres años que te espío, que te celo, dos años en que he aprendido á leer tu pensamiento y á conocer tu locura. Te hablo de esto por primera vez. Ni mis cuidados, ni mi autoridad han servido para poner freno á tu imaginacion, y quiero ver si la súplica consigue lo que no ha logrado la prudencia y el silencio. Piensa en mí, hija de mi alma, considera que soy viejo y que estoy solo, recuerda que todos tus dolores los sufro yo aumentados al ver que una sombra me roba tu amor.

—¡Padre, por Dios!

—Sí, me roba tu amor y acabará por robarme tu vida, porque las fuerzas humanas tienen un término, y las tuyas se van agotando, porque vives entregada á un martirio constante, sin que tu razon haga esfuerzo alguno para dominarlo. Eso es el suicidio, y el suicidio es un crimen.

—Me culpas sin razon...

—No, no trates de engañarme, lo he aprendido bien rudamente.

—Estás equivocado. No tengo más afecto que el tuyo. De nadie espero más que de tí. Si alguna vez un recuerdo doloroso cruza por mi mente, procuro desecharlo y lo consigo.

—Mientes por la primera vez en tu vida. Te he visto llorar á solas, conozco en la pulsacion nerviosa con que tocas el

piano que un profundo dolor te conmueve, sé lo que son las inflexiones de tu voz, tu perpetua intranquilidad. Eres muy niña y el alma tiene aún fuerza para asomarse á tus ojos. No le puedes olvidar, le amas, le esperas.

María, que ha empezado á llorar, alza de pronto la cabeza. En sus ojos se pinta el espanto, da un grito y se dirige á la puerta con paso que tiene algo de locura, yendo á caer en los brazos de un hombre que penetra en la habitacion. Ella, con una voz que es cántico y sollozo, grito de victoria y gemido de dolor, exclama volviéndose á su padre:

—¿Ves cómo hacía bien en esperarle?... Ahora ya no se irá más.

—Aquel hombre es Fernando.

¡Casualidad! Tú eres la más dulce y la más cruel de las deidades. Tú obras más prodigios que tu inseparable compañera, la fortuna. Tú realizas los más grandes hechos moviendo una rama, deteniendo un carruaje, haciendo volver á un hombre la cabeza. Mandas en las horas, que á tu antojo detienen ó apresuran el paso, y conduces á la humanidad con hilos misteriosos, cuyo movimiento trazas en vasto plan sólo comprensible para los dioses.

Con la ansiada lluvia que alegra el corazón del labrador, preparas la derrota del guerrero invencible, con la chispa efímera que salta del dulce hogar destruyes el alegre cortijo, con la palabra de un loco trastornas el mundo.

Cleopatra quiere presenciar el combate.

Newton ve caer una manzana.

Los hijos de Montgolfier queman un papel.

Y Antonio muere, la ley de la gravitación se desarrolla, el globo hinchado se eleva en los aires.

Yo te amo, casualidad. Tú me has causado profundas heridas y vivísimos dolores, pero te debo mis únicas alegrías.

El bien esperado se recibe como merecido, el que llega sin anuncio parece dón del cielo, concedido en premio de los deseos nobles y las inclinaciones rectas.

UN CRÍMEN.

Fernando se calló.

La sorpresa, aquel grito del alma que denunciaba una vida de dolor y de esperanza, á la vez que un afecto puro é invariable crecido al calor de la soledad y la duda, lo inexplicable del error, lo violento de la escena hiciéronle asentir en los primeros instantes.

Una explicacion hubiera sido ridícula y cruel, y la evitó.

Ocultó su nuevo nombre, confesó que la antigua amistad le había obligado á presentarse de nuevo en la casa, inventó una historia para justificar su conducta, y dando la visita por terminada, salió conmovido y preocupado, sintiendo que había puesto el pié al borde de un abismo, sin que la firme decision de aclarar el error de María bastara á tranquilizarle. Comprendía que aquello era muy difícil, tenía el presentimiento de una gran desgracia ó de una gran ventura. La una le aterraba tanto como la otra.

Llegó á su casa, y, solo allí con su conciencia, quiso pensar su situacion y decidir su conducta.

La razon severa é inflexible no tenía más que un consejo: confesar la verdad. Él no era dueño de sí, un lazo eterno le apartaba de María, la honra de ésta se mancharía con una vacilacion, el engaño era infame y podía durar poco. No era posible hallar un rincon del mundo donde librarse de la terrible revelacion. En aquel momento la verdad podía herir de muerte á la mujer amante, despues con su vida se llevaría su honra.

¡Ah!... ¡Si el hombre pudiera quedarse á solas con su razon!

Pero esto es imposible, la voluntad, su invencible enemigo, sabe presentarse ante el tribunal de la conciencia con el disfraz mismo de su contraria, y una vez terrible acusador, otra abogado impetuoso, conquistar en nombre de aquella un triunfo que es una derrota. ¿Qué sutileza, qué argucia, qué recurso es desconocido para ellos? Descubre las debilidades del juez y las halaga, busca su apoyo en el romanticismo de

las grandes pasiones para justificar un capricho pasajero ó un liviano deseo , presenta como irresistible sacrificio el más pequeño esfuerzo, y manejando á su antojo los movibles resortes del alma , sabe cubrir la satisfaccion de las pasiones con el manto augusto del deber.

Fernando comprendía cuál era su obligacion , pero ya la irresistible atraccion de la mujer , ya el amor propio envane-cido , ya el encanto de todo lo que es imposible y peligroso, ya en fin, lo extraordinario y novelesco del lance, despertaban en su mente distintas consideraciones é insidiosas réplicas.

—Me ha esperado tres años, sus pensamientos todos han sido para mí sin esperanza de premio , sin que mi ingratitude despertara en ella desprecio ni siquiera olvido. Me ama, pues, con una pasion grande y pura y no puede ser feliz sino con mi amor.

En tanto, la mujer de quien yo me he hecho esclavo, la que por deber y por gratitud debiera haber sido cariñosa compañera de mi vida y refugio de mis dolores , me abandona y llega á manchar el nombre que yo la confié. Ella comete el crimen y yo sufro el castigo. Estoy solo , un lazo que yo no he roto, pero que no existe , me liga á una mujer indigna , y escribe en mi pensamiento la sentencia terrible : Amar es un crimen ; para tí no hay mujer honrada.

Desheredado de los dulces goces de la familia , la sociedad me condena á los lazos criminales y á los amores impuros , y yo debo morir sin satisfacer un dia esta necesidad hambrienta de cariño.

Mi hogar estará siempre solo , sola siempre mi alma , porque ni áun con un vergonzoso olvido puedo comprar el afecto de esa mujer, en quien cifrando yo mi felicidad , Dios y el mundo han condensado mi eterna desdicha.

Locas y ardientes ilusiones venían luégo á arrojar de su mente estos tristes recuerdos, haciendo vacilar más aún la honrada decision formada al principio.

Los momentos de abandono, los apasionados diálogos, los resistidos favores, las dulces delicadezas, los juramentos apenas pronunciados, las mutuas confianzas, todos esos nada que reunidos forman la vida de la pasion, granos de arena

donde tropiezan y caen firmes virtudes y elevados caracteres.

Algun moralista y casi todos los desmoralizados juzgarán con desprecio al hombre que en tal situación vacila; pero uno y otros en igual caso no vacilarían de seguro. Quién con una hipócrita indiferencia, quién tras de algunas lamentaciones sobre la fragilidad humana encontrarían disculpable el extravío y aún justificado el hecho siendo propio. El iman de la mujer sólo tiene polo negativo despues de la posesion.

Sin embargo, Fernando á solas consigo, pensando fria y serenamente, no vaciló. Dudó sólo entre confesar la verdad ó huir nuevamente de la casa que ántes había abandonado sin pena. Una sutileza del deseo hizole rechazar la última y más prudente determinacion. Había cometido una falta y debía sufrir el castigo. La verdad revelada por su boca tenía mucho de noble expiacion; de otro modo su conducta sería infame y su silencio una mentira cobarde. Además, él elegiría la ocasion, iría poco á poco alzando el velo de su secreto, y el resultado no sería tan temible para María como si la revelacion llegaba á ella desnuda y de improviso.

Esperó, pues, en calma al dia siguiente, y volvió á casa de María.

Y pasaron dias, y siguió yendo, y la confesion no pasaba de propósito. Al volver á su casa renovaba la promesa de no consentir un dia más el engaño; pero cuando sus labios se entreabrían para empezar á hablar, sus ojos iluminados por los de María se cerraban con resignacion, engañándose á sí mismo al creer que hacía un esfuerzo para callar.

Aquella lucha mantenía su espíritu en un estado de excitacion permanente, en el que irritadas las fuentes del sentimiento, la pasion encontraba fácil entrada, preparando una posesion completa del alma. Terrible riesgo que Fernando no había previsto, y que cuando llegó á conocer era tarde para remediar.

No en vano un nombre y una imágen existían constantemente en su imaginacion. Lo que ántes fué preocupacion vino á ser necesidad luégo.

El afecto se trocó en pasion y el deber desapareció detras

del tupido velo del deseo. Todas las facultades del alma hallaron digno empleo en aquel poema, ideal de todos los tiempos y de todos los artistas : el amor imposible.

PRIMAVERA.

Todo ha cambiado. Como la campiña despues de la tormenta, el alma de María despliega sus galas al sol de la ventura.

La casa misma parece más alegre. Hay más luz ; los ramos de lilas y violetas la adornan y llenan de aromas, los que la habitan caminan más á prisa y con paso más seguro; el piano ya no modula sólo tristes melodías, y la voz de su dueña, más argentina y nerviosa, despierta alegres ecos al conmover el aire embalsamado.

María, dedicada á las faenas de la casa, suele cantar alguna vez. Su padre al oirla contiene su respiracion, detiene el paso y da gracias al Dios dispensador de todo bien que sabe remunerar la desgracia y la virtud con felicidades inesperadas. Y, como ántes, la espía y la cela, ya no para arrancarla á terribles melancolías ni amargos llantos, sino para saturarse en la atmósfera de felicidad con que el amor la rodea.

Él ha aumentado graciosamente la asignacion para los gastos particulares de María, porque no quiere que la coquetería cueste nada á la caridad, y desea que no falte á su hija una sola de las bendiciones de los pobres necesitados, á los que escucha como risueña profecía, decirla: « Dios se lo pague, » « Dios la haga dichosa, » « El cielo la dé salud y suerte, » vulgárisimas palabras, en las que él tiene honda fe. ¿Cómo no ha de escucharlas un Dios tan bueno que ha creado las flores para que adornen el negro cabello de su hija ?

Su afecto por Fernando es grande, pero reservado, mezclando las más expansivas confianzas con los más recelosos temores. Aquel hombre es el porvenir, la vida de su hija ; ya una vez ha sido su desdicha. ¿Vendrá un nuevo desengaño á hacerla completa é irremediable?

Pero cuando los ve juntos, cuando siente sus miradas y

adivina sus palabras, lo olvida todo y se convierte en un niño embelesado con un cuento.

Una noche María tocaba el piano. Él y Fernando la escuchaban puestos en ella los ojos; D. Antonio se volvió á Fernando y le dijo:

—¿Verdad que es muy hermosa?

Otra vez acababa ella de salir de la habitacion. Echó él el brazo por el hombro de Fernando, y como si buscara la confianza de un compañero, le preguntó:

—¿La quiere V. mucho, eh?...

Él mira el reló más veces que su hija cuando se aproxima la hora en que Fernando tiene costumbre de venir; mide por la presion de sus manos al despedirse el grado de su afecto; tiene celos de todo, y lleva muy á mal que María haya decidido formalmente no asistir al teatro y buscar siempre los paseos solitarios.

Sin embargo, esta vida retirada no es una imposicion de Fernando.

María tiene celos. Teme que en medio del esplendor de una representacion ó del bullicio de un paseo, vuelva á aparecer aquella mujer que en una tarde de otoño vió atravesar su calle. Teme la comparacion, teme los recuerdos.

Considerándose esposa de Fernando, quiere atraerle al hogar, desea que al pensar en ella recuerde la tranquila modestia de aquella casa venerable, el silencio, la confianza, el dulce retiro donde ella le espera siempre amante, sin que sus ojos se fijen en otro hombre ni su palabra se dirija más que á él.

Adora su felicidad y cree que al exhibirla le robarían algo de ella los extraños.

Se considera fuerte porque al mismo tiempo que la ardiente mirada de Fernando, siente sobre sí la tranquila y cuidadosa de su padre, que como guardian perenne vela por ella, pronto á su defensa ó á su socorro.

No aventura una palabra sobre el porvenir, porque cualquiera mudanza le es temible y no desea mayor felicidad que la presente.

Su instinto de mujer amante le hace comprender que Fer-

nando oculta un grave pesar. Al verle algunas veces preocupado y silencioso y otras intentando un esfuerzo para hablar, adivina un peligro y le huye, desvaneciendo los tristes pensamientos del que ama con una de esas frases "cariñosas é inocentes que los hombres nos repetimos al dejar á la mujer querida, huellas profundas que deja un alma al fundirse con otra, felicidades impalpables que no se desvanecen jamás en nuestra memoria, ni aún grabando sobre ellas las traiciones y el desengaño.

Pero estos temores pasan sobre el espíritu de María como sombras por un lago. Lo inmenso de su afecto, lo inesperado de su dicha la han hecho olvidar que en el mundo hay dolores, y como el vencedor al cantar la victoria cree imposible la derrota acaso próxima, así ella cree eterna su ventura.

Hay en su alma una actividad febril, espera los días con impaciencia, busca siempre en qué ocupar su mente; hasta la oración parece monótona y pálida para dar gracias á Dios por el bien que la ha concedido, y en lugar de los aprendidos rezos, cuando su pensamiento se alza al cielo pronuncia palabras ininteligibles mezcladas con hondos suspiros.

Se ha entregado sin reserva á su profunda pasión, más grande por contrariada un día, y ha hecho de ella la única misión de su vida.

La alegría, que pareció haberla abandonado para siempre, ha vuelto con su bullicioso cortejo que el ingenio dirige de vez en cuando como rey absoluto, y con ella han vuelto las hadas que pintan de rosas las mejillas y dan brillo á los ojos, y que al cubrir los labios con la piel de las cerezas saben formarlos graciosos pabellones de la sonrisa.

Su lujo es la modestia, la sencillez su coquetería. Quiere mostrarse tal cual es, sin más atavíos que su dicha, sin otros adornos que su amor, para estar más segura de que su triunfo es legítimo y duradero. Más de una vez en los dulces momentos de confianza y abandono en que los espíritus de los amantes recorren sostenidos uno en otro los anchos campos del ideal, sabe hacer callar un pensamiento poético, una reflexión profunda que pudieran parecer afectadas.

Conoce la más alta, la suprema virtud de la mujer en el

mundo: el amor, y el más ineludible de sus deberes: la abnegación.

Una mujer orgullosa y altiva no puede nunca fundar la dicha de su hogar ni la paz de una familia. Los preciosos títulos de esposa y madre sólo se merecen con el martirio y la resignación.

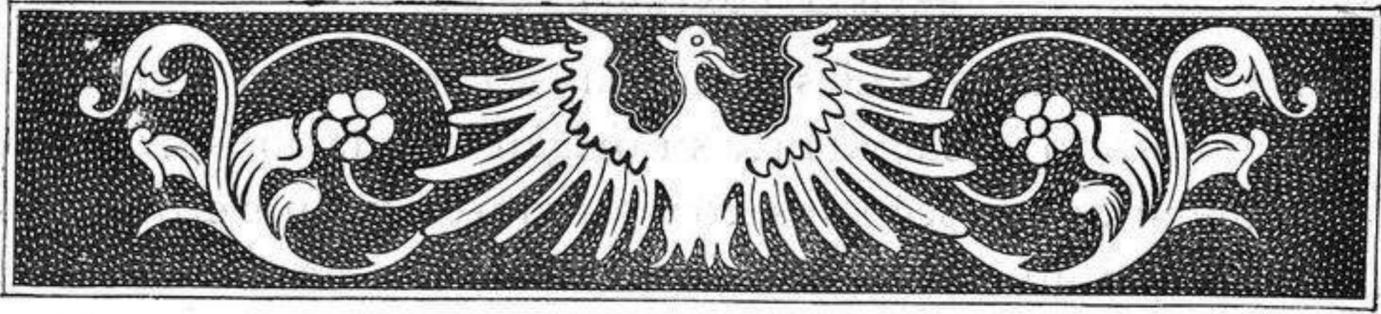
Todo esto lo adivina María y de todo se siente capaz; por eso las ligeras nubes que enturbian pasajeramente la calma de su vida no dejan huella en su pensamiento; por eso se entrega sin reserva á la pasión de cuyo ardor parece quiere ser cómplice la misma naturaleza, esparciendo por todas partes el purísimo aroma de las primeras violetas, anuncio y gala de la primavera naciente.

Estamos en Marzo.

J. CAMPO ARANA.

(Se continuará.)





CÓMO VINO LA DECADENCIA

DE ESPAÑA



(Conclusion.)

SIN embargo, á pesar de ser personajes de tan elevada categoría los que constituían el núcleo de las asociaciones secretas, no dejaban de presentarse en ellas los propósitos más desatinados y anárquicos, y proponerse como necesarios é indispensables para regenerar á las naciones los medios más violentos y atroces. Cuando en 1785 ordenó el Elector de Baviera la disolución de la secta de los *Iluminados*, entre los documentos que se encontraron en poder de los principales jefes aparecieron varios escritos subversivos de todo orden social; escritos en que se señalaba como robo la propiedad individual y se proclamaba al mismo tiempo la igualdad absoluta y el comunismo más horrendo. No participo de la creencia, hoy bastante general por cierto, que atribuye todo el movimiento revolucionario á la conspiración inmensa y trabajo oculto de las sociedades secretas; considero que acontecimientos de este género, transformaciones tan radicales y profundas en la socie-

dad, trastornos tan grandes en las instituciones, en todas las instituciones, no pueden tener su origen en una conspiración. Por influyentes que sean los conspiradores y numerosos los conjurados, si no cuentan con otro elemento de acción, con otro apoyo que el de sus proyectos trastornadores y sediciosos, serán siempre vanos y estériles cuantos esfuerzos empleen en la destrucción de las instituciones fundamentales de la organización social, y de todo punto impotentes para producir una revolución. Pero si las sociedades secretas no fueron la causa de la revolución, si no fueron el origen del trastorno social, del sacudimiento violento que sufren los pueblos, en cambio es innegable que su aparición, y sobre todo la importancia é influencia política que llegan á adquirir, responde á un estado social de inquietud y malestar, á una aspiración general y ardiente de reforma; es innegable que su acción poderosa y enérgica en la marcha de las sociedades, es uno de los signos que evidencian cómo los elementos de revolución existen asidos al fondo de la sociedad, y que el principio revolucionario agita y conmueve los ánimos.

Este signo exterior de la existencia de la revolución, lo encontramos también en España. Perseguidas por la Inquisición, y las más veces por los gobiernos, las sociedades secretas no alcanzaron aquí la misma importancia que en Francia y Alemania; pero aunque ménos poderosas que en otras partes, agitaron aquí los proyectos mismos de reforma, dirigieron también sus miras á las intrigas y manejos de la política. Hasta que llegó para la patria la hora de los trastornos violentos, las asociaciones secretas permanecieron envueltas en el misterio más profundo, á pesar de contar entre los suyos á personajes ilustres, á consejeros de la Corona real, á personas revestidas de las más altas magistraturas del Estado. Pero apenas empezó á iniciarse la crisis terrible que de un golpe iba á dar al traste con el antiguo régimen, en España, al igual de los demás pueblos, surgieron constituidas y organizadas las logias en todas las principales ciudades. Cádiz, especialmente, que se puso á la cabeza del movimiento revolucionario, fué el sitio donde con mayor audacia desenvolvieron sus intrigas y conjuraciones. Dos logias principales fueron allí el núcleo de los elementos

perturbadores y verdaderamente revolucionarios que existían alrededor de aquellas primeras Cortes de la revolución. Una de las logias, exaltada cual no es decible en favor de los principios de la revolución francesa, llevó su extravío hasta declararse contraria á la causa nacional, y afecta al gobierno del usurpador (1); la otra más moderada, respetando más la causa de la patria, sin dejar de ser eminentemente revolucionaria en todos sus planes y obras, prestó eficaz apoyo al levantamiento nacional, al mismo tiempo que aclamaba los dogmas políticos de la Constituyente y de la Convención. En 1814, cuando vuelva á imperar la tiranía del régimen absoluto, las asociaciones secretas adquirirán nuevo vigor y desempeñarán activo y principal papel en la historia de nuestras discordias civiles.

El mismo año que estallaba en París la terrible tormenta que venía amontonándose sobre los horizontes de Europa, heredó Carlos IV el trono de su padre. Las noticias de los trágicos sucesos que tenían lugar en la nación vecina, sobrecogieron de espanto á nuestros políticos, que, sin embargo, habían estado aplaudiendo durante todo el siglo XVIII los mismos principios filosóficos y políticos ahora proclamados por la Constituyente y la Convención francesa. Floridablanca el volteriano mudó

(1) En esto, sin duda, se funda la general creencia de que derramados los franceses por la Península, fueron ellos los que establecieron por todas partes las logias masónicas, para servirse de ellas como de poderoso auxiliar. Tienen por cierto las sociedades secretas en España fecha bastante más antigua que la de la invasión francesa. Sin recurrir á las sectas formadas por judíos y moriscos; sin recurrir á otras asociaciones sueltas, como las ligas y monipodios secretos de la Edad Media, formadas con aspecto religioso y político, bien se pudieran citar, sobre todo en el reinado de Carlos III, nombres ilustres de hombres de Estado poderosos, afiliados por aquella época en las logias y en la sociedad llamada des Rose-Croise. Las sociedades secretas venían de antiguo trabajando en el fondo de la sociedad española. Cuando con la invasión sonó al mismo tiempo para nosotros la hora del período violento de la Revolución, aparecieron de pronto por todos lados; como esto coincidía con la presencia de los ejércitos invasores, como sus principios y sus doctrinas eran los mismos de la Revolución francesa, como llegó á veces el delirio de las pasiones á convertirlas en traicioneras al levantamiento nacional, fácilmente pudo extraviarse la opinión sobre el origen de tales sectas. Hoy, sin embargo, con las revelaciones que han traído consigo los años, se ha hecho á todas luces insostenible tan infundado aserto.

entonces por completo de proceder; suprimió periódicos, se negó á publicar las noticias de Francia, y se apresuró á disolver una sombra de las antiguas Córtes del reino que se había reunido en Madrid para la jura del nuevo monarca. Precauciones ridículas: para entonces tambien en España se había hecho inevitable un desquiciamiento supremo. Con las medidas de los nuevos gobiernos pronto se perdieron hasta las pobres mejoras del último reinado, y llegó á su colmo la decadencia y postracion de España. Ceñía la corona de San Fernando un rey bueno y honrado, pero el más imbécil de nuestra historia; no había sido tan torpe Enrique IV, no había sido tan apocado Cárlos II. Manejaba la corte y el gobierno una de las reinas más intrigantes y de instintos más livianos que hasta entonces se había conocido en la larga serie de nuestras princesas reales. Vergonzosas intrigas y la más repugnante privanza en palacio; la nobleza cortesana, degenerada de alma y cuerpo, entregada á los vicios y costumbres de manolos y manolas; el populacho de la corte convertido, como en otros tiempos las turbas democráticas de la Roma imperial, en chusma de pan y toros: tipos y caracteres singulares, conservados con toda verdad al estudio de la posteridad por el pincel sarcástico de Goya. Ninguna seguridad personal en los campos, infestados de malhechores, que tratan de igual á igual con el Gobierno; ninguna seguridad en el hogar doméstico, entregado á todas las sospechas, á todas las pesquisas, á todas las arbitrariedades del despotismo. Desórden profundo en la administracion y en el gobierno; dilapidaciones en la Hacienda, ruina del Erario, incuria y abandono de todos los servicios públicos. La justicia corrompida y venal, convertida en ciego instrumento de los privados de la corte y de las pasiones del fuerte, amparando el desenfreno del poderoso y aterrando la paz y tranquilidad de las familias con el escándalo é inmoralidad de la curia. Yermos y estériles los campos; los agentes del fisco llevando á todos lados la miseria y el terror. Abandonadas las Universidades, ó convertidas en foco de escándalo ó de pedantesca ignorancia, por más que el impopular valido de aquellos reyes menguados hiciera para propagar los conocimientos útiles, esfuerzos tan grandes como el mejor

de los ministros de Cárlos III. Desnudo y desierto este hermoso suelo ó cubierto de ruinas; asolado por terremotos, hambres y pestes, signos que á la imaginacion de los pueblos se presentaron siempre como presagios seguros de trágicos sucesos; sobre él vagan, como sombras decrepitas que buscan el calor de un rayo de sol, ociosos pordioseros cubiertos de andrajos, descendientes de aquella raza de héroes de los siglos de la reconquista y de las guerras de Italia y Flándes, tendiendo ahora la mano en la vía pública ó á la entrada de los conventos para implorar de la caridad cristiana un bocado de pan y un maravedí. Diríase que el haberse acabado para ellos las grandes y hazañosas empresas, y el haber perdido sus instituciones gloriosísimas, les ha arrancado el alma y la vida y la fibra de su carácter; ya no les queda de los tiempos pasados más que el sello en el rostro, de su incontrastable fiereza; y el sentimiento, arraigado en el alma, de la fe y del amor á la patria de sus mayores: rasgos dominantes y virtudes admirables de nuestro carácter nacional, que aún se conservaban intactos en el seno de nuestro pueblo, é iban á hacer admirable y terrible explosion en el heroico sacudimiento de nuestra independencia. Esa era la España que en los últimos tiempos de la monarquía pura se descubría debajo del mayor trono de la tierra, en cuanto se levantaban algunos girones de púrpura. Silenciosa, resignada, sumida en apariencia en profundo letargo, parecía ajena é indiferente á lo que pasaba en el resto de la sociedad europea: casi apénas resonaba en ella algun eco lejano de los rumores siniestros que presagiaban en otros lados horrible tempestad.

Pero en torno de aquella corte vil estalló de pronto una tormenta cual no la había conocido jamás el respetado trono de nuestros reyes. Empezaba la nueva era con el memorable motin de Aranjuez. No era en apariencia aquel motin sino una reproduccion del de Oropesa ó el de Esquilache, en que las turbas revueltas en sedicion se contentaron con pedir la caida del ministerio aborrecido; pero en la nueva rebelion hacían cabeza de motin, no sólo altos personajes del Estado, sino el heredero mismo del trono, y se oyeron en el tumulto voces que no habían resonado por Castilla desde los escándalos de Avila

en tiempo de Enrique IV. El grito de abdicacion se deslizó en los labios del populacho amotinado, como en los altos consejos de la corte. «*Yo te perdono la vida,*» exclamó el príncipe heredero, ostentando ya la real prerogativa, al acercarse al ministro caído. «*¿Sois ya Rey?*» contesta el prisionero. «*Todavía no,* replica el príncipe, *mas pronto lo seré.*» No fué aquello un motin, fué una revolucion.

III.

CÓMO LA REVOLUCION HA COMPLETADO EN ESPAÑA LA OBRA DESPÓTICA DE LA MONARQUÍA Y CONTINUADO NUESTRA DECADENCIA.

Mal comienzo para el reinado del nuevo príncipe. Tras un padre tan torpe y una madre tan distraída, sube Fernando VII al trono, en medio de un motin, no por herencia sino por violenta abdicacion. El pueblo le aclama porque le ve enemigo implacable de Godoy, y porque sabe que el príncipe toma parte activa en las murmuraciones é intrigas á que daban pretexto los desórdenes de su licenciosa madre la reina María Luisa. Pero por más que por esto le aclamara el pueblo y le llamara el *Deseado*, ninguna de tales circunstancias hablaba, sin embargo, en favor del nuevo rey, como se meditara un poco sobre ellas: si tuviera el príncipe corazon y entendimiento, jamás ciertamente habría buscado la corona ni murmurado de su madre, ni conspirado contra su padre. Pero no tenía tampoco el nuevo rey ninguna de las raras cualidades que há menester un monarca elevado al trono por tan tristes revueltas. Así es que apareció malo en cuanto ciñó la corona; y si no tan imbécil como Cárlos IV, no tan honrado tampoco; si no tan menguado como su padre en punto á escándalos domésticos, rey en cambio perverso de corazon, y malvado como otro ninguno en nuestra historia. Entre aquella real familia, que parecía sujeta á algun anatema, y el ambicioso Bonaparte, comenzaron al instante los manejos infames que terminaron con las horribles y vergonzosas escenas de Bayona. Otro resultado no podían tener aquellas

tramas, en que la más exquisita perfidia luchaba con el más brutal idiotismo. Si Napoleon se mostró infame, vil anduvo el padre abdicador, rastrero el hijo coronado, tan escandalosa mujer como inhumana madre la reina María Luisa, tan torpe Escóiquiz como Godoy, torpes y viles, en fin, todos los que tomaron parte en aquellas tristes escenas. Sólo la nacion salvó su honor; y lo salvó, no más que por el heroico y unánime alzamiento del pueblo, al grito de su independencia.

Jamás pueblo alguno se levantó tan unánime y grande como el nuestro contra el guerrero, hasta entónces tenido por invencible, y que osó afrentar nuestros sentimientos de dignidad. Jamás nacion alguna tuvo en su historia páginas tan brillantes como la España de 1808. En aquella suprema crisis nacida de un ultraje inferido á su honor, se creyó que iba á resucitar la antigua España. Como en los siglos gloriosos de la edad pasada, se inscribió entónces en nuestra bandera el lema sagrado de «Dios, patria, rey y libertad;» y con ese lema España asombró de nuevo al mundo y empañó, la primera, el brillo de la estrella de Bonaparte. En medio de tan incomparable explosion de nuestro sentimiento nacional, ¿cómo no había de creerse en la próxima regeneracion de España? Vana ilusion, muy luégo seguida de tristes desengaños. En la situacion en que el cesarismo real había colocado á España, era imposible esperar en ella una pronta y verdadera regeneracion. Los males crónicos de los pueblos necesitan lentos y seculares remedios. Habían desaparecido de nuestro suelo todas las sábias y venerandas instituciones que en otro tiempo contenían por un lado el despotismo del poder supremo, y por otro lado el desenfreno de la licencia popular ó de toda otra clase revuelta; sólo quedaban en pié un poder central omnipotente, y masas de individuos sin clase ni gerarquía: muchedumbres turbulentas de democracia, unas veces realista, y otras revolucionaria, segun las predicaciones de los tribunos ó las reacciones de los sacudimientos sociales. Era constitucion propiamente volcánica esta constitucion política que, en España como en Francia, se había ido formando durante las dos centurias pasadas: pues no hay que esperar sino sacudimientos volcánicos y no interrumpida serie de revolucio-

nes sociales y políticas, allí donde sólo quedaron en pie el poder central del Estado y la Nación pulverizada, reducida á simples individuos. Porque estos dos elementos, lo mismo en los tiempos en que Aristóteles escribía su *Política*, que en la época de los Césares romanos, como en nuestros días, y como siempre también sucederá en la historia de las sociedades humanas, estos dos elementos son incapaces de producir ellos solos una constitución estable, una era de sosiego y libertad; cuando no están enfrenados por instituciones moderadas, no producen ni producirán más frutos en las repúblicas que anarquía ó despotismo. La acción avasalladora de la monarquía tenía de largo tiempo alejadas á todas las clases, de la práctica del gobierno; y en la servidumbre, se habían borrado las costumbres públicas, la experiencia y los grandes instintos políticos sin los cuales en una nación no puede vivir la libertad. Por eso, al llegar el momento terrible de la tremenda catástrofe que se venía preparando, las naciones, no habituadas ya á respetar el legado de sus mayores; las clases, no habituadas ya á considerarse como unidades políticas, sino hechas á mirar á los pueblos como un simple compuesto de individuos; los hombres de gobierno; lo mismo que las clases todas no experimentadas tampoco en la práctica de las instituciones libres, no supieron formar su legítima representación nacional; y el cuerpo representativo no supo deliberar; y los legisladores no acertaron á desenvolver sino utopías de filósofos. No era, pues, la España antigua la que ahora podía renacer, sabiamente reformada; era una España nueva, una España revolucionaria la que iba á surgir. No eran las antiguas libertades patrias, modificadas á la medida de los tiempos, las que íbamos á recuperar; era el desenfreno revolucionario, que á nombre de la democracia iba á ser continuador de la obra despótica de la monarquía.

Rota y destruida la tradición, no aguardaban los pueblos sino que con alguna crisis interior ó exterior fuera sonando por fin, para cada uno de ellos la hora de las revoluciones. Así sucedió en España. Triunfó la noble causa de la nación heroica; pero, en aquella crisis suprema, hicieron explosión al punto los elementos revolucionarios que, aunque latentes, había acumulado en su seno. Mas aunque en España

hiciera explosión la tormenta revolucionaria con la guerra de nuestra independencia, aquí lo mismo que en Francia, lo mismo que en las demás naciones del continente europeo del siglo XVIII, salió cual Minerva de la frente de Júpiter, armada de punta en blanco, toda entera y cabal, pujante y briosa, tal como la habían amamantado y hecho crecer y robustecerse dos siglos de despotismo, tal como la habían formado los sueños de los filósofos. Revolución centralizadora, monstruosamente centralizadora, uniformadora matemática de las instituciones, y mutiladora sin ejemplo de las tradiciones seculares; tal, en fin, como lo había modelado y animado el cesarismo real. Revolución impía y filantrópica á un tiempo; profundamente soñadora y quimérica, hinchada de teorías anárquicas y despóticas; persiguiendo igualidades y nivelaciones fantásticas; redactando nuevas tablas de la ley; fantaseando constituciones breves y armónicas como el sueño de un enciclopedista; ajena á toda ciencia de gobierno, sin ver en el mundo más que individuos y un mentido pacto social; pulverizando la sociedad con abstracciones democráticas, y sembrando horrorosa tiranía á nombre de los derechos del hombre; y justificando todas las iniquidades con alguna máxima filantrópica: la revolución, en fin, vuelvo á repetirlo, tal como la habían formado los sueños de los filósofos.

El pueblo reconquistó la independencia de la patria, el trono y la libertad de su Rey; pero al mismo tiempo, olvidó sus propias libertades ó las cambió por una libertad imaginaria y exótica, que no es ni puede ser la suya. Las Cortes se reunieron para decidir soberanas de los destinos patrios. Mas desde los primeros momentos de su reunión, ya no eran aquellas Cortes las antiguas gloriosísimas Cortes de nuestra monarquía: con la mayor inexperiencia política, al querer representar en ellas á toda la nación, no se habían convocado más que elementos democráticos; formaban un solo cuerpo, una sola asamblea, una representación una é indivisa. Ya no representaban las antiguas libertades nacionales; y los elementos reales que componían la sociedad española representaban á la revolución con sus máximas y principios abstractos de libertad. Más bien que nuestras antiguas Cortes, parecían aquellas Cór-

tes de Cádiz una sociedad económica de los amigos del país, ya revestida del poder legislativo. En su seno no se iba á proclamar la Constitución española; se iba por el contrario á elaborar, crear y promulgar una Constitución imaginaria é idealista: ley abstracta que, empezando por la declaración teórica de los derechos del hombre abstracto y de la sociedad abstracta, y terminando por una organización filosófica de los poderes públicos, no existía en ningún lado en nuestra patria, á no ser en el trozo de papel donde se había estampado el proyecto. Inútil fué que algunas almas generosas se alarmasen entónces al oír hablar que por las mismas Cortes se iba á redactar una nueva Constitución, y aún ejecutarla. Inútil fué que algunos entendimientos privilegiados declarasen «que no se hallaba la nación en el caso de destruir su antigua Constitución para formar otra del todo nueva ó diferente; que una buena reforma constitucional sólo podía ser obra de la sabiduría y de la prudencia reunidas; y era muy conforme á entrambas que, en el plan de ella, se evitase con tanto cuidado el importuno deseo de realizar peligrosas teorías, como el excesivo apego á nuestras antiguas instituciones y el tenaz empeño de conservar aquellos vicios y abusos de nuestra antigua Constitución que expusieron la nación á los ataques del despotismo, y desmoronaron poco á poco su edificio venerable.» En vano, cuando se trataba de la nueva Constitución desde el seno mismo de la Junta central, repetía la voz de un anciano lleno de experiencia: «¿Por ventura no tiene España su Constitución? Tiénela sin duda, porque, ¿qué otra cosa es una Constitución que el conjunto de leyes fundamentales que fijan los derechos del soberano y de los súbditos, y los medios favorables de perseverar unos y otros? ¿Y quién duda que España tiene estas leyes, y las conoce? ¿Hay algunas que el despotismo haya atacado y destruido? Restablézcase. ¿Falta alguna medida saludable para asegurar la observancia de todas? Establézcase. Nuestra Constitución entónces se hallará hecha; y merecerá ser envidiada por todos los pueblos de la tierra que amen la justicia, el órden, el sosiego público y la libertad, que no puede existir sin ellos (1).»

(1) JOVELLANOS, *Memoria en defensa de la Junta central*.

Fué todo inútil. La Constitución resultó una copia imperfecta, muchas veces monstruosa, de la Constitución francesa de 1791; separándose únicamente de ella en algunos extremos, en que profundamente distaban las ideas del pueblo francés en 1791 y las de la nación española en 1811.

El mismo parentesco que entre Luis XIV y Felipe V, existía entre la Constitución de Cádiz de 1812 y la promulgada en Francia en 1791. Aquellos atrevidos filósofos, sin realidad en la vida; aquellos legisladores perfectos, sin ningún conocimiento del hombre y de las cosas humanas, sin ninguna experiencia en el gobierno de las sociedades, políticos niños y patriotas generosos, presuntuosos y pedantes, como la ignorancia, llena el alma de grandes aspiraciones, con candidez infantil y de filósofo, creían que con una teoría se regenera el hombre y se salva la sociedad. En cuanto se reunieron en asamblea para regenerar al mundo y reorganizar de pies á cabeza la sociedad entera, imaginaron, con sin par candidez, que con estampar doctrinas metafísicas en forma de artículos de ley, y escribir al frente de la Constitución que los hombres son por naturaleza libres é iguales, ó proclamar con el memorable artículo 6.º de su Constitución: «Que el amor á la patria es una de las principales obligaciones de todos los españoles; y asimismo, el ser justos y benéficos,» inauguraban por la tierra el reinado de la libertad, de la justicia y de los buenos patriotas. Lleno el seso de tales nubes y patrañas metafísicas, se dieron á discutir y maltratar la Constitución social con abominables decretos é interminables discursos, que empezaban siempre con algún exordio declamatorio y de mal gusto sobre las leyes primitivas del contrato social, sobre la naturaleza y condición del hombre en estado salvaje, y demás desatinos y barbarismos políticos de la escuela.

Al pié de la letra se les debe aplicar el cuadro que trazó Macaulay de los constituyentes franceses. «De cuando en cuando, dice Macaulay, variaban y amenizaban tan fastidiosas declamaciones, promoviendo camorra en la Asamblea. Aullaban entónces, armaban confuso alboroto y vocerío, y esgrimían los puños. El orden estaba allí de más. El público en las tribunas los chiflaba é insultaba impunemente. Se detenían

para discutir larga y solemnemente alguna patarata, y luego fulminaban transcendentales resoluciones con espantosa precipitacion. Perdían meses y meses en ergotizar y eruptar sutilezas doctrinales sobre cada uno de los términos de aquella falsa y pueril declaracion de derechos del hombre, sobre la cual pretendían edificar su nueva Constitucion, cuando estaban aquellos derechos en contradiccion manifiesta, inconciliarble con cada uno de los artículos del asendereado Código. En cambio, en una sola noche suprimieron privilegios íntimamente adheridos en su mayor parte á la constitucion misma de la propiedad, privilegios á los cuales no hubieran debido tocar sino con la más exquisita prudencia. Se llamaron asamblea constituyente, pero jamás hubo calificativo peor empleado. Léjos de ser constituyentes fueron todo lo contrario, disolventes. Nada constituyeron que haya podido durar, ó que mereciera durar. No tenían y no podían tener los conocimientos y la práctica necesaria para organizar la máquina más complicada de todas las máquinas: un gobierno. El fárrago metafísico que estamparon al frente de su Constitucion, hace tiempo se convirtió en tema de broma y mofa para todos los partidos. Su misma Constitucion, esa Constitucion que miraban como perfecta y para la cual se prometían la inmortalidad, desapareció en pocos meses sin dejar en pos de sí ninguna huella... No hay una sola ciudad en nuestra Gran Bretaña, que no contenga mejores elementos para formar una Asamblea legisladora, que cuantos elementos reunía en 1789 para ello todo el reino de Francia. No hay en Lóndres un solo círculo de declamacion, aunque sea de los que se reúnen en los despachos de vinos y aguardientes, que no comprenda y observe las reglas de discusion, mejor que la Asamblea francesa constituyente. No hay tampoco en toda Inglaterra una sociedad política que no sepa redactar, en media hora, una declaracion de derechos superior á la que durante tantos meses tuvo embargada toda la sabiduría colectiva de Francia» (1).

De mano maestra como todos los escritos del ilustre lord, está trazado este cuadro de la revolucion. Perfectamente com-

(1) MACAULAY, *Vida de Mirabeau*. REVISTA de Edimburgo, Julio 1832.

prendieron el carácter de ella los prácticos hombres de Estado ingleses. No podía, en efecto, darse nada más contrario á la política seguida en todo tiempo por aquel pueblo, para el afianzamiento práctico de los derechos del hombre y de las libertades de la nacion. Todas las grandes revoluciones de Inglaterra fueron siempre dirigidas por hombres de Estado habituados á la práctica de gobierno. La revolucion de las naciones del continente en el siglo actual se vió, por el contrario, iniciada y está aún dirigida por puros teóricos. Así ha salido ella. Las revoluciones inglesas tuvieron siempre por objeto defender y restaurar las instituciones patrias. En las épocas de mayores revueltas, siempre fueron allí tratadas con profunda veneracion las instituciones vigentes; las revoluciones allí se propusieron corregir abusos, pero jamás pensaron en destruir. Cuando se trataba de reformar las leyes patrias, alegaban como el título más auténtico y el mejor, el título hereditario; y fundados en el legado venerando de sus mayores, reclamaban el respeto de sus libertades. Nunca buscaron modelos en tierra extraña ó en historia ajena. Nunca se preocuparon de teorías y utopías. Nunca creyeron necesario demostrar que la libertad es un derecho natural del hombre. Políticos sesudos y prácticos, les bastaba considerarla como la herencia legal de todo súbdito de S. M. Británica. Su contrato social no era una ficcion filosófica ó una patraña de publicistas; era realidad histórica, y presentaban su documento original y auténtico, en el vetusto pergamino, estampado con el sello real del rey Juan y firmado por los ilustres barones normandos. Ningun argumento teórico sobre los derechos primitivos, absolutos, ilegislables, imprescriptibles; ninguna disertacion sobre la igualdad primitiva del hombre, ninguna historia extraida de los escritos de Plutarco ó de Cornelio Nepote llegó jamás á conmoverles tanto como los hechos de su propia historia nacional, ni excitó tanto su veneracion y entusiasmo como las páginas de la Carta Magna, del Habeas Córpus, del bill de derechos, y la institucion del jurado (1).

(1) Véase tambien lo que dice Macaulay en la vida de Mirabeau.

No procedieron así nuestros reformadores. Pudieron imitar; si lo hubieran querido, el saludable ejemplo de la nación inglesa; pudieron, al recobrar la libertad, devolverle el carácter nacional y secular y práctico que siempre debe tener; pero se perdieron en las lucubraciones de las teorías. Las instituciones nacionales, los antiguos fueros y libertades de la nación, aunque interrumpidas por el despotismo, no estaban aún del todo borrados en el corazón y en los sentimientos de los súbditos. La antigua Constitución había recibido, en verdad, profundos ultrajes con la invasión centralizadora de la monarquía despótica; algunas de sus más esenciales instituciones estaban profundamente maltratadas por la mano de la tiranía; pero quedaban todavía intactos los cimientos, y quedaban todavía en pie, aunque hondamente agrietados, los muros seculares del antiguo edificio. La revolución, si lo hubiera querido, habría podido restaurar aquellas paredes que amenazaban ruina; y edificar sobre los cimientos, cuya solidez y duración se acreditaba con haber resistido á los esfuerzos destructores de las dos anteriores centurias. Así, la antigua Constitución, aunque interrumpida por la tiranía ántes de haberse completado y de haber dado todos sus frutos, ofrecía todavía inapreciables elementos para levantar la mejor de las Constituciones prácticas. En las entrañas de nuestras nacionalidades la sabiduría de nuestros mayores y la experiencia de los siglos habían cambiado magistralmente la variedad infinita de los elementos sociales, que viviendo cada uno con vida propia, luchando ó armonizándose unos con otros según las necesidades y los tiempos, producían esos saludables conflictos de intereses opuestos, esa acción y reacción constante que en el orden político como en el orden de la naturaleza, produce la armonía de derechos y libertades, el respeto de todos los derechos, el respeto del derecho individual como de los derechos sociales, del derecho del grande como del pequeño, de las minorías como de las mayorías; y evita las resoluciones precipitadas, y las grandes catástrofes; y engendra la libertad y la prosperidad general de la nación.

Todos estos inapreciables beneficios los hubiera podido recoger la época moderna, si los legisladores de Cádiz, compren-

diendo su mision verdadera, hubieran hecho el trabajo reformador que les aconsejaba Jovellanos. Si los últimos tiempos, si las últimas centurias les parecían, y con razon, tiempos de decadencia, siglos serviles, bastábales haberse inspirado para su obra, en generaciones más remotas. Respetando así la memoria de sus mayores, tendrían mejores títulos para que á ellos, á su vez, los respetara la posteridad y les rindiera mayor culto. Pero si fueron grandes sus errores, la posteridad, que acaba siempre por ser justa, tampoco puede echar sobre la memoria de aquellos honrados patricios toda la responsabilidad de los grandes desaciertos en que incurrieron. A la misma monarquía, por el trabajo de descomposicion que operó en la sociedad para enseñorearse de ella omnipotente, le cabe la mayor culpa; y sobre la monarquía sola pesan las más tremendas responsabilidades. La posteridad no olvidará nunca que el amor á la patria era la primera virtud que inspiraba aquellas almas generosas; que congregados en las circunstancias más críticas y solemnes en que se vió jamás una nacion, encerrados en un recinto circundado de fortalezas y ejércitos enemigos, rodeados de los estragos de la peste, deliberando, impávidos al estruendo del cañon de la guerra de la Independencia, sobre teorías en su mayor parte pueriles, en verdad, pero en las cuales creían ellos sinceramente que descansaba la regeneracion de la patria, se mostraron émulos de la fortaleza del Senado romano enfrente de los Galos y de Anníbal. Nobles y grandes fueron sus aspiraciones; si erraron, sólo fué como demasiado inexpertos y demasiado niños para discernir el bien y el mal.

No eran, ni podían ser, hombres de Estado capaces de hacer una buena anatomía política de los elementos que entónces componían la vida social de España; no eran políticos que supieran apreciar en la observacion de las sociedades, dónde estaban en la vida real las fuerzas que constituían el organismo político de nuestra monarquía; que inspirando en ese estudio práctico y experimental las grandes reformas que reclamaban los tiempos, dominaran el empuje de las pasiones anárquicas, para impeler vigorosamente á la patria por la senda de la verdadera libertad; no eran, ni podían ser, más que teóricos, que

se dejaban arrastrar por la corriente ideológica de su siglo. Si hoy para su desgracia, pudieran volver á la vida y tocar las consecuencias de su obra, si vieran cómo ha continuado la decadencia y postracion de la patria, y contemplaran á sus descendientes entregados á todos los vicios de la servidumbre, seguramente que aquellos héroes de Cádiz, que tenían la dignidad y nobleza por sello primero de su carácter, quemarían ahora el ídolo que entónces adoraron, y volverían á rendir culto á las tradiciones de libertad de la antigua, noble y veneranda España que ellos acabaron de destruir.

Presente tienen en su memoria los contemporáneos la historia triste de las tragedias que en nuestra tierra han pasado despues. El soplo de la revolucion levanta sin cesar en la patria horrorosas tormentas, que traen revueltas en pavoroso torbellino las ideas más santas, las instituciones más sagradas; la religion, la familia, el trono, la unidad de la patria. Tan profundo ha sido más de una vez el desquiciamiento, que se hubiera creído llegada la hora postrimera de España. Tan insensata y quimérica como en los demas pueblos, es la revolucion en España; aquí tambien se ha presentado con la misma confusion horrible de grandes y benéficos principios, y de inconcebibles errores en la exposicion de sus doctrinas abstractas; con la misma mezcla repugnante de grandes y saludables reformas, y de innovaciones tiránicas ó anárquicas, en el terreno de los hechos. Aquí tambien, desconociendo que la vida y el progreso verdadero están en la combinacion y armonía de los grandes elementos constitutivos de la sociedad, desconociendo que la estabilidad y la libertad verdadera de las constituciones políticas descansa tambien para la Europa actual en la combinacion y armonía del principio monárquico y del aristocrático con las instituciones democráticas (elementos estos tres que, en el transcurso de los siglos, se han venido á constituir como esenciales de nuestra organizacion política), la revolucion nos arrastró del exclusivismo y de la tiranía del principio monárquico, al exclusivismo y á la tiranía del principio democrático; nos sacó de la servidumbre y del despotismo de la monarquía pura, para lanzarnos al desenfreno y á las orgías de la democracia pura.

Con esta fuerza destructora, que se ha apoderado de las instituciones y no cesa de descomponer la sociedad hasta en sus cimientos más profundos, la monarquía ha venido á completa postracion. Le ha llegado á ella tambien la hora de la expiacion de sus grandes culpas. Al terminar la centuria pasada, la corona real era, no sólo el poder más respetado y fuerte, sino que se había propiamente convertido en poder avasallador de toda la sociedad. Pocos años bastaron para que la viéramos caer en la impotencia de los tiempos de D. Juan II y de Enrique IV. Como en aquellos tiempos, muy luégo se formó nueva oligarquía de próceres tiranuelos, que desmembrando y anulando el poder real, consiguieron ser ellos los sagrados é inviolables, y dominarlo todo, y contar por vasallo y pupilo al monarca, de la propia suerte que á los esclavizados pecheros. En los dias de Enrique IV, los turbulentos grandes de Castilla eran los semidioses que trataban de iguales á los reyes; hoy los comedores de los pueblos no invocan ya para enturbiar el Estado, los privilegios aristocráticos del señorío feudal: los lemas de la democracia son, por el contrario, los que ahora inscriben en sus pendones. Pero no por ser distinto el disfraz, dejan de ser iguales sus perfidias, tamañas las alevosías, tan repugnantes las intrigas con que soliviantan la opinion, para saciar sus ambiciones hidrópicas. Bufones de la plebe, aduladores viles del becerro de oro, se alborotan y desviven, forman banderías y facciones para pasar de unos á otros su desvergüenza en trueco de pingües oficios, títulos, dignidades y buenas doblas de oro: pues es ley de tales revueltas que, pujando en traiciones, se llega con ellas á rico home é caballero. Así, por más que en apariencia parezcan tan mudados los tiempos, hemos visto reproducidas en nuestra edad las escenas de anarquía del siglo xiv.

No le han faltado á nuestro siglo ni próceres que, no teniendo ya ni qué pedir ni qué quitar al Rey, le despojasen hasta de su honra; ni historias como la de D. Beltran de la Cueva, ni batallas como la de Olmedo, ni escándalos como el de Ávila; ni príncipes menguados que, reinando sin gobernar, no acertaron á ocultar su impotencia, sino con las intrigas y dissipaciones de palacio, y el malbaratamiento del patrimonio de

los pueblos en gastos de vanidad y real ostentacion. «Anatema, dice la Sagrada Escritura, anatema sobre el pueblo cuyo Rey es pequeño y se sustenta con lujuria.» Desde que la historia va recogiendo los sucesos humanos, aún no ha dejado de cumplirse tan terrible anatema.

Pero en medio del estruendo de tanta institucion que se desploma, no creamos, al vernos rodeados de ruinas, que la edad presente haya arrancado de raíz las instituciones despóticas. No puede, en efecto, decirse que en punto á tiranía la revolucion haya cambiado y destruido la antigua organizacion despótica del Estado. Cambió, sí, la forma; pero conservó el principio. Donde ántes había un monarca absoluto, ha colocado, aunque con nombre distinto, otro poder despótico tambien. La obra despótica de los monarcas, la política niveladora y centralizadora, el absolutismo ministerial del antiguo régimen, se han completado y perfeccionado en nuestros dias con increíble audacia. Pocos años de revolucion han hecho en este sentido más que dos siglos de despotismo monárquico.

El antiguo régimen había destruido muchas, y entre ellas algunas de las más preciosas instituciones de libertad; pero quedaban todavía preservados de la accion mortífera del despotismo, los cimientos de la constitucion secular. Estos restos de libertad producían todavía en la patria enérgicas virtudes, grandes caracteres. En vigorosos miembros de la nacion se encontraba profundamente arraigado todavía el sentimiento de independencia altiva; vivía aún una sombra de libertad en medio de tantas instituciones arruinadas ó socabadas por el poder absoluto; y á pesar de la invasion irresistible y creciente del poder central, intentando sustituir por donde quiera los poderes locales con agentes de la corona, todavía, sin embargo, algunos fragmentos del territorio nacional se regían por su antigua Constitucion veneranda. Todavía las sombras de las viejas instituciones y de las costumbres tradicionales alimentaban en el alma de los individuos como en el fondo de las corporaciones, en la vida de los municipios como en la organizacion provincial el espíritu de resistencia y libertad, que hizo que, aún en los peores dias del despotismo real, la centralizacion que ya para entónces conocía todas las ambiciones y los procedimien-

tos de ahora, careciera, sin embargo, del incontrastable poder que hoy la caracteriza, y no hallase entre los gobernados el servilismo unánime con que en el día se cumplen sus mandatos. Si Francia ántes de la revolucion tenía sus Parlamentos, sus Estados provinciales, sus fuertes y bien organizadas corporaciones, su Iglesia no asalariada por el poder, pero arraigada al mismo suelo nacional y con elementos de independencia, por tanto, á pesar de las llamadas libertades de la Iglesia galicana,—España tambien, al concluir el antiguo régimen, tenía su Iglesia firmemente independiente del poder temporal, á pesar de las regalías; tenía en su organizacion municipal algunos aunque pocos vigorosos recuerdos de libertad; vigorosos recuerdos de libertad tambien en la constitucion de sus corporaciones, de sus Universidades; en las instituciones fundamentales de su vida civil; conservaba aún incomparables libertades locales, á pesar de los decretos de Felipe V, á pesar de la supresion de la *Generalidad* de Cataluña. Muchos de los antiguos fueros que expresamente no se habían abolido por la ley, quedaban todavía en pié, y se observaban y cumplían para el hijo de Cataluña y Aragon; todavía contra no pocos decretos arbitrarios de la corona, resonaba enérgica por estas tierras la antigua fórmula de protesta contra los reales decretos de desafuero, «se obedece, pero no se cumple.» Todavía España, como lo observaban los legisladores de Cádiz, conservaba intacta la Constitucion libre de las Provincias Vascongadas y la Constitucion libre de Navarra (1). Y si la unidad de la patria

(1) En el discurso preliminar leído en las Córtes de 1812, ántes de presentarse el proyecto de Constitucion, la comision nombrada al efecto, decía lo siguiente :

«La Constitucion de Navarra, como viva y en ejercicio, no puede ménos de llamar grandemente la atencion del Congreso. Ella ofrece un testimonio irrefragable contra los que se obstinen en creer extraño lo que se observa hoy en una de las más felices y envidiables provincias del Reino; provincia en donde cuando el resto de la nacion no ofrecía más que un teatro uniforme en que se cumplía sin contradiccion la voluntad del gobierno, hallaba éste un antemural inexpugnable en que iban á estrellarse sus órdenes y providencias, siempre que eran contra ley ó procomunal del Reino. En el día, todavía el Reino junta Córtes, que habiendo sido ántes como en Aragon anuales, se han reducido á una vez cada tres años, quedando en el intermedio una diputacion. Las Córtes tienen aún grande au-

exigía que se hicieran en estas Constituciones saludables reformas, debió modificarse, sí, aquella parte de las legislaciones

toridad. Ninguna ley puede establecerse sin que ellas la consientan libremente, para lo cual deliberan sin la asistencia del Virey: y si convienen en el proyecto, que en Navarra se llama *pedimento de ley*, el Rey le aprueba ó le desecha. Aun en el primer caso, las Córtes todavía examinan de nuevo la ley en su forma original ya sancionada; la resisten si la hallan contraria ó perjudicial al objeto de su proposicion, haciendo réplicas sobre ella hasta convenirse el Rey con el Reino. Mas éste al cabo puede absolutamente resistir su promulgacion é insercion en los cuadernos de sus leyes, si no la juzga favorable. En las contribuciones observan igual escrupulosidad. La *ley del servicio* ha de pasar por los mismos trámites que las demas para ser aprobada; y ningun impuesto para todo el Reino tiene fuerza en Navarra hasta haberse obtenido otorgamiento de las Córtes, que para conservar más cabal y absoluta su autoridad en esta parte, llaman á toda contribucion *donativo voluntario*. Las cédulas, pragmáticas, etc., no pueden ponerse en ejecucion hasta haber obtenido de las Córtes ó de la Diputacion, si están separadas, el permiso, ó sobrecarta: para lo cual se sigue un expediente de trámites bien conocidos. La Diputacion ejerce tambien una autoridad muy extensa. Su principal objeto es velar que se guarde la Constitucion y se observen las Leyes, oponerse al cumplimiento de todas las cédulas y órdenes Reales que ofenden á aquellas; pedir contra fuero en todas las providencias del gobierno que sean contrarias á los derechos y libertades de Navarra; y entender en todo lo perteneciente á lo económico y político de lo interior del Reino. La autoridad judicial es tambien en Navarra muy independiente del poder del gobierno. En el consejo de Navarra se finalizan todas las causas así civiles como criminales, entre cualesquiera personas, por privilegiadas que sean, sin que vayan á los tribunales supremos de la corte, los pleitos ni en apelacion, ni aun por el recurso de injusticia notoria. Las provincias Vascongadas gozan igualmente de infinitos fueros y libertades, que por tan conocidos no es necesario hacer de ellos especial mencion.» Con más enérgico acento que los legisladores de Cádiz, exponían los Navarros y Vascongados á las Córtes de 1839 los frutos de buena administracion que daban en sus tierras las instituciones libres, milagrosamente conservadas sobre aquel suelo: «Mostradnos, decían, una legislacion municipal y administrativa como la nuestra, una estadística de la riqueza territorial é industrial como la de las provincias Vascongadas, una igualdad tan grande en la reparticion de contribuciones y una economía como la suya en la recaudacion. Entre vosotros cuesta el percibir las 1 y aún 1 1/2 por 100. Aquí apenas llega á 1/79, á 1/58 ó á 1/33 segun el cálculo de vuestros mismos funcionarios. Mostradnos una division de bienes comunes hecha con tanto orden y ventaja para los ciudadanos. Echad una ojeada á nuestros establecimientos de beneficencia y á los vuestros. Comparad vuestro crédito con el nuestro. Dadnos lecciones de libertad para la eleccion de ayuntamientos y diputaciones provinciales. Enseñadnos á construir caminos, puentes y obras de utilidad pública. Examinad vuestra policia, y comparadla con la nuestra. Recorred vuestros bosques y los nuestros, comparad la distribucion de la propiedad contando

forales que entorpeciera la unidad política de la monarquía; pero al mismo tiempo, huyendo de la torpeza de Felipe V, debieron guardarse como precioso tesoro las demás tradiciones de libertad de aquellos fueros, para que sirvieran de ejemplo á las demás provincias provechoso é imitable.

¿Qué se ha hecho de estas Constituciones libres que aparecían vivas todavía cuando se promulgaba en Paris ó en Cádiz la primera Constitución? ¿Qué se ha hecho de aquellas incomparables libertades locales que aún conservaba la patria? ¿Qué se ha hecho de aquellas gloriosas tradiciones, de aquellas vigorosas costumbres de independencia que eran para ella esperanza de nueva grandeza aún en medio de su decadencia? Todo lo han ultrajado, todo lo han hecho ruina las generaciones de este siglo. El vandalismo revolucionario, no sólo ha sido digno continuador del despotismo real, sino que lo ha dejado muy atras: en pocos años ha producido más ruinas en la constitu-

vuestros pequeños propietarios y los que hay aquí. Reflexionad lo que os cuesta vuestra administración de justicia y lo que nos cuesta á nosotros, y decid despues si es posible y conveniente abandonar los fueros. La legislación judicial, económica y administrativa no sólo no debe abrogarse, sino que el interes nacional exige que se vayan aplicando progresivamente al resto de España, porque la experiencia de muchos siglos ha demostrado que esta legislación ha hecho rico, moral, fuerte y feliz á un pueblo á quien la Providencia dió un terreno estéril y un sol que apenas le calienta; mientras el sistema contrario ha convertido en desiertos las llanuras y terrenos más fértiles del interior, donde no se ve más que una población clara, pobre y raquíta. ¿Qué ganaríais en convertir á Vizcaya, Alava, Guipúzcoa y Navarra, provincias tan hermosas ahora, en otra Extremadura ó en otra Mancha?»

Tan brillantes frutos de la libertad local corren ahora grave peligro de venir á total ruina con la moderna centralización administrativa. Nada más opuesto á la existencia de instituciones libres que el querer introducir la uniformidad en las leyes secundarias de la administración. La máquina administrativa que se ha montado en las naciones sometidas á la Revolución, máquina que funciona de una manera tan regular, tan uniforme, tan sabia, lejos de ser un adelanto, es uno de los males mayores que han podido venir sobre los pueblos. No hay república de alguna extensión territorial, cuyos diversos territorios puedan tolerar una misma legislación económica y administrativa hasta en sus últimos detalles. La libertad no se acomodará ni fructificará jamás con la uniformidad de las leyes secundarias de la administración, y con la dependencia y total servidumbre de los poderes locales á la intervención y omnipotencia del poder central, consecuencia necesaria de esta uniformidad violenta.

cion nacional, que los Césares en dos siglos de monarquía absoluta. Siguiendo la torpeza más detestable del antiguo régimen, continuando su obra de centralización administrativa, con el pretexto de la unidad nacional y de introducir un sistema de administración más sencillo y uniforme, se ha hecho pedazos la división histórica y natural de los reinos; con geométrica arbitrariedad se ha rasgado el suelo nacional en centros ó distritos llamados departamentos ó provincias, sin historia ni recuerdos, pero fecundos en producir servidumbres y corruptoras farsas electorales, y censos abrumadores en el Tesoro público. Lo que soñaba el despotismo de un Conde-Duque de Olivares, de un Luis XIV ó un Felipe V, lo hemos realizado nosotros, reduciendo la patria á provincias ó bajalatos, en donde nada se libra de la opresión del bajá ó del visir. Así la patria ha quedado al fin políticamente unificada; pero á la unidad política ha sacrificado toda su libertad. En convulsión espantosa, monarquía, antiguas Córtes, fueros provinciales, sabia organización de clases, corporaciones, municipios, Parlamentos, jurisdicciones, cancellerías, todo ha venido á tierra. Han desaparecido los últimos restos de libertad é independencia que conservaba el municipio, los últimos restos de libertad é independencia que guardaba la Iglesia. Han desaparecido las corporaciones y las clases como unidades esenciales de la constitución política; han desaparecido las libertades y los fueros nacionales. Eliminado el despotismo del poder real, se ha alzado en lugar suyo un espectro de soberanía democrática; pero en medio de tanta ruina ha quedado intacto y centuplicadas sus fuerzas en proporciones que espantan, un poder que se llama el poder central, monstruo hoy omnipotente, organismo acabado y perfecto de tiranía, que en sus atribuciones omnímodas todo lo abarca y todo lo puede, por igual dispone de todos los ciudadanos; y sacrificando, sin reparo, á sus caprichos los intereses públicos y privados, ordena cuando le place el despojo en gran escala: unas veces el despojo de las corporaciones, otras el despojo de los particulares. Individuo ó corporación, nadie en la nación puede respirar ó moverse sin su consentimiento y permiso. Tirano abstracto, entidad vaga, nadie puede decir ahora dónde anda el Estado, quién lo re-

presenta. Presente en todas partes, en todas partes invisible para ejercer su tiranía; llamado por unos Gobierno, por otros Poder central ó simplemente El Poder, por otros Estado ó Administracion, en medio del caos social, nadie sabe á punto fijo quién es el gobierno, quién es el poder, quién es el estado: si los dictadores que, á nombre de la voluntad del pueblo y de la investidura de la Corona, usurpan y ejercen la tiranía; si el que se firma Presidente, ó César coronado, en virtud de un plebiscito; si el fisco hambriento, promulgando decretos y más decretos de socialismo fiscal; ó la cohorte de funcionarios públicos amontonados en las oficinas de la burocracia; ó las asambleas que se intitulan de representacion nacional, y cuyas mayorías no se componen sino de fantasmas políticas, que el poder (para representarse á sí mismo, porque es fuerte ó prodiga favores) encuentra siempre vagando serviles alrededor de los comicios.

Imposible, por tanto, contener el grito de dolor de que continúa la decadencia de España. La revolucion, en efecto, perfeccionando la obra despótica de la monarquía, no ha hecho sino dar mayor empuje á nuestra decadencia. Doloroso, pero preciso es confesarlo así, por más que se hagan sobre ello extrañas ilusiones gran número de los contemporáneos, bastante cándidos para creer que nos vamos regenerando. Estamos hoy más distantes de nuestra regeneracion y libertad que en 1808 y 1812. Heroico y eficaz remedio, aunque lento, para aliviar nuestros males, hubiera sido la práctica de un verdadero sistema representativo, cimentado en los grandes caracteres de nuestra nacionalidad. Este sistema representativo, movido por las fibras de la libertad verdadera, y no por los resortes mecánicos de la centralizacion, hubiera acabado al fin por darnos, más tarde más temprano, las costumbres públicas, la energía y la independenciam de nuestros antiguos municipios y de sus procuradores en Córtes, que hoy tanta falta nos hacen. Pero en vez de evocar los recuerdos patrios de la antigua España; en vez de observar sobre todo, cuáles eran los elementos reales que componían la sociedad española, y levantar sobre ellos los nuevos organismos políticos, perdimos el seso con teorías y pasiones anárquicas. Y despues de haber proferido la palabra

libertad ántes que ninguna otra, y más que ninguna otra, despues de haber hecho los mayores sacrificios para conquistar la libertad,—la libertad hoy, despues de todo, no es para nosotros más que un nombre vano que encubre muchas ruinas, y más parece un epitafio que una esperanza. Poco importa, en efecto, á la libertad que, á nombre del pueblo soberano, se completen ahora los trabajos despóticos del cesarismo real. Despotismo monárquico ó despotismo democrático, da lo mismo. Cuando por detestables gobiernos vemos destrozada la patria, y contemplamos dominada más bien que regida la monarquía por el despotismo de dictadores advenedizos, y el peso del poder abruma y humilla la frente, no debe preocuparnos que sean unos ú otros nuestros opresores, y ménos aún hacer sacrificios para escoger el tirano: lo que á nuestro porvenir interesa, es hallar el medio seguro de romper el yugo y afianzar de mejor manera el respeto de nuestros derechos. Y lo único que hemos acertado á crear para defender el ejercicio libre de nuestros derechos, ha sido imprimir á los trastornos sociales cierto carácter de terrible perpetuidad, colocando por donde quiera frente al principio del despotismo el derecho de insurreccion como el más eficaz de los remedios. Con ello ofrece España, como otros pueblos del continente europeo y de la América meridional, el singular espectáculo de naciones que como cristianas no pueden ser esclavas, y que sin embargo no saben ser libres. El despotismo ministerial, que desde los dias de Felipe III continúa siendo uno de los principales agentes de nuestra destruccion, muéstrase ahora más omnipotente y terrible que nunca. Torpe y repugnante era ya en manos del duque de Lerma y del Conde-Duque; más omnipotente todavía se mostró en los tiempos de Cárlos III; y si no más despótico que en el reinado de este último príncipe, más vergonzoso sí en el reinado de Cárlos IV; pero se ha convertido en nuestros tiempos en el género de absolutismo más torpe y corruptor que jamás ha tenido España. Si ántes necesitó de intrigas palaciegas para mandar y gobernar al amparo del real sello, hoy puede con entero desenfado reinar y gobernar omnipotente, con teorías como la de que el rey reina y no gobierna: teoría que, si no en la doctrina, está en la práctica de gobierno de todos los partidos. Ella tiene avasa-

llado al príncipe, avasallado al pueblo, avasalladas las instituciones. A los piés de ese poder tienen también á su vez que arrastrarse los pueblos, y adularle como viles cortesanos, para mendigar sus favores. Así el despotismo ministerial, enseñoreado de las instituciones, las falsea de tal suerte, que lo que había de producir libertad no produce sino servidumbre. En sus manos perecieron las antiguas libertades de España, y en sus manos continúan pudriéndose. Ese poder monstruoso y deforme, combinándose hoy con principios democráticos, ha convertido la libertad política en una teoría abstracta de derechos individuales, dejándola reducida en la vida real, cual en los tiempos de Tácito, al derecho de elegir y de ser elegido. La igualdad en la opresión común hace hoy las veces de la libertad común. El peso de una tiranía uniforme y brutal, aunque culta y parlamentaria, todo lo abrumba y aplasta; con ella los caracteres se degradan, las almas se envilecen, y generaciones serviles se entregan á las dictaduras ó á las orgías populares, ocultando su bajeza con lemas liberales. No fueron tan degradados y serviles los peores días del antiguo régimen. «Por sumisos que anduvieron los hombres del antiguo régimen á los decretos de la voluntad real (decía con razón Tocqueville), había un género de obediencia que les era desconocido: no sabían lo que es doblegarse ante un poder ilegítimo, que se venera poco, que con frecuencia se desprecia, pero cuya tiranía se sufre, porque es poder que dispensa favores ó puede hacer daño. Nuestros padres desconocieron siempre esa forma degradante de la servidumbre... Acatando y cumpliendo las órdenes arbitrarias del Rey, lo hacían más bien por amor que por opresión: así frecuentemente permanecía su alma libre y altiva hasta en la dependencia más extremada. Para ellos el mayor mal de la obediencia era la opresión, para nosotros es el menor de todos: el vicio peor es este sentimiento servil que hoy nos arrastra á la obediencia. No despreciemos á nuestros padres; ningún título tenemos para ello. ¡Quisiera Dios que con sus preocupaciones y defectos pudiéramos recobrar algo de su dignidad!» (1)

(1) A. de TOCQUEVILLE, *L'Ancien Regime et la Revolution*, lib. II, cap. XI.

Y no se manifiesta sólo la continuación de nuestra decadencia, en la ruina de las instituciones libres; descúbrese también en el profundo desquiciamiento que en la época presente cabe á otros restos de nuestra grandeza pasada. Con la enfermedad crónica que se ha apoderado de la monarquía, transformando su constitucion política en una máquina administrativa, sin freno ni moderador ninguno, puesta en movimiento no más que por los sacudimientos convulsivos que en su seno producen las revueltas sociales,—se han hecho imposibles gobiernos estables y fecundos, y los más graves negocios de Estado han quedado reducidos á intrigas sobre provision de destinos, y conjuraciones para alcanzar mercedes. Nada extraño, por tanto, que ande desasosegada, y pese hoy más que ningun otro elemento en la balanza política, la gente acostumbrada á vivir de asechanza y rapiña, compacta cohorte de hombres todos ellos audaces y atrevidos para lo pequeño é incapaces de nada grande. Así ha vuelto España á aquellos tiempos en que los escritores griegos y latinos se extrañaban de los singulares caracteres de raza que descubrían en los pobladores de esta noble tierra. Raza heroica, pero aventurera sin ejemplo; consagrada con alma y cuerpo á las desdichas de la guerra, y no al sosiego de la paz, y devorándose en discordias civiles cuando les faltaba enemigo de fuera. Plinio, Estrabon y Floro echan con razon en cara á estos españoles antiguos la ignorancia en que se hallaban de sus propias fuerzas, y el no saber emplearlas en constituir una sola y vigorosa nacion, independiente, temida y venturosa. Por iguales motivos, en este siglo de grandes corrientes unitarias, nosotros que hemos derramado más sangre y tesoros que ningun otro pueblo de la tierra en impías discordias intestinas, no hemos sabido constituir con toda la Península una nacion vigorosa y prepotente, que amparada por fuerte brazo, regida por una sola cabeza, guiada por un pensamiento generoso, volviera á recobrar algo de la importancia y respeto que mereció en otra centuria. Así miéntras toda Europa se estremece con movimientos de raza y nacionalidad, y ve formarse nuevos imperios, y organizarse unidades políticas que poco ántes parecían condenadas á secular impotencia y fraccionamiento,—este rincon

del continente europeo continúa fraccionado y dividido; mirándose como pueblos no sólo distantes y extraños, sino con demasiada frecuencia como enemigos, los hijos de un mismo suelo, separados en otro tiempo por no sé qué amargas desventuras; pero cuya mutua prosperidad y grandeza dependen de que sea una y libre su patria, y vuelvan á enlazarse en el escudo nacional los que ántes no eran sino cuarteles distintos de unas mismas armas, y florones de una misma diadema. Si no hemos dado un paso para constituir la Iberia, en cambio, en este mismo siglo, ha sufrido España en sus colonias una desmembracion territorial tan espantosa, que jamás la sufrió igual ningun imperio, ni áun el mismo que se hizo pedazos en los siglos iv y v. Guarda aún, no obstante, de aquellos tan dilatados dominios de Ultramar, fragmentos bastante soberbios para ser todavía la segunda potencia colonial. Pero el corazon de este cuerpo político, que en manos de buenos gobiernos sería si no el más poderoso ciertamente entre todas las naciones europeas, el de más enérgica vitalidad en los sentimientos nacionales, parece ahora no tener fuerza bastante activa para comunicar vida y energía á sus extremidades. Espantosas convulsiones está sufriendo por ello la isla más hermosa de los mares, que es una de las extremidades de este cuerpo político. Y por otro lado, en el Océano Pacífico, aquel archipiélago que, si no tan enormemente poblado y extenso como los dominios británicos en la India, por la riqueza de su suelo y sobre todo por los principios de orden y lealtad que durante tres siglos se han arraigado en aquellas tierras lejanas, constituye la más hermosa colonia que posee en el dia nacion alguna, ofreciendo las más sólidas esperanzas de estabilidad y duracion,—languidece ahora tambien en completo letargo; pareciéndose, por la incuria y abandono administrativo que padece, á uno de aquellos ricos, pero superfluos patrimonios de los estados de un grande, cuyas rentas y administracion se desangran en los vicios de la opulencia.

No ha sido, sin embargo, á pesar de todo, esta catástrofe de las colonias, el mayor desastre de decadencia que tenga que llorar la patria. Mil veces más deplorable para ella es el decaimiento de aquel carácter nacional, que hizo de nuestra historia

la más asombrosa leyenda, y de nuestra raza la más caballescresca y heroica, y un tiempo la más temida, aunque la más odiada. Cada día va acentuándose más este decaimiento de nuestros grandes caracteres de raza, que, conservados incólumes por espacio de tantos siglos, pusieron enfrente de los ejércitos de Bonaparte al mismo pueblo heroico de Numancia y de las leyendas del Cid. Este sello de la antigua dignidad del pueblo de España (bien lo conocen y lo procuran sus voluntarios enemigos) amenaza ahora borrarse por completo; y si continúan quebrantándose las tradiciones de la patria y trastornándose sus sentimientos y costumbres seculares, no sin fundado recelo debemos temer que no vuelva á erguir su cabeza noble y altiva el pueblo que quizás por última vez hizo su explosión heroica en 1808.

Fué costumbre de todo tiempo, y lo es también de los contemporáneos, atribuir el origen de los males que padecen los pueblos á la imbecilidad y pasiones de los gobernantes. Mucho contribuyen, sí, á las desdichas públicas los desaciertos y miserias de los que mandan; y sobre este punto no poco desacertadas por cierto andan en nuestra época las humanas pasiones y flaquezas; pero las desgracias de la patria tienen en nuestros días origen más alto. La causa primordial de tanta anarquía descansa en los vicios inherentes á la misma constitución actual de algunos pueblos. Los crueles ensayos que, desde hace más de dos tercios de siglo, venimos haciendo para plantear una verdadera monarquía constitucional, y que no han producido sino resultados negativos en medio de las más extrañas y tremendas catástrofes, nos dan en trueco de tan terribles desengaños, la triste experiencia de que no hemos de recoger sino anarquía y revueltas estériles, mientras la secular constitución interna y única verdadera de la patria, no sirva de primer punto de partida para todas las leyes que sin cesar tejen y destejen los partidos militantes. Si no existe la necesaria armonía entre los elementos constitutivos de la nación, entre los tradicionales organismos políticos de la constitución interna, y las leyes que los deben interpretar, la patria continuará siendo ingobernable.

Cada pueblo tiene su carácter propio y esencial, su tempera-

mento propio, su propio organismo de vida. Este organismo, este temperamento, este carácter exclusivo, por el cual los pueblos y los individuos se distinguen unos de otros, así los pueblos como los individuos lo reciben también todo hecho, como principio esencial de su individualidad; y unos y otros son impotentes para cambiar por sí mismos, y según su voluntad, esta naturaleza política ó física que recibieron desde la cuna. Con igual verdad que en medicina se dice que tal individuo tiene temperamento nervioso, ó sanguíneo, ó linfático, ó bilioso, debe también decirse en política que tal cuerpo social tiene temperamento monárquico, ó aristocrático, ó democrático. Y sobre esto de los temperamentos, la política (como la medicina) debe contentarse con reconocer el hecho existente y característico de cada individualidad; sujetando á este hecho primordial todo sistema de gobierno, y procurando en sus disposiciones escritas conjurar, para el mejor desarrollo de la vida del individuo, los peligros que se originan de su misma naturaleza. El político que se empeñara en cambiar de un golpe la naturaleza de un cuerpo social, ó se aventurara á tratar á un Estado monárquico como si fuera un Estado puramente democrático, ó en dar á una democracia las instituciones propias y exclusivas de una monarquía, incurriría en el mismo acto de locura que el médico que se empeñara en transformar de un golpe un temperamento nervioso en temperamento sanguíneo, ó aplicara á un organismo el tratamiento propio de otro organismo diferente. Es por esencia la política una ciencia experimental; y como ciencia experimental debe ante todo fijarse en los hechos preexistentes, en los elementos sociales que en cada pueblo encuentra, tomándolos siempre, tal cual existen, como base de todos sus sistemas. Y si hay en política alguna verdad cuya evidencia aparezca demostrada hasta la saciedad por la historia (que es el gran campo experimental de la ciencia de gobierno), es la verdad que, aunque tal vez en sí misma indemostrable, ha hecho evidente la experiencia de los siglos, demostrándonos de una manera constante: que los caracteres que en las Constituciones políticas aparecen como más esenciales en la vida de cada pueblo, los más grandes principios constitucionales que dan vida á sus

organismos sociales y políticos, los recibe cada nacion de un PODER superior á ella misma; como recibe su lengua y su gramática, una vez que se han constituido en el misterio de los siglos; sin que nadie pueda decir ni cómo se han formado, ni por qué, ni cómo los ha recibido en esa forma. Así como nadie puede decir cómo, ni por qué, en la formacion de las lenguas, el aleman tomó al latino su gramática, al mismo tiempo que guardaba las antiguas voces teutónicas; y el castellano, en cambio, abandonó la gramática latina, mientras guardaba en la estructura de sus voces la mayor parte de los vocablos latinos; así como nadie puede decir cómo ni por qué se formó en Inglaterra el idioma que es propio á aquella nacion; y el frances, en la Galia;—así tampoco nadie puede decir cómo ni por qué se formó la Constitucion inglesa; cómo ni por qué se formó el organismo político de las demas naciones; cómo ni por qué este país vino á ser monarquía constitucional, y no república; cómo ni por qué la antigua Grecia floreció bajo la forma republicana del gobierno de sus ciudades independientes, y fué incapaz de formar una gran unidad política; y el gobierno romano pudo, por el contrario, de gobierno municipal convertirse en gobierno del mundo. Estos grandes principios fundamentales de sus diversos organismos políticos, no sólo los reciben las naciones creados ya y por acto ajeno del todo á su voluntad, sino que á pesar de ser la parte más esencial y el alma propiamente de la constitucion política, en ningun lado, sin embargo, están escritos ni pueden tampoco reducirse á fórmula escrita. El hombre no puede más que reconocer y declarar que existen; y partiendo de ellos como de un hecho existente é indestructible, ir inspirando en su espíritu las leyes que promulga, y procurar levantar sobre sus cimientos el desenvolvimiento y grandeza de su patria. Si el legislador humano promulga leyes que estén en disonancia con estos principios fundamentales, irremisiblemente habrán de resultar ó estériles ó trastornadoras; su trabajo legislativo, en vez de ser una obra constituyente, será obra destructora, y como la nacion en uso de su soberanía persista en semejante empresa no hallará sino descomposicion y muerte. ¿Quién no declararía loco al pueblo que se empeñara en

mudar de idioma? Si el pueblo inglés se empeñara en cambiar su gramática y consiguiera cambiar su lengua, por sólo ese hecho habría dejado de existir la nación inglesa. Lo mismo que con el idioma y la gramática, sucede con el principio fundamental de las Constituciones. Si una nación se empeña en cambiar el principio generador de su organismo político, se arroja á una empresa de verdadero demente; si se empeña en convertir en monarquía á un pueblo donde no existen más que los elementos propios de una república, y rompe la armonía entre los principios de su constitución interna y las leyes de su constitución escrita, ese pueblo es propiamente un pueblo de locos; y si su locura no se remedia pronto, al cabo de un período más ó ménos largo de confusión y anarquía, sobre él recaerá sentencia de muerte, é irremisiblemente se habrá de cumplir la última pena.

Semejante locura, sin embargo, se ha hecho epidémica en muchos pueblos modernos. España padece también en alto grado de este contagio singular que ha engendrado la revolución moderna. Ha venido á manos de partidos y legisladores ideólogos, empeñados en hacerla vivir con organismos distintos de los suyos. Y gobernando nuestra monarquía con principios que no son, que nunca han sido de España; haciendo de nuestras leyes triste copia de las combinaciones políticas y de los sistemas de gobierno que, por unas causas ú otras, con mayor ó menor acierto, imperan en otros países, el espantoso trastorno que en nuestra vida social han producido tales hombres de gobierno, es la causa constitucional de la disolución horrenda que se ha apoderado de la patria. España necesita vivir su vida propia, necesita desenvolver en sus leyes, en sus instituciones la constitución y los elementos característicos de nacionalidad que los siglos y la historia han depositado en su seno. Hay que hallar y reconocer la patria, no sólo en la situación geográfica, en el suelo, en la lengua sino también en la vida social, en las leyes civiles y políticas. Sobran teorías de filósofos y utopías de tribunos, y faltan leyes patrias; necesitamos aquí ante todo patria y patria española. Y los hombres encargados de nuestro gobierno, deben saber que se puede desquiciar una sociedad, que hasta puede llegarse á

destruirla; pero que jamás fué dado á ningun hombre organizarla de manera distinta de lo que es en realidad, ni cambiar su naturaleza, para hacerla vivir con organismos que no son los propios suyos. Mas si persistimos en despreciar los elementos constitutivos de la sociedad española, ó en violentar las instituciones patrias que de ellos han surgido, la invencible naturaleza nos pone en la alternativa, ó de seguir viviendo españoles con los organismos propios de nuestra patria, ó dejar de existir como Nacion independiente.

Despues de las épocas desastrosas de desorganizacion y decadencia que periódicamente suelen presentarse como alternativa fatal en la vida de los pueblos, tanto las repúblicas como las monarquías, para no caer en completa ruina han menester reconstituirse conforme al principio generador de su constitucion propia. Es este el remedio más urgente que hoy reclama la situacion de España; necesita buscar la fuerza reconstituyente no en vanas teorías, ni en principios abstractos de un gobierno del todo nuevo, sino en el mismo principio generador que produjo su antigua admirable constitucion. Él levantó junto al trono respetado y fuerte unas Córtes, modelo siempre de energía é independencia; él hizo una sabia organizacion de clases dotadas todas ellas de excelentes costumbres públicas, y tuvo una Iglesia en armonía con el Estado, no oprimida por el poder temporal, y libertades locales incomparables: elementos todos cuya ruina y postracion es en el dia la causa primera de nuestros mayores desastres. Amaestrados por larga serie de desventuras nacionales (que, en medio de grandes aflicciones, traen siempre para los pueblos como para los individuos enseñanza mucho más provechosa que las grandezas de la prosperidad), debemos ahora con la experiencia de los tristes y penosos recuerdos, con la experiencia de las catástrofes de las centurias pasadas, y de las catástrofes mayores del siglo presente, meditar sobre las causas que fueron un dia origen de nuestra grandeza, y luégo motivo de nuestra ruina; á fin de levantar de nuevo sobre más firme y seguro pedestal la prosperidad de la patria. No tiene otro deber más sagrado la generacion presente. Que no olvide sobre todo esta generacion, como lo olvidó la generacion que ahora está bajando al sepul-

cro y muy luégo habrá desaparecido de la tierra, que el momento de la regeneracion es el momento más crítico de la vida de los pueblos, porque es la hora de las utopias que, en tales crisis solemnes, la mayor parte de las veces arrastran á las naciones con falsas apariencias de mejoramiento, y alucinándolas con seductoras esperanzas y soberbias promesas, las conducen á total perdicion. Quiera Dios que en la nueva generacion no hagan las teorías los estragos que produjeron en manos de sus padres. La obra de la reconstitucion de los pueblos es la obra nacional por excelencia. Y en esta obra, eminentemente nacional, es ley de toda sana política: que, ante todo, tengan presente los hombres de Estado cuáles son los hechos y los caracteres distintos de su patria, cuáles los elementos y los organismos esenciales de la vida nacional, considerando siempre como accesorios los sistemas de la ideología política en boga, y la imitacion servil de las instituciones extrañas, por buenos y excelentes resultados que estos puedan producir en lejanas tierras.

Volvamos pronto á nuestra Constitucion, tan buena y tan antigua como la inglesa; para España mil veces mejor que la inglesa. Nuestras leyes, todas nuestras buenas leyes han de formar la base de la Constitucion española: porque ellas son la verdadera Constitucion española, por más que espíritus quiméricos fantaseen diariamente multitud de otras, á las cuales quieren dar el mismo pomposo título.

Pero que á nadie se oculte tampoco que han traído consigo los siglos nuevas necesidades; que roto, durante tan largo tiempo, el enlace de una época con otra, no puede volver á establecerse la verdadera legalidad y legitimidad constitucional de una manera violenta. No nos hallamos ya siquiera en la condicion y en las circunstancias propicias de aquellos patrios que fantasearon en Cádiz la primera Constitucion escrita, llamada por ellos la Constitucion española. Desde entónces han corrido para la patria setenta años de espantosas catástrofes, se han promulgado cinco Constituciones más, que en sus venas y en su espíritu llevan la sangre y el espíritu de su madre la Constitucion de 1812; y esta persistencia del espíritu teórico y de los sacudimientos revolucionarios, y los hechos

y los resultados históricos que por ello se han producido en nuestros reinos, debe tenerlos también presentes el hombre de Estado, no para sancionar los hechos consumados, sino para no entrar en lucha impotente con los hechos indestructibles. Y aceptando aquellas páginas de nuestra historia que, aunque tristes y vergonzosas, nadie puede ya rasgar, ha de seguirse en la aplicación de los remedios, aquel axioma, tan rancio como cierto, de la política, que, cuando un mal ha llegado á su grado de mayor violencia en el Estado, aconseja como más prudente contemporizar con él, mejor que intentar en vano extirparlo de raíz.

Venerando lo pasado, hemos de someternos á las necesidades de la edad presente; é interpretando la secular constitución de la patria, introducir en ella el elemento de lenta y sucesiva, pero incesante reforma, que es el sello de la perfección en las leyes humanas. Imposible, con efecto, que den fruto alguno las mismas reformas, si al hacerse no se tiene en ellas en cuenta el estado social, y no llevan impreso también el sello de los tiempos que las producen. Pero en lugar de perfeccionar la constitución nacional, alterarla y destruirla como ahora se hace, crear leyes nuevas sin necesidad, traerlas de países extraños, reconstituir de un golpe la sociedad entera con arreglo á un principio fijo, á un sistema filosófico determinado,—es la locura mayor que pueden tener los hombres de Estado, el vértigo más peligroso que puede apoderarse de los pueblos.

Tal es, sin embargo, el sistema predilecto de los hombres de la revolución. Todavía, á pesar de tan terribles escarmientos, abundan en la política hombres y partidos numerosos, apegados con más soberbia que nunca á la idea de que, sean cuales sean los pueblos, no hay para ellos más que un solo buen sistema de gobierno y una sola constitución razonable y justa, y que á todos convenga. Y no sólo es dogma de su credo político el que las mismas instituciones convienen á todos países, en todos tiempos y lugares, sino que creen además, con fanatismo de sectario, que cuanto no esté conforme, con ese gobierno perfecto, forjado en abstracto y *à priori* por la razón humana, está llamado á desaparecer muy luego, para que vengan en su lugar las instituciones lógicas, sencillas, armó-

nicas, humanitarias y libres, que ántes de mucho van á ser el código fundamental de la humanidad entera. Espanta el fanatismo con que estos presuntuosos políticos, llenos de confianza en sí mismos y en sus propios sistemas, hablan de la ruina de todo lo existente; y vaticinan que, cumpliéndose la ley de lo que ellos llaman el progreso, dentro de poco habrán desaparecido de la tierra los principios monárquicos y las instituciones más seculares, y no se regirán las naciones por otro gobierno que el republicano, y no habrá para la constitucion del gobierno representativo otro organismo que el sufragio universal. Pero, mal que pese á los profetas democráticos de ahora, la humanidad y las naciones seguirán siempre la ley eterna de su desenvolvimiento: habrá repúblicas, y sobre todo, repúblicas estables, allí no más donde existan los verdaderos elementos para constituir una república; y habrá monarquías allí donde existan los elementos esenciales de la monarquía. Pues ni la libertad ni el progreso están ligados, en manera alguna, ni á la forma monárquica, ni á la república; ni son tampoco estos graves problemas de la política, cuestiones que puedan resolverse *à priori* con arreglo á un principio general. Su solucion tiene que ser siempre diversa, segun los tiempos y lugares. Si de republicanos que son en el dia los elementos sociales de la gran confederacion Norte-Americana, se transformaran (como nada tuviera de extraño), andando el tiempo, en elementos monárquicos, allí tambien, á pesar de las profecías modernas, surgiría una ó varias monarquías; y la monarquía levantada en aquellos países como necesidad de desenvolvimiento de su vida nacional, no por eso dejara ciertamente de ser un progreso. Es formarse idea singular de los elementos sociales que el imperio romano y los diez y nueve siglos que han venido despues, han arraigado en el suelo europeo; es desconocer, de extraña manera, la influencia que estos elementos han tenido en nuestra civilizacion europea; y cómo, por un trabajo secular, todos ellos vinieron á formar parte esencial de los grandes cuerpos políticos que constituyen la Europa, comunicando de esta manera á las naciones de nuestro continente un carácter especialísimo y como de familia, que las distingue entre todos los pueblos. Es, por fin, forjarse extrañas ilusiones sobre

las condiciones de desenvolvimiento de las sociedades europeas, imaginar que desde el siglo XIX en adelante, depende para ellas de la desaparición del monarca, la libertad y el progreso político. El poder real es hoy en Europa el más precioso regulador de la vida política; sin él no es posible fundar en nuestras sociedades europeas ni libertad estable, ni verdadero gobierno representativo. En estas sociedades europeas, que en medio de los grandes vaivenes revolucionarios se sienten como faltas de lastre y de un principio de estabilidad; en estas sociedades europeas, donde la desorganización de clases ha producido y estará produciendo, mientras se forma la nueva aristocracia, el caos que engendran la falta de una fuerza moderadora, la falta de armonía entre los elementos movedizos é inconstantes y los elementos conservadores que toda sociedad encierra;—el poder real es hoy el más alto principio de estabilidad, el poder conservador más enérgico y único que esté en pie y pueda conjurar las tormentas de anarquía de las crisis revolucionarias.

Cuanto á España singularmente, por más que, en historia larga y triste, haya experimentado que las mayores desventuras de las monarquías provienen casi siempre de las faltas de los príncipes, en el día, sin embargo y á pesar de todo, depende su prosperidad y progreso, no de que se suprima el poder real, cuya desaparición sería privarla de un órgano esencialísimo de su vida social y hoy por hoy irremplazable, dadas nuestras costumbres y nuestro modo de ser y nuestro temperamento nacional; sino de que la Providencia le conceda príncipes del genio de nuestros Reyes Católicos que, en circunstancias no ménos difíciles que las actuales, supieron obrar la regeneración de la patria.

Se necesita vivir ciertamente fuera de la vida real, para no ver en medio de las sociedades hechos tan capitales y necesidades tan perentorias. Abunda, sin embargo, nuestra edad en ese género de políticos que tienen ojos y no ven, que viven en medio de las grandes enseñanzas experimentales de las revoluciones, y permanecen sin embargo insensibles ante las mayores catástrofes. En cuanto, entre las nubes de la dialéctica, allá en un mundo abstracto, donde por lo visto no llega el eco

de los sucesos que pasan por la tierra, han fabricado algun sistema político, con furia de energúmenos se lanzan á plantearlo en la vida real. Sofistas incorregibles, ni los asustan las catástrofes, ni les sirven de experiencia los desengaños. Cuando los hechos desacreditan sus teorías con algun terrible mentís, cierran los ojos y siguen adelante. Si confiada á sus manos la sociedad amontonan en ella ruinas y desastres, hallan en su genio fecundo de sofistas, recursos para explicarlo todo por causas ajenas á la bondad de sus sistemas; y al dia siguiente de un desenlace cruel, tan ideólogos como ántes, vuelven á empezar con más furia que nunca. Con el pretexto de estudiar la ciencia de la organizacion social y constituir mejor al hombre perfecto en la sociedad perfecta, desgarran impasibles las entrañas palpitantes de los pueblos; las examinan con la misma frialdad con que se analiza en la autopsia un cadáver; y se figurarán luégo, ilusos ó malvados, devolverles la vida escribiendo sobre un trozo de pergamino ó de papel una fórmula llamada la Constitucion, donde se declara que la nacion se ha convertido en república ó monarquía constitucional, y ha proclamado los derechos del hombre.

JOAQUIN SANCHEZ DE TOCA.

Madrid 15 de Julio de 1873.





LAS BATALLAS MODERNAS.

TRANSCENDENTALÍSIMO y radical ha sido el cambio que se ha operado en el arte de la guerra. Los adelantos de las ciencias, el perfeccionamiento del fusil, el espíritu de observación y las experiencias de las últimas campañas han ejercido en él verdadera influencia. Es cierto que en un siglo de luchas y de revoluciones, de campañas rápidas y sangrientas, investigador por excelencia, y en el cual se busca, por lo mismo, solución á todos los problemas y á todas las dificultades, habían de modificarse en este punto, con los medios del arte, los principios por que se regía, llevando á estos algo de su esencia civilizadora é imprimiéndoles un carácter verdaderamente en armonía con su espíritu de ilustración y con su cultura.

La guerra, no ya como en antiguos tiempos puede ser llamada empresa bárbara, donde triunfa el más fuerte y donde se unce violentamente la victoria en el carro de los conquistadores; léjos de esto, y participando de la influencia que el progreso ejerce, se nos presenta como el triunfo de la inteligencia sobre la fuerza, aún en esos momentos supremos en que los hombres confían á la segunda el decidir de los destinos de un

pueblo. Y admitiendo ese azote, que á la manera de un misterioso agente coadyuva en cierto modo á su progreso, el predominio de la inteligencia humana en los campos de batalla ha de saludarse como una nueva conquista que hará más breve ese terrible azote, y que ennobleciendo la victoria, ha de humanizar el triunfo.

Basta hojear las más importantes publicaciones militares que ven hoy la luz en Europa para convencerse del punto á que han llegado los adelantos científico-militares. Los trabajos de este género menudean en los países más civilizados: tecnología, historia, arte militar, tratados especiales de todos géneros, aparecen incesantemente, y las recientes campañas, más especialmente la de Francia y Alemania en 1870-71, estudiadas con toda detención, han dado margen á las obras más brillantes que en estos tiempos han aparecido.

Con la paz de Francfort el centro de gravedad político-militar de Europa que se encontraba en Francia, pasó á Berlin, circunstancia que vino á demostrar que la grandeza y la preponderancia política de los pueblos están en razon directa con el grado de perfeccion que han alcanzado sus instituciones militares. No hemos de extrañar que comprendiéndolo así nuestros vecinos, se esforzaran tras las sangrientas derrotas de la rápida campaña de 1870-71, en darles el debido realce, poniendo la instruccion militar á la altura de sus victoriosos enemigos.

Por un doble concepto la campaña franco-alemana imprimió en ambos países un verdadero impulso á los estudios militares; en el primero, para reconquistar la perdida influencia y hacer frente á las eventualidades de lo porvenir; en el segundo, para consolidar las conquistas alcanzadas y mantener el prestigio militar á la debida altura, frente á frente de un enemigo que no podía perdonar la pasada humillacion.

Las prácticas de la escuela de la paz, las grandes maniobras anuales por lo que respecta á la instruccion; y la organizacion dada á los ejércitos en Alemania, tuvieron pronto imitadores en toda Europa. Por aquellas prácticas llega un ejército á adquirir condiciones maniobreras, se habitúa á las exigencias del combate moderno y se forma anticipada idea de su carácter. Y como

las guerras modernas ponen por medio de las vías férreas de un país, y en breves días, á un ejército frente á frente de su enemigo, aquellas cualidades de instrucción suben de punto en valor, pues son las que le dan desde el primer momento grandes ventajas sobre el enemigo. Hé aquí lo que significa la escuela de la paz; es como con razón decía un periódico alemán: «escuela del mando superior, así como utilísima é indispensable enseñanza para el desempeño del mando subalterno.»

Pero á la par que los ejércitos han ido adquiriendo en esa escuela condiciones maniobreras, han continuado en tela de discusión los problemas que planteó la campaña franco-alemana, problemas que aparte su importancia, no dejan de ofrecernos curiosos datos, mayormente si se les compara con los que nos ha ofrecido la reciente terminada en Oriente.

Dando desusada importancia al rápido perfeccionamiento del fusil, los franceses trocaron su antiguo amor á la ofensiva, tan propia para su genio impetuoso, por la defensiva pura, bien persuadidos de que el fuego había de hacer imposible el avance, y mucho más la toma de una posición; y marcharon á la guerra contra un adversario más hábil, más disciplinado y más instruido con ciega confianza en un triunfo próximo. Pero el ejército prusiano que no dormía sobre sus laureles y que estudiaba sus pasadas victoriosas campañas, para remediar, para concluir con los defectos que en ellas había notado, presentóse ya en el primer momento dando pruebas de la gran perfección que había alcanzado en su organización y en su instrucción.

Bajo todos conceptos se mostró el ejército francés muy inferior á su enemigo; la caballería, que tan heroicos ejemplos de valor dió en las cargas, desempeñó muy mal el servicio de exploración; la artillería tampoco demostró hallarse á la altura que requería su misión, siendo su colocación en muchos casos defectuosa; la infantería, encastillada en sus posiciones, se batió con su bravura acostumbrada y sembró el campo de cadáveres enemigos; pero precisamente en el momento supremo, es decir, cuando tenía lugar el asalto, era cuando se hallaba más desmoralizada, pues entonces el soldado había perdido la

confianza en su fusil y en la eficacia de sus fuegos, y envuelto por un enemigo que atacaba simultáneamente el frente y los flancos, tenía que ceder ante él, abandonándole desdichadamente la victoria.

La campaña de 1870-71, es bajo cualquier concepto que se considere una gran lección, por la serie continuada de desastres que ocasionó al ejército francés en brevísimo período de tiempo.

Puso de manifiesto los defectos de que adolecía la antigua táctica observada por nuestros vecinos, las ventajas de la ofensiva á pesar de la precisión y alcance del tiro, y vino á dar una verdadera importancia á las prácticas de la escuela de la paz; prácticas, como ya hemos dicho, por medio de las cuales un ejército se presenta en los campos de batalla con aquellas condiciones de superioridad que adquirió en dicha escuela.

A contar de esta campaña, la justa importancia que se dió á los fuegos, y sobre todo á los diferentes sistemas emitidos á propósito de los resultados visibles, hizo que se desarrollara en grandísima manera su estudio y las prácticas del tiro: ya la guerra del Norte-América había arrojado grandísima luz sobre este punto; pero en Europa no acostumbramos pagarnos como se debe de ciertos hechos ocurridos allende los mares; así es que únicamente despues de las victorias alcanzadas en distintas campañas por los alemanes, y que se achacaron al alcance de su fusil, se empezó á comprender toda la importancia que entrañaba esta cuestión llamada del tiro. La guerra franco-alemana demostró que el tiro requiere cierta práctica, y el fuego, la disciplina de los combates, y esa práctica del tiro de guerra fomentada en las escuelas y discutida por sus resultados en las conferencias militares, debía desde luego dar á comprender las condiciones que requiere el mando para saber emplearlas. La influencia del fuego sobre las formaciones se hizo, pues, mucho más visible, y dió lugar á numerosos é interesantes trabajos destinados á ponerlo de manifiesto.

Puestas de nuevo á discusión las ventajas de la ofensiva sobre la defensiva, y recíprocamente de ésta sobre aquella, se dió por convenida la superioridad de la ofensiva, á la que el fuego mismo venía á favorecer. Distinguidos escritores militares, y

entre ellos el eminente alemán Von Scherff (1), trataron de ponerlo de manifiesto; y los estudios tácticos que aparecieron inspirados en este espíritu han solidado esta opinion, á la que dieron verdadero valor las batallas de 1870-71.

Pero todas estas apreciaciones pudieran ser consideradas como erróneas, si despues de la reciente campaña de Oriente tratáramos de sacar consecuencias favorables en absoluto para la defensiva, segun la tenacidad y aún á veces el éxito con que ha sido observada por los turcos, que protegidos por sus obras de fortificacion, ocasionaron á sus enemigos numerosísimas bajas.

Requiere, sin embargo, esta cuestion ser estudiada con especial detenimiento, para dar á la defensiva su verdadero valor.

Además de las ventajas ya conocidas, es decir, la preparacion del campo de batalla, la defensiva tiene sobre la ofensiva la de poder utilizar todas las propiedades del nuevo fusil: el atacante ha de atravesar la zona que le separa de su enemigo bajo un fuego terrible é incesante, y en ciertas regiones dispuestas de antemano es acribillado á balazos, miéntras que el enemigo, cubierto por sus atrincheramientos, sólo se expone á insignificantes pérdidas. El atacante se ve obligado en la actualidad en órden de combate, es decir, en órden disperso á una distancia en que en otros tiempos no se pensaba aún abandonar el de marcha. De aquí que el transcurso de la accion sea más laborioso y se haga imposible modificar la direccion de las tropas una vez hayan entrado en la zona de los fuegos, lanzándose adelante. La fortificacion pasajera haciendo invisible al enemigo, tiene tambien para el ataque la desventaja de no permitir el buen empleo de las armas.

Por estos motivos los ataques han venido á ser tan difíciles en las dos últimas campañas, que se dan pocos casos de uno directo y que no le haya sido simultaneado por los flancos. Wisemburgo, Wœrth, Spicheren y Gravelotte son otros tantos ejemplos que confirman la importancia de estos ataques envolventes, así como las enormes pérdidas que los de frente ocasionan á un ejército.

(1) *La ofensiva, la defensiva y la demostrativa.*

Pero con más evidencia se ha puesto esto de relieve en la reciente campaña, donde los rusos lucharon con un enemigo oculto tras sus atrincheramientos.

Hé aquí por qué dice con verdadero fundamento un escritor militar: «Para combatir desde luego y en lo posible esta preponderancia de la defensa sobre el ataque, hay necesidad de tomar medidas; determinar con claridad los diferentes objetivos y los medios de llegar á ellos; obrar según requiera la ejecución, sin precipitación, pero con tenacidad; adoptar cuidadosamente la formación de la cadena y de las reservas á la configuración del terreno; y en fin, preparar con cuidado la marcha avanzando, ya sea por un empleo racional de los fuegos y de los trabajos de fortificación pasajera, ya sea por una juiciosa distribución de las tropas que toman parte en la lucha. Grandes son las dificultades de la dirección cuando las tropas han entrado en la zona eficaz del fuego, y no se nos oculta cuán limitada está en la actualidad la influencia de los jefes superiores. Es preciso, pues, que el que manda una fuerza la indique claramente el objetivo y los medios de llegar á él. Toda ambigüedad, toda duda en las órdenes que se den debe ser evitada con tanto más cuidado, en cuanto una vez tomada una resolución es casi irrevocable, entradas ya las tropas en fuego. En otro tiempo la decisión final se tomaba por el jefe responsable á una distancia mucho más próxima del enemigo; teniendo á la mano y formadas en columna la mayor parte de las tropas, podía aquel, según conviniera, darlas una nueva dirección á 400-500 pasos del enemigo. En la actualidad, y contra un adversario invisible, hay necesidad de darlas una dirección á la distancia de 1.600-2.100 metros del enemigo: con tales condiciones, los errores de apreciación son mucho más temibles y los medios de remediarlos mucho más escasos que ántes; puesto que durante este largo trayecto las tropas han desplegado por compañías, á distancias más ó menos considerables.»

Como se ve, requiere la ofensiva gran acierto en la dirección, tropas dotadas de condiciones maniobreras y prácticas en el tiro de combate; pero sus desventajas aparentes dejan de serlo por poco que se estudie este punto con detenimiento.

En la defensiva, las tropas protegidas por las obras de fortificación hacen un fuego preciso y calculado de antemano, por lo mismo temible para el ataque; pero la ofensiva tiene en la defensiva un blanco fijo, y dejando á un lado su movilidad puede aprovecharse asimismo del terreno y de la fortificación pasajera con algunas ventajas. En cambio, en la defensiva, el adversario encastillado en su posición, si se sostiene la lucha por algún tiempo ha de concluir por abandonarla, ó salir de ella para aceptar una batalla, tal vez con escasas ventajas por su parte. «Si alguna consecuencia verdaderamente cierta puede por este concepto sacarse de la última campaña, leemos en una acreditada publicación militar del extranjero, es: que la defensiva pura que simboliza la inmovilidad, la inercia, concluye siempre por sucumbir á la ofensiva; porque esta última representa el espíritu de agresión, el movimiento, la vida.» Y hay que tener en cuenta que este espíritu de agresión es más poderoso por la razón de converger todos los esfuerzos hácia un solo punto, cooperando á esta empresa un factor moral que no cuenta la defensiva.

Al comenzar la campaña de Oriente y habiendo adquirido ya los estudios militares grandísimo incremento, nadie pudo ocultarse que sus resultados iban á añadir ó quitar importancia á estas afirmaciones. Iban á presentarse frente á frente dos ejércitos; disciplinado, instruido el uno; valeroso y sufrido el otro; guerra de invasión era esta, como lo fué la que los alemanes efectuaron el 71, y por lo tanto en ella no se iban á escasear los sacrificios y la sangre, y no se iban tampoco á dejar de mano cuantos recursos ofrecían el terreno y las circunstancias.

Todos sabemos lo que acaeció en un principio al ejército ruso; los serios descalabros sufridos no le auguraban aún el éxito á pesar del excesivo número de combatientes; pero estos mismos descalabros hacen pensar seriamente en un plan; el *raid* mismo del general Gurko al través de los Balkanes fué un hecho aislado que no se supo debidamente aprovechar, y que tal vez hubiera dado fin á la campaña, según autorizadas opiniones; pero la suerte de las operaciones cambiando después de serias derrotas, plantea en otra forma el problema mi-

litar. Como no vamos á examinar en globo los sucesos, y sí sólo á sacar de ellos algunas consecuencias útiles y curiosas, nos fijaremos más especialmente en el carácter que esta campaña ofrece por lo que respecta á la ofensiva y defensiva, así como al empleo de las armas.

Fué la defensiva hábilmente llevada á efecto por los turcos; las fortificaciones de campaña empleadas con ventaja y ejecutadas con perfeccion, y el fuego efectuado á discrecion, á cortas y á largas distancias. En todos casos, los turcos se batieron con bravura, con tenacidad y con heroismo; pues en la ofensiva diéronse repetidos ejemplos, como en el ataque de Schipka por Suleyman-bajá, en que llegó al extremo su obstinado valor. La bayoneta fué empleada por ellos, como por los enemigos, en no escaso número de ocasiones.

Los rusos en cambio sólo practicaron el fuego á cortas distancias, á blanco visible, emplearon en bastantes casos la bayoneta (1) y hasta llevaron á tal punto su impavidez que en distintas ocasiones, para ser fieles á su sistema de fuegos, per-

(1) «De esta suerte, leemos en un periódico, se explica el escaso gasto de municiones que las tropas rusas han hecho en una guerra de nueve meses. La infantería prusiana consumió la misma cantidad de cartuchos durante la campaña de 1866, llamada de los seis dias, combatiendo contra un ejército que no estaba armado con fusil de tiro rápido. En solo la batalla de Gravelotte, librada el año 70 contra los franceses gastó el ejército aleman seis millones de cartuchos: los sajones que eran en número de 20.000 consumieron más de un millon.

»Lo mismo puede decirse de la artillería. La del ejército austriaco hizo en Sadowa 45.000 disparos. En Gravelotte y en Mars-la-Tour gastaron los alemanes 55.000 proyectiles de cañon, ó sea la tercera parte de lo que han consumido los rusos durante toda la guerra.»

La prensa militar extranjera ha reproducido, tomándolos de los periódicos rusos, los siguientes datos respecto al consumo de municiones.

El consumo de municiones durante el año 1877-78, ha sido: para la artillería 204.923 proyectiles y para las armas de fuegos portátiles 10.087.344 cartuchos.

Estos 10.087.344 cartuchos pueden distribuirse del siguiente modo:

Fusil Berdan.....	3.025.364	30,0	por 100
Ametralladoras.....	29.580	0,3	»
Tercerolas de caballería.....	1.251.764	12,4	»
Fusil Krink.....	2.692.120	56,4	»
Rewólver.....	88.516	0,9	»
Total.....	10.087.344	100	»

manecieron sin efectuarlo ante un enemigo que se iba aproximando: este silencio impuso en un combate de tal modo á sus adversarios que emprendieron precipitadamente la retirada (1). En los ataques emplearon tambien los de frente sin simulta- nearlos con los de flanco, es decir, sin hacer uso de los movi- mientos envolventes que tanto aconseja la táctica moderna, no haciendo tampoco el debido uso de la formacion en el órden abierto, como requiere y exige el combate de hoy.

Todas estas observaciones las ha puesto de manifiesto en un interesante trabajo recientemente publicado el general de aquel ejército Zeddeler (2).

Generalmente los rusos atacaban de frente sin hacer uso de los movimientos envolventes, no haciendo fuego sino á blan- co visible y empleando con frecuencia la bayoneta; se lanza- ban á veces sobre la primera línea de trincheras y sin rehacer- se en ellas, una vez tomadas persiguiendo al enemigo con el fuego, proseguían su desordenado avance, siendo rechazados por los turcos sólidamente establecidos en la segunda línea. Por el contrario, los turcos hacían fuego á discrecion y á to- das distancias, y el habilísimo empleo de la fortificacion de campaña permitía á sus tiradores hacer fuego con la mayor seguridad, contando por lo mismo con todas las ventajas que proporciona una defensiva dirigida con inteligencia, y efec- tuada con un valor verdaderamente tenaz.

Con respecto al empleo de los fuegos, el citado general Zed- deler hace observar que estos eran nutridos é incesantes (3);

(1) En los partes de la batalla de Trestenik se elogia la conducta de va- rios batallones que no habían quemado un solo cartucho hasta que los tur- cos estuvieron á treinta pasos de las trincheras.

(2) *Algunas conclusiones prácticas de nuestra última guerra*, por el ge- neral Zeddeler, del séquito de S. M.

(3) La operacion más difícil era habitualmente el atravesar bajo una llu- via de balas la última zona, la *region de la muerte*, y de una manera segu- ra; region que separaba á nuestros bravos de las líneas turcas. Aquí era donde se estrellaban los esfuerzos más enérgicos y las tentativas más des- esperadas; esta region, como por ejemplo, en Goruyi-Dubniak estaba cu- bierta de tal modo de cadáveres, que materialmente no sabíamos donde poner el pié; y sin embargo, las tentativas se sucedían unas á otras, y na- die trataba de abandonar su puesto en el combate; era necesario para que las tropas lo efectuaran una órden formal del mando superior. Más de una

para ello los turcos en sus movimientos de avance llevaban varias caballerías por compañía, cargadas con cajones de cartuchos, asegurando de este modo el reemplazo de las municiones con toda oportunidad, mientras que en sus trincheras abandonadas encontraron los rusos enormes masas de municiones que les permitían mantener un fuego violentísimo y mortífero. Sólo así se comprende el número de bajas experimentadas por el atacante y los desdichados é infructuosos ataques dados en Plewna y sus inmediaciones, contra los cuales opinó el distinguido general Totleben (1).

La defensiva tuvo pues entre los turcos otro carácter que en los ejércitos franceses durante la guerra franco-alemana; pues mientras que en ésta, la irrupcion de la posición costaba menos bajas que el avance, en aquella por el contrario el fuego las causaba en igual número durante todo el transcurso del ataque.

Por la desigualdad de condiciones en que se batieron los dos ejércitos se comprende el resultado de ciertas operaciones; y este resultado que á última hora hizo más cautos á los rusos, es el que ha venido á dar nuevo realce á los modernos principios por los que ha de regirse la táctica. Tal es lo que se manifiesta en el importante trabajo que acaba de publicar el general ruso (2).

vez, las tropas han permanecido en esta posición peligrosa horas enteras hasta que un incidente feliz é inesperado venía á facilitar el término de la empresa á la que nos habíamos lanzado y la que seguíamos con indomable tenacidad. Júzguese del abatimiento y consuncion que causaban esos momentos en hombres condenados á la impotencia, sin poder hacer fuego contra enemigos cubiertos, por el hecho de que bajo un fuego horroroso, los soldados eran presas del sueño, y más de uno pasó sin despertarse á la otra vida.» (*Algunas conclusiones prácticas de nuestra última guerra*, por el general Zeddeler.)

(1) Vease la carta del general Totleben al general belga Brialmont á propósito de la toma de Pleozana, carta que han reproducido todos los periódicos.

(2) «No estábamos preparados, dice el general Zeddeler, ni por los reglamentos ni por los ejercicios de los tiempos de paz á dar al orden disperso todo el desarrollo, toda la importancia que exige el combate moderno. Muchos de los nuestros entraron en campaña con la convicción de que la cadena era un accesorio del orden profundo, destinada tan sólo á preparar el ataque por los fuegos. El grado de preparacion de las tro-

Las acertadas conclusiones que saca el citado general vienen á confirmar más y más los principios en que se funda el combate moderno; es decir, el orden abierto como á formacion indispensable de combate (1) y el acertado empleo del fuego.

Con el fusil de carga rápida han venido á modificarse por completo las formaciones de combate y el empleo de las tres armas. La importancia de la preparacion ha subido de punto, pues el choque lo decide con frecuencia todo y todo de una vez; y como á consecuencia de esto los ejércitos han de extender su exploracion á grandísima distancia, la caballería es por este concepto, segun dijo con razon un general prusiano, los ojos y las piernas de un ejército, y por el buen desempeño de su cometido prepara el choque dando anticipado aviso de la presencia del enemigo; la artillería, que es la que prepara la accion é inaugura la lucha, colócase en parte á vanguardia para

pas para la guerra, se apreciaba por su consistencia y por su solidez en el orden profundo, no dándose sino secundaria importancia al combate en orden abierto; la instruccion individual sobre el terreno no había sido practcada, y los soldados, como los oficiales, no se habían acostumbrado á las condiciones que requiere el combate moderno; la formacion y la direccion de la cadena estaban á la altura de la secundaria importancia que se las atribuía; la base de la cadena era la formacion por grupos, y su refuerzo solo producía confusion. Por lo general, el orden abierto era considerado como una irregularidad, y en su consecuencia las exigencias de la disciplina y la ejecucion exacta de las órdenes, no se practicaban con todo su vigor en la cadena misma.»

(1) «El combate moderno, dice el señor general Ruiz Dana, que tiende al fraccionamiento da á todos una libertad de accion de que ántes se carecía; no es ya la táctica automática, en la que no sólo el soldado sino hasta el oficial encerrado en las filas, que formaban grandes masas y profundas columnas, no tenían iniciativa alguna; sus funciones estaban reducidas, hablando en tésis general, á cuidar del buen orden de las tropas que estaban bajo su mando. sin tener que atender ni á lo que fuera de aquellas filas, ni á las diversos fines del combate que regularmente ignoraba, ni á más que estar atento á la voz del jefe de su batallon. Por el contrario, la táctica moderna, la de combate, da á todos, desde el soldado, una iniciativa de que carecían. Su unidad, la compañía, se dispone en tres y aún en cuatro líneas, llamadas escalones, porque el sistema escalonado es el moderno, todos depend entes unos de otros formando una sola línea de combate. Una cuarta parte de la compañía, llamada regularmente seccion, se despliega en tiradores, otra forma su sosten y las dos restantes su reserva, y si está aislada se encarga la tercera de este cometido, y la cuarta se sitúa convenientemente para acudir á los flancos en la eventualidad de que pudieran ser atacados.»

contener al enemigo á mayor distancia (1); y la precision y el cálculo que en general preside al despliegue de una fuerza, hace de un ejército una gran máquina cuyo ingenioso mecanismo se pone en movimiento á un solo impulso.

La importancia de la preparacion, por efecto del superior alcance de las armas, ha venido á darla, si cabe mayor, á los estudios estratégicos: el momento decisivo, el choque, es el resultado de esta preparacion y su inmediata consecuencia. Y como en la zona de los fuegos nada se decide, ó se decide mal, por eso son necesarios al jefe grandes conocimientos del terreno en que va á desarrollar la accion táctica, conocimientos que, dados en la forma de órden general á sus inmediatos inferiores, ha de encontrar en éstos ejecutores hábiles de su plan.

En la actualidad puede decirse que se despliega, allí donde en otros tiempos aún no se abandonaba la formacion de marcha; y á medida que las tropas avanzan aprovechándose de los accidentes del terreno, el refuerzo del cordon de tiradores que tiene á su frente requiere de ellas grandes condiciones de instruccion para evitar la confusion entre las diferentes unidades, confusion originada, no sólo por el refuerzo, sino por la atraccion que el fuego ejerce sobre las reservas.

Los movimientos envolventes, esto es, por el frente y flancos han adquirido, como á consecuencia del fuego, importancia mayor; difíciles si no imposibles son los de frente aislados, y de ello hemos tenido ejemplos elocuentes en las últimas campañas, especialmente en la última, en la que el fuego á discrecion empleado por los turcos, á vueltas de numerosas pérdidas hacía inútiles los heroicos esfuerzos del enemigo.

Por último, el acertado empleo del fuego y su preparacion por el tiro de escuela, son los que darán á la direccion verdadera seguridad y acierto en su empleo por medio de una exacta apreciacion, manifestándose en las tropas por la disciplina de combate. La imposibilidad de cambiar de direccion, ó de

(1) A pesar de la facultad que posee, dice Von Scherff de sostener el combate desde léjos, la artillería moderna experimenta la necesidad de acompañar á la infantería para servirla de apoyo y para compartir con ella la sangrienta tarea y los enormes sacrificios del combate á corta distancia, en los límites de lo posible.

tomar bajo el fuego una nueva resolución, obliga á dar á esta circunstancia su debido valor.

Las condiciones de instrucción que exige el combate moderno hacen que el jefe superior precise bien el objetivo y dé con claridad las órdenes generales; pero también requiere en los jefes subalternos, lo propio que en los oficiales y en muy alto grado aquellas condiciones, ya que la *iniciativa* que en tan gran modo les da les obliga á hacer frente á toda suerte de eventualidades, cuando las fracciones obran con cierta independencia dentro del plan general.

Esta *iniciativa*, tan enaltecida en los ejércitos de Alemania, es con razón una de las más nobles prerogativas que el combate moderno otorga al mando, y viene á confirmar de nuevo el triunfo de la inteligencia en el campo de batalla.

Por poco que se reflexione sobre el carácter de las batallas modernas, se verá que cuanto más se ha agrandado la zona de la lucha por el mayor alcance del fusil, tanto más se ha ensanchado la esfera de las combinaciones tácticas, y tanto más también ha sido dado al genio de los grandes capitanes. En la antigüedad, de la inercia á la lucha sólo había, por decirlo así, un paso, y una vez dado ese paso, la fuerza aherrojaba á la victoria; hoy de la inmovilidad al combate, hay una distancia que aprecia la inteligencia, tras una preparación á veces laboriosa, pero que hace entrever el triunfo.

Las condiciones de instrucción con que un ejército se presenta sobre un campo de batalla, para decidir, tal vez, en breves días de la suerte de una campaña, dando un nuevo carácter á las luchas, ponen de relieve el valor que hoy más que nunca tienen estas dos palabras: *Organización, instrucción*.

La primera asienta hoy en Europa en el servicio obligatorio; la segunda en la escuela de la paz. El servicio obligatorio y las prácticas de la paz son las bases en que han de reposar los ejércitos europeos. Y ambas condiciones corresponden á la mayor ilustración, á la mayor cultura de los pueblos, á una idea elevada de justicia, por medio de la cual todas las clases dan su contingente á la patria para hacer frente á circunstancias imprevistas.

Y al propio tiempo, esas mismas condiciones de instrucción

que exige el combate moderno, requieren en un ejército, no autómatas, sino soldados; valor é inteligencia que sólo pueden dar el sentimiento del deber que se cumple y el conocimiento de los medios que se emplean en la lucha.

Tal es el carácter del combate moderno.

Fijándonos en otra clase de consideraciones, el rápido adelantamiento que se nota en todas las esferas científicas hace imposible calcular el punto adonde puede llegarse á la vuelta de algunos años. Si se consideran los progresos de las armas de fuego durante el transcurso de este siglo, si se tiene en cuenta que á la par que este progreso, los medios de apreciación que nos da la telemetría, ciencia que nació, por decirlo así, ayer, y que ha dado lugar á numerosos estudios, los de comunicación en los campos por medio del teléfono, y otros que aún hoy no podemos concebir, ¡sabe Dios cuáles pueden ser los principios por los que se regirán nuestros sucesores!

La estrategia, que ha venido á ser la verdadera ciencia del mando, es hoy la que ocupa el primer lugar entre los militares, por las mismas razones que hasta aquí llevamos expuestas: una gran concepción en la que entren todos los elementos que pone en juego el combate moderno, rara vez puede ser desbaratada por la casualidad. Porque la táctica que resuelve el problema de la guerra hace sus oficios sobre el campo, á menudo con rapidez, dando á veces la solución de un gran problema en pocas horas.

Esto también se adapta al carácter de nuestro siglo, no formado para las luchas sangrientas y obstinadas y de larga duración, y al de nuestros pueblos civilizados, donde la vida no puede ser interrumpida por largo tiempo. Acabar bien ó mal, pero acabar pronto; tal es la divisa que dan á sus generales. Por eso se ven hoy, como con razón ha dicho un escritor militar, «campanas de un mes, de cinco semanas, de tres días, como la de Bélgica; por eso, cuando ménos se espera, una paz incompleta viene á sorprender los ejércitos, y por eso aparecen como meteoros, imperios que se levantan y se hunden en cien días, fronteras que se trazan y se borran en una hora!» (1).

(1) Villamartin.

Por poco que se considere sobre cuanto dejamos expuesto, fácil es comprender que las guerras en el interior de Europa no pueden ser duraderas: organizados previsoramente los ejércitos, ó más bien los pueblos, con arreglo á lo que exigen los adelantos y el perfeccionamiento militares, pónense en el pié de guerra en un momento dado, preséntanse repentinamente en el teatro designado anticipadamente para la lucha, y la suerte de una nacion se decide en pocas, aunque sangrientas batallas. Esto nos viene indicando cuánto interes no tienen para los pueblos la buena organizacion y la sólida instruccion de sus ejércitos. En las guerras modernas el más previsor es el que más garantías cuenta de triunfo, pues los choques son demasiado terribles para que sean duraderos.

Indudablemente que no pueden aplicarse á la Europa central muchas de las consecuencias que podrían sacarse de la guerra recientemente terminada en Oriente, cuya duracion, fácil es de presumir, hubiera sido más breve, á no haberse cometido en un principio serios errores. En la Europa central, más poblada, cruzada de vías de comunicacion, y donde la vida normal de los pueblos no podría interrumpirse por un largo período sin grandes perturbaciones, sólo pueden darse campañas rápidas; pero en las que las batallas sean sólo la expresion de una idea concebida de antemano, estudiada y meditada; batallas que al poner de manifiesto la superioridad de uno de los contrincantes, demuestren todo un plan perfectamente concebido y desarrollado.

Los adelantos de las ciencias han de contribuir tambien en cierto modo á atenuar ese sangriento azote: la areostacion, el telégrafo, la telefonía, los rápidos medios de transporte puestos al servicio de una inteligencia superior, son otros tantos recursos para hacer con rapidez la guerra y dar grandísimo impulso á las operaciones. Figurémonos un talento militar como el de Bonaparte disponiendo de ellos al preparar sus admirables operaciones, y con dificultad sabremos poner límites á los cálculos de aquella inteligencia poderosa que tan grande se mostraba en sus concepciones militares.

Pero todo lo que ha engrandecido al presente la esfera de la guerra, justo es decir que por otra parte ha limitado su dura-

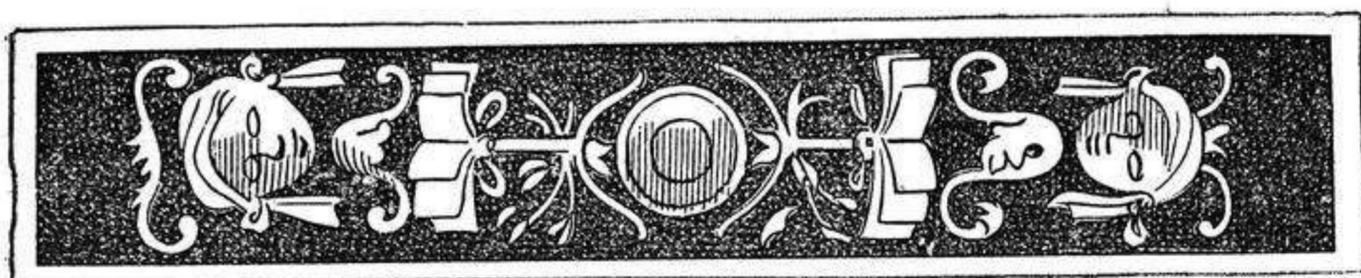
cion; todo lo que ha sido dado á la ciencia y á la inteligencia, ha disminuido la individualidad del combatiente, esa individualidad que en el mundo antiguo fué tan grande. Afortunadamente para Europa, ya no son posibles invasiones como la de principios de nuestra era, cuando la individualidad lo era todo, y en la Roma de los Césares las individualidades se morían con la muerte del vicio; la fuerza, que todo lo arrollaba, no encontrando valla alguna, levantaba su trono sobre la debilidad engendrada por la corrupcion.

Pero en la actualidad una invasion, si es caso que pueda darse nunca en circunstancias como aquella, pide fuerza á la inteligencia, recursos á la ciencia y vigor al brazo. Y para co-honestarla y hacerla frente, la inteligencia y la ciencia procuran esos recursos, lo mismo al invasor que al invadido.

No es esto asegurar que la suerte de la guerra pueda ser propicia á esos pueblos caducos para quienes es un azote merecido. Hoy, como ayer y como siempre, la ley de la historia nos seguirá enseñando que no en vano se infringen las leyes de la moral, por más que momentáneamente pueden aparecer holladas. Pero hoy, cuando ménos, los triunfos que alcancen unos pueblos sobre otros á costa de su propia sangre, debiéndose en gran parte á la inteligencia, ennoblecerán, en lo que cabe, esas etapas tristes y sangrientas en el curso del progreso humano.

FANCISCO BARADO Y FONT.





ESTADO ACTUAL DEL MUNDO ANIMAL.



ON objeto de iniciar al lector en la teoría de la descendencia y hacerle comprender la necesidad de ella, creemos oportuno bosquejar ántes á grandes rasgos el estado actual del mundo animal.

Los organismos se distinguen de los cuerpos inanimados por ciertos caracteres tan notorios, como son: una cierta variabilidad en el sér, y una constante sucesion de fenómenos diversos que se refieren, en general, á la absorcion y á la emision contínuas de materias; estando reducidos, en último término, todos estos cambios á un simple movimiento molecular accesible á la observacion, á la experiencia y al cálculo. Las células que constituyen los tejidos orgánicos están huecas y llenas de agua ú otros líquidos acuosos; bastando este hecho esencial, aunque sea puramente mecánico, para la demostracion y la inteligencia de una porcion de fenómenos vitales. La experiencia enseña que la oquedad y movilidad de estas células dependen esencialmente de las combinaciones del car-

bono en ellas encerradas, no siendo lo que se llama vida más que la suma de los movimientos y transformaciones celulares, la mayor parte de los cuales ha sido ya objeto de investigaciones que, por su exactitud, bien pudieran llamarse matemáticas.

Distinguidos y separados los seres orgánicos de los inorgánicos, si empezamos el estudio de los primeros, no podemos menos de conocer que existe entre ellos una division bien marcada en simples y compuestos, inferiores y superiores; y aún adivinamos, sin que en rigor podamos explicarnos el por qué de ello, una cierta oposicion entre el animal y la planta. En un sentido poético, la planta es el organismo pasivo, tal como Aückert le describe: «*Yo soy la flor del jardin y espero humildemente que á mí te aproximes.*» Sin embargo, la oposicion de caractéres entre la planta pasiva, replegada en cierto modo sobre sí misma, y el animal, que se defiende y obra por iniciativa propia, desaparece y se borra cada vez más comparando entre sí formas más inferiores de ambos reinos. El animal de superior desarrollo, ó más perfecto, demuestra su animalidad por la energía con que resiste las influencias y excitaciones externas, miéntras que por el contrario, la vida en los animales inferiores presenta un carácter vegetativo más pronunciado, como lo prueba el exámen de ese grupo de los *protistas* constituido no há mucho por Haeckel. En ellos hay ciertamente circulacion de materia, nutricion y reproduccion, pero de una manera tan sencilla y tan poco caracterizada que casi se siente uno tentado á atribuir á estos seres un lugar neutro entre los animales y las plantas. Más adelante adquiriremos la conviccion de que los orígenes de ambos reinos orgánicos no son completamente distintos, sino que sus raíces primordiales se confunden insensiblemente en una red intrincada y confusa.

Como ejemplo de estos seres curiosos, pertenecientes al reino intermedio, podemos citar el *mucílago primitivo* de la filosofía natural, ó sea una reunion de corpúsculos calizos de conformacion particular y naturaleza dudosa todavía (los coceólitos y los rabdólitos) que, mezclados con partículas inorgánicas, evidentemente térreas, constituyen, en una porcion de kilóme-

tros cúbicos, el fondo de los mares, y demuestran la existencia curiosísima en este légamo ó limo, craso al tacto, de una materia albuminoide que allí se agita y vive. Este mucílago viviente, el *Bathybius* (tal es el nombre que se le da), no presenta ni la individualidad ni la independencia de un sér aislado, sino que se asemeja á las sustancias minerales amorfas, en las cuales cada parte posee los caractéres de la masa total.

Más, por si acaso, imbuidos, como estamos, en la creencia de que todo organismo es un sér compuesto de diversas partes dedicadas á diferentes funciones, y que se desenvuelve bajo una forma siempre determinada, repugna al lector ó le cuesta algun trabajo representarse esta masa viviente informe ó limitada por contornos vagos y arbitrarios, podremos aún citarle otro sér animado, tambien en extremo sencillo, tal como la *protamæba*, de Haeckel, reducida á un pequeño glóbulo de albúmina que crece por suscepcion y asimilacion del alimento, hasta que despues de haber adquirido un cierto desarrollo se reproduce dividiéndose en dos trozos ó porciones. Relativamente á nuestros medios de observacion, estos séres y otros semejantes son las más rudimentarios organismos sin órganos.

Y cuenta con que al hacer notar que la insuficiencia de los medios de observacion traza un límite á nuestras investigaciones, insistimos sobre una objecion de Rollet. Nuestra inteligencia, segun él, no puede comprender con claridad estos organismos homólogos, sino suponiendo que cumplen todas las funciones de la vida, en virtud de su constitucion atómica, ó lo que es lo mismo, merced á la estructura, todavía desconocida por completo, de su molécula, resultado de la union de átomos. Ahora bien, sí es menester, segun Brücke, *atribuir á las células vivientes una estructura independiente de las moléculas y diferentemente compuesta, ó sea la que nosotros designamos con el nombre de organizacion*; resulta, añade Rollet, que es preciso tambien atribuir á las moneras de Haeckel esa disposicion especial que nos es todavía desconocida.

Pasemos por alto esta complicacion de la estructura molecular: no por eso dejará de ser grandísima la importancia que, para el que quiera estudiar la naturaleza animada, tendrá, sin duda alguna, el exámen de estos séres, los más sencillos de to-

dos, según demuestran el microscopio y los procedimientos anatómicos.

La sustancia á la cual deben su característica especial dichos organismos, se encuentra tanto en las plantas como en los animales, que no deben ser, para nosotros, más que dos clases de organismos, en los cuales la materia, primitivamente homogénea, se ha separado, afectando diferentes formas y constituyendo diversos órganos, de lo cual ha sido consecuencia lógica el que los fenómenos de la conservación y la reproducción adquieran una manera de ser y un desarrollo superiores.

En lo sucesivo tendremos ocasión de volver á hablar acerca de los orígenes de la vida animal, y entonces enumeraremos sus puntos de semejanza y contacto con la de los protistas y las plantas; por el pronto prescindamos de las dificultades de una demarcación ó distinción exacta para colocarnos en medio del mundo animal y dirigirle una ojeada que abrace su conjunto. La primera impresión que sentimos es sin duda la de una infinita variedad; bien pronto se conoce, sin embargo, que hay animales inferiores y superiores. Sobre este punto reina un completo acuerdo.

Aunque examinemos, en efecto, la naturaleza bajo un estrecho punto de vista teológico, y consideremos á cada sér como perfecto, es decir, como respondiendo á un fin y á un ideal propios, no podremos ménos de admitir que hay una diferente escala de perfección en los distintos séres. Y aunque no sea necesario, para convencerse de ello, darse cuenta detallada de las diferencias que entre los mismos existen, tratemos, no obstante, de formar una idea clara de estas diferencias, comparando un animal inferior con otro superior: el pólipo de agua dulce con la abeja, por ejemplo.

Existe un animal cuya longitud no pasa ordinariamente de algunos milímetros: vive casi siempre adherido á las plantas acuáticas de nuestras regiones; está reducido á un utrículo, cuyas paredes se constituyen por dos capas de células, una muscular y otra que es simplemente una hoja de consistencia que sirve de apoyo á todo el animal y viene á desempeñar las funciones de un esqueleto: cuatro ó seis brazos de la misma estructura rodean la boca: en la capa superficial del cuerpo se

encuentran un gran número de apéndices que tienen cierta analogía con las espinas de las ortigas, y cuyo contacto sobrecoge á los animálculos más pequeños que se aventuran en los parajes frecuentados por el pólipo, facilitando á éste la captura de sus presas. Ni tiene sistema nervioso, ni aparato especial respiratorio: el papel de los nervios y demás órganos de los sentidos está desempeñado por las diversas partes de la superficie: se reproduce, ya por medio de yemas ó tubérculos que se separan de él cuando están maduros, ó ya por medio de órganos sexuales sumamente sencillos.

Hé aquí la descripción sumaria de este animal.

Por el contrario, para describir la abeja, horas enteras no nos bastarían. La simple vista de sus numerosas articulaciones indica un espléndido desarrollo interno: la disposición de sus órganos bucales no puede ser fácilmente comprendida sino comparándolos con el aparato bucal de todo el mundo de los insectos; las diversas partes del tubo digestivo están provistas cada una de glándulas especiales; la vida de relación está así mismo ricamente dotada; un sistema nervioso muy desenvuelto sirve para manifestarla, y los órganos de los sentidos presentan una maravillosa complicación; todo atestigua que allí hay percepción del mundo exterior, inteligencia y cálculo. En fin, los órganos de la reproducción se hallan constituidos por un gran número de partes principales y accesorias, lo cual hace necesario un estudio especial para comprender la historia de la multiplicación y el desarrollo de este curioso insecto.

A tales facultades corporales debe la abeja el lugar que ocupa en la vida animal, y su mayor desarrollo es el que la hace elevarse á superior grado de perfección que el pólipo; probándose estas mayores complicaciones y diversidad de los órganos por medio de la anatomía. Ahora bien, si la vida reviste un modo de ser más elevado, si la energía del individuo es más grande, si la abeja es más perfecta comparándola con el pobre pólipo, ménos bien dotado, esto es consecuencia ó más bien símbolo de una mayor división del trabajo mecánico y fisiológico. Para uno y otro de los dos animales citados, la vida se reduce á cumplir las funciones que tienen por objeto la conservación personal y la de la especie: para los dos, el círculo

de los fenómenos es limitado y completo; únicamente son bien diferentes los medios de acción, y por ello el efecto total. La diversidad y la correlación de los órganos afectos á las múltiples manifestaciones de la vida, nos sirven, pues, para fijar el lugar de los individuos en la escala animal.

Este lugar tiene un doble carácter: bajo un punto de vista es general, bajo otro particular. Es decir, que el rango ó categoría del animal en el sistema se determina, en primer término, por las propiedades generales que le son comunes con las formas afines ó semejantes, según los rasgos fundamentales de la organización, y en segundo lugar, por los signos especiales que le distinguen de entre los mismos seres afines. Es, pues, evidentemente indispensable arrojar una ojeada general sobre esta ramificación del reino animal, cuando se tienen propósitos de investigar y comprobar las causas de ella; y siendo esta nuestra tarea, conviene hagamos tal estudio ántes de empezar otras investigaciones.

Desde que Cuvier fundó la Zoología en el primer tercio de este siglo, se están usando en dicha ciencia constantemente las voces de *tipo* ó *forma fundamental*, que Buffon mucho tiempo ántes había hecho ya conocer. Cuvier es, en efecto, el primero que estableciendo divisiones generales y comparaciones ha demostrado que los animales no han sido modelados bajo formas absolutamente distintas unas de otras, como se creía en otro tiempo, sino que se dividen en varios grupos, caracterizados cada uno por una naturaleza, un agrupamiento y una disposición particulares de los órganos, ó dicho más brevemente, por una característica especial. El conjunto de estas particularidades, así como el de las especies que las reúnen, se designa con el nombre de *tipo*.

El conjunto de estos tipos, ó más bien, de estos troncos ó ramas, nombres que les daremos en adelante, está apreciada de una manera muy diversa en la ciencia; pero si nosotros hacemos abstracción de las formas dudosas y discutibles que se designan generalmente con la denominación de animales primitivos, desde luego nos pondremos de acuerdo con la mayor parte de los zoólogos sobre el número de tipos animales, que á continuación vamos á enumerar, de los

cuales cada uno presenta una fisonomía propia y rasgos peculiares.

La rama de los *Coeleutéreos* que abraza los pólipos y las medusas (existiendo muy cerca de ella la clase de las esponjas, tan interesante bajo el punto de vista de la demostración directa de la teoría de la descendencia) se distingue por los siguientes caracteres.

Los órganos de los animales que á ella pertenecen están casi siempre colocados circularmente alrededor de un eje que pasa por los polos del dorso y del vientre. La cavidad que se encuentra en la mayor parte de los demás animales, designada con el nombre de espacio esplánico (tal es para el hombre el comprendido entre las paredes intestinales y la pared muscular), falta completamente en los *Coeleutéreos*; estando, en cierto modo, reemplazada por un gran número de canales radiales que salen del estómago.

Entre los *Equinodermos*, el lector conocerá ciertamente las estrellas y los erizos de mar, cuya forma es generalmente radiada. Independientemente de un depósito calcáreo más ó menos pronunciado sobre la superficie de la piel, tienen por característica especial un sistema de canales ó *tráqueas acuíferas* y una serie de tubos contráctiles ó *ambulacros* que prolongándose y acortándose sirven de órganos de locomoción. Cuvier, fundándose en la semejanza de la estructura radiada, creía que los equinodermos, las medusas y los pólipos estaban unidos por una estrecha afinidad ó parentesco: así es que los reunió á todos bajo el nombre de radiados; pero si se observa bien, esta semejanza es muy accesoria, y además de la anatomía, que prueba existe una gran diferencia entre *Coeleutéreos* y *Equinodermos*, la historia del desarrollo orgánico acaba de alejarlos por completo, y pone más bien á los últimos en relación estrecha con la división siguiente.

En ésta, que es la de los *gusanos*, los teóricos de la antigua escuela se embrollaron y se perdieron: ¡tanto difieren los gusanos unos de otros, y tan grande es la diferencia entre las formas inferiores y las superiores! Así es, que cuando se suprimen ó dejan de considerarse los caracteres de orden y de clase, quedan tan pocos comunes que, atendiendo á ellos, re-

sultan únicamente pequeños grupos de animales aislados y aún de especies muy desemejantes entre sí, para constituir el sistema ó rama de que nos ocupamos. Expresando, en breves palabras, sus caractéres típicos, diremos que los gusanos son animales simétricos más ó ménos prolongados, que no poseen verdaderas extremidades, pero que verifican su traslacion de un punto á otro por medio de músculos íntimamente unidos á la piel externa, que se transforma muchas veces en un verdadero saco muscular. Añadamos de paso que las confusiones y dificultades con que las antiguas escuelas tropiezan para caracterizar este grupo, se transforman para el partidario de la teoría de la descendencia en verdaderas fuentes de conocimientos.

Las relaciones de la rama precedente con el tipo de los *Articulados* son tan evidentes, que su parentesco no ha sido puesto jamás en duda ni aún por los mismos antiguos zoólogos; esta relacion está además indicada en el hecho de haber sido denominado el grupo superior de los gusanos con el nombre de gusanos articulados. Lo que caracteriza á los crustáceos, arácnidos, miriápodos é insectos, es su cuerpo, compuesto de anillos ó articulaciones perfectamente separadas, y cuyas extremidades, antenas y órganos bucales están igualmente divididos. Esta segmentacion, revelada al exterior, existe tambien en el sistema nervioso, el cual se encuentra constituido por gánglios y cordones, á manera de una cuerda de nudos, hallándose colocado debajo del canal digestivo y rodeando á la faringe en forma de collar. Es una circunstancia que favorece la articulacion el que la piel se recubre de un depósito de sustancia córnea y adquiere la rigidez de un esqueleto.

Lo contrario tiene lugar, por lo que hace á la piel de los *moluscos* de nuestras colecciones conchilógicas; los gasterópodos y las gibias, porque aunque gran número de ellos estén provistos de escamas protectoras y de conchas, estos órganos, no son, sin embargo, más que simples secreciones de la piel, propiamente dicha, que queda blanda conservando una humedad y viscosidad características por efecto de las secreciones de numerosas glándulas que en ella se encuentran; además, en

ciertos puntos se repliega y envuelve el animal, á manera de un *manto*, por lo cual así se denomina. El cuerpo del individuo queda entónces más ó ménos recogido sobre sí mismo; no tiene la elegancia del articulado ni mucho ménos la del insecto; en él no hay articulaciones y la ausencia de éstas tiene lugar igualmente en el sistema nervioso, reducido á un canal extra-esofágico circular, formado por la union de gánglios y algunas masas nerviosas.

En cuanto á los *vertebrados*, ó sea la rama á que indiscutiblemente pertenece el hombre, es fácil caracterizarla. La mayor parte del sistema nervioso de estos séres está alojada en una porcion del esqueleto interior óseo ó cartilaginoso; es decir, en la columna vertebral.

Queda establecido, por tanto, que la base de la division sistemática del reino animal consiste en ciertas particularidades relevantes de la forma y de la estructura interior, por lo cual es muy fácil elegir en cada tipo formas á las cuales se puedan aplicar perfectamente los signos reunidos en la dignósis sistemática. Se debe agregar además inmediatamente otra observacion, la de la variedad *dentro de cada tipo*. Al comparar ántes el pólipo con la abeja y asignarles lugares muy distintos bajo el punto de vista de la perfeccion, uno de los motivos que tuvimos para establecer esta diferencia fué, en verdad, la diversidad de las ramas ó tipos á que dichos animales pertenecen; pero es menester tener en cuenta que áun las mismas formas agrupadas bajo la denominacion de un tipo por reunir todas las propiedades características del mismo, difieren mucho, sin embargo, unas de otras, y de aquí la necesidad de que una verdadera clasificacion establezca clases inferiores y superiores dentro de los diversos tipos, y órdenes inferiores y superiores dentro tambien de cada clase. Los motivos que hay para establecer estas distinciones están fundados en las mismas consideraciones que nosotros tuvimos en cuenta al comparar el pólipo con la abeja. ¿Por qué el *philobranquio* es inferior al *gasterópodo*? Porque todavía no tiene cabeza, porque su sistema nervioso no está tan concentrado ni es tan voluminoso como el del segundo, porque sus órganos de los sentidos son más defectuosos.

Tanto en uno como en otro, hay elementos para el desarrollo del tipo, pero en el gasterópodo están más desenvueltos, y la circunstancia de que diferentes partes se han aproximado para formar la cabeza, hace que este animal sea superior al otro. Inútil es explicar con más ejemplos este orden sucesivo de graduación dentro de cada tipo, tronco ó rama; la comparación más somera que se establezca entre un pez con un pájaro ó un mamífero, entre una langosta parásita con un cangrejo de agua dulce ó un insecto, hace ver que las formas típicas ó los tipos ideales, para servirnos de las expresiones de la antigua zoología, están representadas por las formas reales de una manera muy desigual y diferente.

Otro resultado de estas investigaciones descriptivas es el *agrupamiento arborescente de las ramas salidas de un mismo tronco*. La zoología descriptiva se ha visto obligada, durante largo tiempo, á trazar cuadros de parentesco ó afinidad sometidos al criterio de la perfección anatómica, y estos cuadros, que comprendían sus divisiones sistemáticas hasta las especies, representaban árboles de numerosas ramificaciones. Ciertas ramas terminaban bruscamente, á diferencia de otras que, sumamente prolongadas, engendraban asimismo otras nuevas secundarias. Cada rama presentaba fenómenos y series características; pero si se trataba de hacer entrar á los vertebrados en este cuadro, las dificultades ocurrían en gran número, siendo la primera, y no la ménos grave, la colocación de los peces. ¿Cuáles de éstos habría que colocar más inmediatos á los anfibios. Y aún suponiendo que efectivamente correspondiera tal lugar á los tiburones y peces óseos, ¿qué relaciones, semejanzas ó afinidades continuas median entre ambos y los reptiles que constituyen el grupo superior inmediato? Los pájaros, por otra parte, se diferenciaban bien claramente de los mamíferos. De estas excisiones y divergencias presentaban ejemplo todas las subdivisiones, y el zoólogo se veía obligado á representar esquemáticamente ramas de familias, haces de géneros y manojos de especies, divididas estas últimas en sub-especies y variedades. Pero hay más todavía: si constituido ya el sistema bajo el criterio de la forma, tratamos de comparar entre sí los miembros de los diferentes tipos con relación á su valor efectivo,

nos resultará que la abeja, que por sí misma es evidentemente un organismo mucho más complicado que el animal más inferior de entre los peces, ó sea el *amphioxus*, pertenece sin embargo á un tipo más inferior que el de éste.

Si los sistematizadores de la antigua escuela hubiesen tenido á su cargo la creacion de plantas y de animales, es seguro hubieran empezado por fijar las dignósis y los caractéres, ántes de dar vida á los tipos y sus especies, porque ha sido siempre un gran tormento para esta escuela ver tantas excepciones á las dignósis y tantas pruebas, por tanto, de que los *caractéres de las formas fundamentales no tienen valor absoluto*. En prueba de que así ocurre, citaremos los pólipos, que se asegura son radiados; pero tambien hay muchos que son bilaterales ó simétricos en sus dos costados. Se dice que los gasterópodos poseen un manto ó túnica que los envuelve, y sin embargo, hay numerosos gasterópodos desnudos y vermiformes. La existencia de cabeza y cráneo parece ser carácter necesario de todo vertebrado, y á pesar de esto el *amphioxus* no tiene cabeza ni más que una extremidad anterior. A esto se replica que dicho animal tiene en cambio columna *vertebral*, y por tanto es *vertebrado*; pero no se tiene en cuenta, al replicar de esta manera, que si la existencia de dicha columna vertebral basta para caracterizar á un animal de vertebrado, los ascidios lo son, porque en ellos existe aquélla, aunque transitoriamente, y además están dotados de oído y médula espinal. Pero no por esto los partidarios del sistema zoológico segun el criterio de las formas, se convencen cuando se les hacen notar tantas y tantas desviaciones á las leyes morfológicas y de estructura al parecer sólidamente establecidas, sino que, por el contrario, tratan de explicar tales hechos acudiendo no sé á qué *formas de combinaciones y formas cuyo lugar sistemático es desconocido*, con lo cual en último término demuestran ser los primeros en infringir su sistema.

Si es posible representar por un árbol ó cuadro general el conjunto de los resultados obtenidos, cuando se han separado y ordenado sistemáticamente los detalles comprendidos en los tipos, las formas de transicion aparecerán en un lugar natural en dicho cuadro, y allí se encontrarán tambien sin dificultad

los miembros de los tipos, de las clases, de los órdenes, etc., porque si la figura es exacta, todas las ramas deben contener especies de las cuales se alejen muy poco las sub-especies de las ramas: tales fueron en otro tiempo las tendencias de la zoología, y su objeto principal completar este cuadro ó árbol; así es que todos los trabajos sistemáticos se redujeron á insertar entre dos formas profundamente diferentes las intermedias más exactas, y aún en muchos casos se llegó hasta buscar formas intermedias donde no las había.

La antigua zoología ha considerado siempre al monotremo como el más próximo á los pájaros, mientras que el motivo de la analogía entre los mamíferos más inferiores que se conocen y los pájaros, debe ser buscado, no en un parentesco inmediato, sino en una analogía lejana. Pero prescindamos de estas formas de combinación que, según la historia natural, no exigen comentarios, é indiquemos otras mucho más insuperables y que hacen ilusorias las bases con que tan trabajosamente se ha tratado de cimentar la explicación sistemática del reino animal.

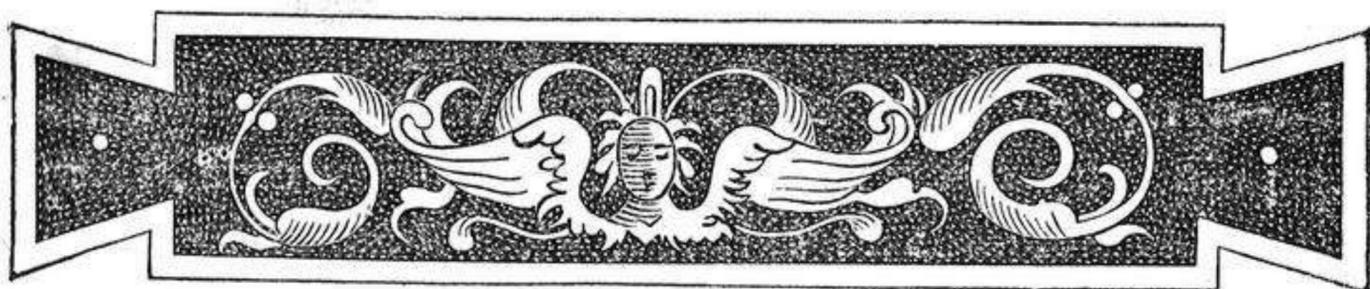
Hay algunos animales análogos á los peces (los lepidosirenios y demás seres afines) que, sin embargo, poseen la doble respiración y presentan los caracteres de los anfibios. Los infusorios tienen un gran número de propiedades idénticas á las de los protistas, y en cambio, bajo otro punto de vista, se acercan á los gusanos turbinadores. Un pequeño animal que vive en nuestros mares en cantidad incalculable, la sagitta, no es ni un verdadero gusano, ni un molusco legítimo. La clase de los rotatorios no tiene cabida ni en el cuadro de los gusanos, propiamente dicho, ni en el de los verdaderos articulados, sino que debe constituir por sí sola un sub-tipo, pues de lo contrario, si se empeñan los naturalistas en conservar únicamente los tipos como formas fundamentales, ideales é invariables, no podrán ménos de encontrarse muy embarazados al querer señalar un lugar en el sistema á los sistólidos.

Así podríamos acumular ejemplos sobre ejemplos, para demostrar que las barreras de los tipos elevadas por el sistema antiguo están deshechas por un inmenso número de sitios, y cada vez lo serán más mientras mayor sea el número de los

conocimientos que se adquirieran. Así se va comprendiendo en la ciencia, y aunque todavía se habla de excepciones é irregularidades para defender añejas teorías, el hecho realmente cierto es que éstas no nos pueden explicar cómo las clases y los tipos franquean sus naturales límites, ni ménos indicarnos el por qué de ello, con lo cual hacen notoria y patente su debilidad y falta de fundamento.

O. SCHMIDT.





LA VIDA EN KISAWLEE,

PUEBLO DE CAMPO EN EL CANADÁ.

KISAWLEE es un pueblo de más de 9.000 habitantes; así debe decirlo algún libro de geografía si se ocupa del tal Kisawlee, cuyo nombre no existe en ningún Atlas, aún cuando el Atlas se dignara destinar al pobre Canadá un mapa, que es pedir mucho. Lo más probable al consultar la generalidad de éstos es encontrar una hoja, y de las últimas por cierto, dedicada á la América del Norte en general; en los que usan los estudiantes más adelantados, acaso los Estados-Unidos y las posesiones británicas tengan un mapa aparte, honor que comparten con Cerdeña y Córcega, Suecia y Noruega ó las islas del archipiélago griego. Los nombres de grandes Estados, en los que viven algunos millones de la raza anglo-sajona y en los que están edificadas unas cuantas ciudades más populosas que la mayor parte de las capitales de naciones en Europa, están impresos en el mismo tipo exactamente que los de colecciones de chozas de barro

en la página precedente, y al mismo tiempo el Canadá aparece indicado por un tiznon rojo en la esquina más alta, con el lago Ontario á su cabeza, el Erie como si no estuviera seguro de su situacion, y el Superior escapándose hácia las Montañas Peñascosas (*Rocky mountains*). *Posesiones inglesas* está escrito desde Toronto—probablemente bajando hasta el pequeño York,—hasta el Atlántico, y el país de detras en que abundan ciudades manufactureras, y en el que pacen ganados de cuerno corto, está designado sencillamente con nombre de *Territorio desconocido* ó con el ya olvidado y fuera de uso de *Tierra del príncipe Alberto*.

No es maravilla, por tanto, que ingleses educados pregunten cuál es el Canadá superior y cuál el inferior, y si la Carolina del Sur linda con la frontera canadense; ni que tengan una vaga idea de que el país está habitado por *yankees*, indios y osos polares; ni que hagan lo que hizo uno, irse derechito de uno de los emporios de la ilustracion en Inglaterra á la parte de más antiguo habitada del Estado más viejo de América, llevando consigo una enorme caja de herramientas de carpintero, en la expectativa de tener que dormir al raso hasta que él mismo se fabricase su morada. Los canadenses se pican cuando á sus oidos llegan anécdotas que prueban que su tierra, de la cual están muy orgullosos, es *tierra incógnita* en la madre patria: los yankees no son tan susceptibles, se resignan á compadecer al *extranjero* que está tan lamentablemente atrasado, y para no privar á nuestros lectores de su gráfica y poco inglesa expresion: «*guess the stranger is behind the times some.*» Pero debo decir *pequé*, por haberme apartado tanto de mi objeto, que es dar una descripcion ligerísima de las costumbres de los canadenses, tomando como modelo un pueblo de provincia más bien que seguir por el trillado camino de Quebec, Montreal y Toronto.

Kisawlee, ya lo dije ántes, se jacta de una poblacion de 9.000 almas y tiene pretensiones sociales considerables. Se refiere que cuando los pueblo *A*, *B* ó *C*, dan un baile y esperan un aluvion de *gentlemen* de Kisawlee, las damas cuidan más sus tocados, sus corazones laten con más fuerza y los donceles se avergüenzan. No es sorprendente, pues, que se cuenten leyen-

das sobre si algunas fiestas han acabado ménos amistosamente de lo que debieran.

Ciudad de pretensiones es Kisawlee. A menudo he oido yo allí á las señoras á la moda murmurar con palabras traidoras contra Montreal. Los caballeros se han hecho famosos desde hace tiempo por su galantería y facilidad en *fijarse* y en *elegir* y siempre han gozado de la reputacion de aumentar sus filas con gran número de ingleses importados, que han entonado muy alto las escalas en favor suyo. Era ya tradicional que cuando las solteras de Toronto iban llegando á una edad en la cual hay el peligro de no salir de estado tan temido en el Canadá,—cuando ya por muchos años habían sido convidadas á dulces por los jóvenes de Toronto en la calle del Rey, sin ulteriores consecuencias,—sus amigos y los que por ellas se interesaban, repentinamente descubrían que el único medio para recobrar la salud, destrozada por la disipacion de Occidente, era enviarlas á vivir con amigos en Kisawlee para gozar de tranquilidad y reposo, justamente en la estacion de las giras y de los bailes; pero debemos despreciar estos rumores, que probablemente se circulaban en revancha de alguna alusion burlona hecha por los de Kisawlee, cuando se retiraron de Toronto las tropas inglesas. ¡Qué época tan deliciosa aquella para el bello sexo! No tanto para los abogados, dependientes de bancos y otros individuos cuya mala fortuna no les permitía vestir sino el negro frac: en vano revoloteaban por los salones de baile; la belleza toda de la ciudad estaba enteramente monopolizada por los arrojados húsares, y aquellos tenían que contentarse con la ántes desdeñada *tapisserie*; más llegó el tiempo de desaparecer de las calles de Toronto la última casa encarnada; el ruido de los sables, la banda militar y el toque de corneta no sonaba ya en las calles, desiertas en opinion de las damas, y el papel del despreciado elemento civil volvió á estar en alza. Malas lenguas dicen que hubo ensañamiento en la venganza y que los ídolos á cuyos piés la oficialidad del 34 de húsares de la Reina se había postrado en adoracion por un año entero presenciaron los bailes sin atraer á sus antiguos pretendientes, á quienes habían tenido en ménos en las horas de prosperidad y ventura.

El tiempo todo lo cura, y hoy por hoy los abogados y los dependientes de comercio se encajan quince días al año una casaca encarnada ó azul, y con grandes espuelas de caballería hacen girar á las hermosas en vertiginoso wals, haciendo más estragos con sus corazones que con sus vistosos ornamentos.

Antes de tocar el delicado asunto de la vida social de Kisawlee, de sus negocios y de sus diversiones, echemos una ojeada á la localidad. La ciudad se reclina en un valle sobre el rio B—detras de esta letra pónganse seis ó siete sílabas más para formar un nombre indio que los naturales de Kisawlee están todavía ensayándose en pronunciar, sin tomar aliento dos ó tres veces;—el país que la circunda es de lo más montañoso del Canadá superior, llegando á la asombrosa altura de 300 piés algunas de sus colinas. Estamos en verano. El rio se desliza suavemente, y ahogado queda el sonido de su curso por los choques y estrépito de grandes tozas impulsadas de los bosques á doscientas millas más arriba, y que durante todo el verano día y noche atruenan y golpean hasta que llega á familiarizarse el oído de los que viven en la orilla del rio con su estrépito, como con el ruido manso del agua. Á su llegada á la ciudad son recogidas, aserradas y despachadas á sus destinos.

Todos los alrededores están completamente desmontados, quedando sólo la madera suficiente para combustible, y ahora aparecen secos y quemados; los cigarrones, casi tan grandes como guainambies, saltan por docenas á cada paso y llenan el aire con sus chirridos. Las heredades, y por consecuencia los campos, son pequeñas; por todas partes vallados toscamente hechos se presentan desagradables á la vista, y aquí y allá se ven casas de primorosa fábrica y rojo ladrillo, rodeadas de galerías, parte de ellas habitadas por labradores que fueron escoceses ó irlandeses y que han crecido en riqueza con el país, aunque rara vez en inteligencia. Hay un dicho vulgar en Canadá respecto á estas gentes; que venden todo lo que pueden de los productos de sus cosechas; que lo que no pueden vender se lo dan á los cerdos, y que lo que los cerdos no quieren comer se lo comen ellos. De aquí debemos dedu-

cir que la labor no está considerada en Kisawlee como ocupación elevada ó noble. El camino es bueno y llano, y al acercarse á la poblacion, casas de más pretensiones adornan sus orillas, unas de ladrillo, de piedra ó de madera otras.

Todas las ciudades del Canadá se parecen mucho; la entrada en Kisawlee se hace por un camino largo, estrecho, polvoriento, entre dos filas de casas poco pintadas, que se levantan entre barandillas de madera, separadas solamente las unas de las otras por unas cuantas varas de césped, ó un débil intento de jardin, y á cuyo frente hay una acera de tabla levantada bastante sobre el camino para servir de trampa al incauto en oscura noche.

Gradualmente el estrecho camino se funde en una calle, *la calle* de la ciudad, espantosa formacion de horribles casas de ladrillo, todas rellenas desde el suelo al tejado de mercancías, con el nombre de sus propietarios pintado en deslumbrantes caractéres en muestras de todas clases y tamaños, *á la americana*. Calles transversales la cruzan á trechos, subiendo las cuales se encuentran las iglesias, con agujas de laton que relampaguean al sol; hoteles y tabernas, bancos, casas de correos y consistoriales, concluyendo por las residencias particulares, las mismas *villas* rojas y blancas, y así sucesivamente hasta salir de nuevo al campo abierto y tropezar otra vez con las culebreadas cercas, oscuros campos y cigarrones.

Una mirada al hotel principal: el mostrador de bebidas, *the bar*, está lleno, *ça va sans dire*, porque los canadenses beben en verano por causa del calor y en invierno para librarse del frio. Apuntamos nuestro nombre y residencia en el libro, como es costumbre; el dueño lo lee y se deshace en cortesías; ve que somos extranjeros, por consiguiente *pollos*, y husmea los despojos á larga distancia. Por el pronto levanta un dedo y hace señas con su cabeza. Esto, despues se llega á saber, es la moda canadense de convidar á beber, ó para usar su jerga á *tomar un cuerno* (*to have a horn*). Siendo extranjeros, y particularmente ingleses, el precio es tres pesos fuertes al dia. Si un amigo os presenta, guiña un ojo, y le da un golpecito en las costillas; ó hace otro signo familiar, solamente os llevarán

un peso *per diun*, y viviendo allí seis meses ó más, puede escaparse aún más barato que esto. ¡Tales anomalías ofrecen en sus precios los hoteles del Canadá y del Norte-América!

¿De qué se compone la *crème de la crème* de la sociedad de Kisawlee? Tratemos de definirla. Cuatro ó cinco oficiales á media paga, de remplazo, con sus cónyuges y descendencia, los directores y empleados de tres bancos (los empleados de bancos en el Canadá, dicho sea de paso, tienen posición más elevada que sus compañeros en el viejo mundo, por ser allí profesión más digna bajo un punto de vista pecuniario y por consecuencia muy buscado para sus hijos por las familias de más influencia del país), algunos hombres de leyes, cuya mayor parte están en sociedad, un juez, un párroco ó dos, tres ó cuatro doctores y una bandada de gente resuelta, muchos de ellos ingleses atraídos por la baratura de la vida. La retaguardia está formada por una falanje de solteros, ingleses en su mayor parte, que vienen á dedicarse á la labranza y que se han convertido en sobrecargos de los vapores del lago, ó en dependientes de tienda con veinte duros al mes; que van á todas partes y que hacen papel en sociedad, al mismo tiempo que sus principales; que habitan rica casa de piedra, y tienen de renta cinco mil pesos. Debe decirse en justicia á los canadenses en general, que si un hombre es *gentleman*, ningun empleo, siendo honrado, afecta su posición en sociedad; pero al mismo tiempo hay allí muchos hombres que conservan sus puestos y que son protegidos como favoritos, que en Inglaterra llevarían ya mucho tiempo en un asilo para borrachos, ó que de no ser así se hubiesen tomado precauciones para no ver sus rostros sino en el recuerdo de antiguos conocidos.

Probablemente no se consumen más ni menos espíritus alcohólicos en Kisawlee que en otro punto cualquiera del Canadá, lo cual no es decir mucho. El *whiskey*, aguardiente de centeno, es barato y afortunadamente suave; casi todos los licores se venden al pormenor en el mostrador á cinco centavos (veinticinco céntimos de peseta) el trago y se le da al consumidor la botella llena y el vaso vacío para servirse *ad libitum*, moda americana. La tentación es demasiado fuerte para una tercera parte de la población masculina; otra tercera parte ¿por qué no

decirlo? se fijan un diario de media docena de *cuernos*; y por cortesía diré que la otra tercera parte se refugia en la abstinencia total; aunque me temo que esta última afirmación peca de muy atrevida.

La bebida ha sido por mucho tiempo la maldición del país, y así seguirá hasta que se ponga un crecido impuesto sobre los espíritus alcohólicos. Como se deducirá de lo antedicho, los tenderos, con raras excepciones, no van á sociedad. Por qué sitio los de Kisawlee trazan la línea de separación de clases, no es fácil decirlo; pero que la línea existe, es indudable, como lo es que siempre hay en ella lucha de guerrillas.

Una de las grandes instituciones de Kisawlee, querida para los corazones de los caballeros y espina incesante en los de las damas, es el *club*, que se compone de unos treinta miembros admitidos por votación con bolas. Se compone de un salón de lectura donde se encuentran periódicos y revistas del extranjero y del Canadá—sólo hay una revista canadiense,—una espaciosa sala de billar, donde se riñen partidas en las largas noches de invierno, y un cuarto de fumar, sin contar con el comedor, donde no hace muchos años un almuerzo de primer orden, fiambres al medio día, y una excelente comida, todo regado con cerveza y café, se tenía por la suma maravillosamente pequeña de tres duros á la semana.

Hace más calor en verano que en Inglaterra, aunque todavía sus habitantes pueden compadecer á los habitantes de Filadelfia y Nueva-York, fritos por el sol, y tienen también ventaja decidida sobre sus vecinos de Toronto y Montreal; pero no es demasiado caluroso para excursiones de todas clases, giras y partidas de *cricket*, cuyo fin el espectador prudente y pacífico hará bien en no esperar nunca, porque suelen terminar en Kisawlee á trastazos entre los dos bandos. Gran esfuerzo hacen los canadienses de baja esfera (si puede aplicarse esta expresión á individuos que reciben tanta paga como sus superiores; llevan un anillo con sello en un dedo sí y otro no, y vacían un tarro entero de pomada todos los días en sus cabezas) para desterrar el *cricket* y adoptar el juego indio de La Crosse como pasatiempo nacional. ¡Antipatriótica idea! Naturalmente, el gran inconveniente del *cricket* en el Canadá e

que envuelve un día completo de abandono del trabajo, que en un país ocupado pocos pueden desperdiciar.

Yo creo que las masas canadenses son leales en el fondo; pero cuando ocurre una cuestión personal entre un inglés y un canadiense, saben perfectamente todos los que han residido en aquel país, que al canadiense no le animan sentimientos muy fraternales hacia su contrario, á lo menos en ciertas clases.

Expediciones en canoa, partidas de campo al otro lado de los lagos y giras de todas clases se suceden rápidamente. Estas giras se hacen de la manera menos sensible, y nadie satisface sólo el gasto de ellas. Las damas llevan el alimento, quizás algo mejor de lo que se propinarían en sus casas, y los caballeros proveen á las necesidades en materia de líquidos, que apenas es necesario decir es el indispensable aguardiente de centeno y un poco de Jerez para las damas. No se habla nunca de Champagne, y como de haberlo sería muy malo, después de todo hacen bien en no considerarlo necesario.

Apénas hay *ricos* en Kisawlee. Si hay millonarios será entre tenderos. Mil y quinientos duros al año es una cómoda renta para un hombre de familia, y no creo equivocarme al decir que muy pocos se encuentran con renta de más de 2.500 y que un soltero con una de 500 puede vivir con mucho *comfort*, y alternar y andar de un lado para otro.

Las giras de Kisawlee son siempre acuáticas, especialmente cuando el calor del verano ha dado lugar á la indescriptible y soñada belleza de la *catarata* con sus gloriosas tintas, por la que tanto suspiran los canadenses y que tanto maravilla al extranjero, y cuando todos los colores del arco iris están reflejados en las cristalinas aguas de los mil lagos á cuyo alcance ha caído en feliz suerte habitar á los ciudadanos de Kisawlee. Entónces se tiran á un lado el libro mayor y el diario, los clientes quedan abandonados á su propio cuidado, si no huyen ellos también de sus pleitos, y los enfermos se mueren ó se curan solos si pueden: cada fiel zagalillo bota al agua su canoa, empuña su canaleta, y con el objeto de su adoración en la proa, se pasa todo el santo día deslizándose bajo las entrelazadas ramas de cicuta, haya y arce, hasta que la importuna

noche cae sobre ellos y la rana empieza á lanzar sus gritos desde los pantanos, y largas hileras de patos rastrean el último rayo de púrpura del cielo. Entónces la proa de la canoa vuelve hácia el abierto lago y corre sobre las bailadoras olas, y entre la brisa de la noche hácia isla distante, guiados allí por el brillo de las blancas tiendas, por el rojo fuego y el alegre sonido de placenteras voces. ¡Dichosos tiempos esos para los amantes de Kisawlee! Peligrosillas son estas giras en que se acampa, y la mitad de los matrimonios son resultado de ellas; mejor dicho, de los esponsales, porque el antiguo dicho *de la mano á la boca se pierde la sopa*, tiene allí hondas raíces.

Quedan además los cazadores que desprecian la cama de haces de haya y los platos y los vasos, y prefieren infinitamente más—¿serán osos?—ver un rifle que una mujer en la proa de su canoa. Estos horrendos espíritus van á su negocio, y pasan con una mal oculta mirada de piedad y desden más allá de las tiendas y de las recién pintadas canoas varadas en tierra. Las suyas son viejas y de oscuro aspecto; ningun nombre con letras doradas adorna sus costados; sus tiendas y fardos tienen la apariencia de haber servido en muchas campañas y aguantado sus temporales; pero se deslizan con toda intencion á lo más intrincado y remoto, donde ningun sonido rompe la quietud sino los ladridos de sus perros de caza, la detonacion de sus escopetas, los aullidos de los lobos por la noche.

No hay placer que no concluya, y llega el tiempo en que los vientos en extremo frios, los dias tristes y las olas de blanca cresta, anuncian la venida del invierno. Las tiendas se derriban, las canoas se guardan y las ninfas de Kisawlee, envueltas perfectamente en chales, son conducidas á casa sobre lagos de color de plomo y atravesando los vientos por debajo de chaparrones de hojas doradas, para devolver la vida á la ciudad desierta. Apénas ha habido tiempo para sacar pieles, gorras y gabanes de piel de foca, cuanto héte allí el Rey Hierro, dispuesto sin piedad á reinar durante seis largos y cansados meses.

Un mes de nieve sería muy agradable de cualquier modo para la mayor parte de los jóvenes. Escasamente es bastante

para reducir el placer del trineo á un medio vulgar de tránsito, ni para entorpecer los oídos con el alegre repicar de las campanillas; y tal vez no llegaría á dar excesiva dosis de patinar, aún cuando esta distracción tuviera que hacerse en charca húmeda y poco saludable. ¡Pero seis meses, seis interminables meses de cáos blanco, con nada que alegre la vista más que nieve, nieve y nieve! Bailes hay hasta el empacho durante todo el invierno; pero ¿es preciso, pregunto yo, para que un baile esté bueno que el termómetro marque 30° bajo cero y que los convidados á la ida y á la vuelta tengan que llevarse las manos á orejas y narices para convencerse de que todavía poseen tan útiles órganos? Arrincónese á un canadense hácia fines de Mayo, hágasele hablar y dirá lo contrario. Dirá que aunque jamás ha pasado un invierno fuera de su país natal, cada año siente más el frío y suspira por algo que sus instintos le avisan debe ser más natural y más agradable. A ménos que seais uno de los trabajadores en la madera, el cielo no lo permita, el ejercicio es casi imposible y sufris porque teneis que prescindir de él. Tratad de andar á pié por un camino del campo, y aunque logreis adelantar vacilante una milla ó dos, correréis el riesgo de ir á la casa de orates del distrito. Salir á caballo es naturalmente difícil, de modo que el único recurso es sentarse en un cuarto calentado por fuerte estufa, ó lanzarse en un trineo á traves del aire helado, embozado hasta los ojos.

En esta estación del año los labradores, arrojados de sus faenas, invaden las tabernas con grandes gabanes de Terranova, fajas rojas liadas á la cintura y gorras de piel de gran tamaño sobre sus cabezas, «turba de aspecto duro», para servirnos de sus propias expresiones; pero una turba «de aspecto todavía más duro» son los que se ocupan en la madera, que venidos á flote de los lejanos bosques, se les deja sueltos contra los pacíficos habitantes de Kisawlee. Pueden contarse verdaderamente entre los males del invierno, esos ingleses, irlandeses, escoceses, franceses y canadenses, todos rebajados y encanallados hasta encontrarse en aquel estado de existencia que sólo sirve para beber y maldecir.

Las calles presentan, sin embargo, muy gaya apariencia y

la misma las tiendas y hoteles. Una incesante corriente de trineos de todas clases resbala suavemente y sin ruido por aquéllas; el vaho de los caballos se eleva por el aire frío entre las paredes de rojo ladrillo, y el desapacible ruido de miles de campanillas continúa desde por la mañana hasta entrada la noche.

Pero volvamos á fijar nuestra atención en la época más propia del verano, cuando el hombre cesa de ser una momia y vuelve á salir á la luz del día. No nos detendremos demasiado en moscas y mosquitos y moscardones que obligan á los desparramados colonos á refugiarse en sus chozas de madera durante todo el mes de Junio y que, á despecho de los velos verdes, reducen las caras de los desgraciados balseros á pulpa sangrienta que no puede reconocerse. Los mosquitos duran más ó ménos todo el verano, pero tienen sus épocas y estaciones de ataque y toda preparacion contra ellos es poca. En las calles de una ciudad rara vez aparecen; pero que el incauto se aventure en un camino al prepararse una turbonada, y yo garantizo, con toda seguridad, que su regreso será á paso más rápido que su ida.

Grande y ruidoso es el regocijo cuando las autoridades del distrito militar anuncian que se formará el campamento anual de voluntarios de Kisawlee, y cuando mil casacas rojas atraviesan la ciudad desde la estacion del ferro-carril á tambor batiente y banderas desplegadas. El entusiasmo del populacho no tiene límites. ¡Ahí vienen los bizarros y únicos defensores del país, con el uniforme de la tropa de línea inglesa, con sus morrales y latas colgados á las espaldas! El batallon Choctan 126 está á vanguardia marchando de cuatro en fondo, no con la fijeza y garbo que tendrá quince dias despues; pero el tiempo está caluroso y el aguardiente en la estacion de entronque de M... es notoriamente fuerte. Con todo, en el intervalo de tiempo necesario para recorrer la ciudad seis veces, orgullosos por saber que se fijan sobre ellos los ojos de las bellas de Kisawlee, recobran su aplomo en gran parte; viene despues el batallon 125 de Caybolgin, de cuatrocientas plazas, notable por su famosa banda de música que en este momento sopla hasta el rojo blanco de las caras, en su empeño de ahogar el

plañidero són de la marcha que la charanga del batallon del pueblo va á retaguardia tocando vigorosamente. Grande es el victoreo, el agitar pañuelos en las ventanas, el silbar valiéndose de los dedos y el alboroto que da la bienvenida á los guerreros del pueblo cuando pasan ondeando la bandera nacional, un castor en el centro del *Jach* del Reino-Unido, bordada expresamente por alguna de las hermosas que desde un balcon la miran.

Pero la excitacion llega á su colmo cuando los cascos de acero, las flotantes plumas y el relampagueo de los desnudos sables se divisa y pasan cabalgando los dos escuadrones de tiradores vestidos de encarnado y los húsares de Kisawlee con su bonito uniforme azul con vivos blancos. Algunos de los caballos, probablemente recién sacados del arado, no encuentran á su gusto la cosa y algunos de los jinetes parece como si desearan extraordinariamente verse libres de sus sables; pero en conjunto, para un país que no es hípico, son ó tratan del ser cuerpo muy bien tenido. Hay un movimiento general hácia el terreno escogido para el campamento á dos ó tres millas de la ciudad, y antes de anochecer el campo en una extension considerable de terreno queda cubierto de blancas tiendas, de las cuales salen de noche sonidos tan decididos de borrachera como nunca se oyeron en la poderosa capital de Bélgica. Una quincena de placer sin interrupcion y de excitaciones para las damas, que todos los dias salen en coche á ver á sus hermanos y amantes transformados en guerreros, beben limonada en sus tiendas y admiran los galones de sus uniformes.

El camino está rebosando de vehículos. Antiguos colonos escoceses, seducidos por sus mujeres é hijas, llegan voceando en carretones de labranza á tomarse un dia de fiesta tras un año de faenas. Chicos de la escuela y de las tiendas salen de desvencijados calesines que se caen á pedazos, miéntras que los pedestres se codean entre el polvo limpiándose la cabeza con sus pañuelos, y dando acaso su único paseo en el año para ver «á nuestro Juanito con su casaca roja.» El último dia sí que es el gran dia de los dias. Un caballero gordo con sombrero apuntado llega de Moranto, del cual dicen los murmullos que es un general, y entrando en carruaje en el campo,

monta, ya en él, de majestuoso modo un caballo. Bajo los inquisidores ojos de este triton se lanzan furiosamente los batallones de infantería, y unos contra otros en orden de guerrillas abren un terrible fuego sin bala sobre dos inofensivos haces de paja y un casucho anticuado. Despues de gastar hasta el último cartucho en estos inocentes objetos se retiran tan de prisa como avanzaron, y entónces la fuerza entera de caballería sale á galope, con sables desenvainados, á cubrir su retirada. Pero como ni el pajar ni los haces dan señales de aprovecharse de su primera ventaja, se reunen en línea y se retiran, preparándose á la escena final, el desfile, que apénas necesito decir es una funcion más satisfactoria que la de quince dias ántes por las calles de Kisawlee. Es una vista pintoresca. La nebulosa luz de una tarde de otoño en el Canadá, cayendo entre el cambiado follaje sobre las líneas de casacas encarnadas, los brillantes cascos, los sables desnudos, las largas hileras de carruajes, los vivos colores de las damas, las tiendas blancas detras y el ancho rio al frente. Pero el general habla; cualquiera puede vaticinar lo que va á decir: «que es un honor para él revistar tan hermoso cuerpo, y que él está convencido de que si un enemigo llegara á invadir el país, las tropas que tiene á su vista darían de él pronta y buena cuenta.» La música de las bandas ha cesado de tocar y es reemplazada por la de las ranas en los pantanos. Las turbas se disuelven y desaparecen, se abaten las tiendas y en poco tiempo aquella animada escena queda abandonada á las vacas y cerdos del labrador, que se aprovechan muy bien de los restos.

Todo el que tiene un billete corre apresuradamente para el gran suceso que es digno final de todo; el baile. Se ha alquilado el salon mayor de la ciudad, y puntuales entran en él á la hora fijada 300 partidarios de la danza. El exclusivismo de Kisawlee no reina en esa noche; todos los grados de la sociedad tienen cumplida representacion. Legistas, doctores, carniceros, panaderos, dueños de establos y vagos. La mujer del juez está en el mismo grupo que su modista, y la del pastor, si no toma sus precauciones, se encuentra ahogada por su cocinera. Tacones con espuelas vuelan en todas direcciones, los vestidos se rasgan y desgarran, de cuando en cuan-

do se oye un tumulto en medio del estrépito, porque cae una pareja rural, poco acostumbrada al encerado piso. La banda del 126 sopla como si fuera á reventar la última vena de cada uno de sus músicos y piden en alta voz *whiskey* entre baile y baile. Hombres altos vestidos con levitas negras de mañana, corbatas encarnadas y botas de doble y triple suela, bailan cuadrillas con gran confusion, miéntas que sus parejas con vestidos verde guisante, rizos cortos y adornos de cabeza amarillos, suspenden sus faldas con pulgar é índice y hacen todas las contorsiones del más grotesco baile de montañeses.

Pero las casacas rojas y los bravos húsares todo se lo llevan por delante en aquella noche llena de acontecimientos. Es la última noche de su imperio. Mañana se retirarán á la vida privada, y al nivel de los paisanos sus amigos que ocultan ahora sus débiles cabezas en el cuarto de juego y beben bravamente copas de clarete, y que sienten en lo más secreto de su alma cierta alegría cuando al dia siguiente sale el último escuadron de Kisawlee y el último tren lleno de uniformes alborotadores sale bufando de la estacion.

Podrían llenarse páginas y más páginas describiendo la vida en este pueblecito. Nada he dicho de las «reuniones de sorpresa;» nada del día de año nuevo, en el cual las damas se sientan en sus casas todo el dia detras de mesas cuajadas de vasos y botellas, y los caballeros de Kisawlee se lanzan furiosamente de casa en casa, entrando á la vez seis, siete y algunas veces por docenas, sentándose únicamente para volver á levantarse como si hubiera brasas en la silla, y despues de haber apurado un vaso á la salud de la casa, conforme á estricta regla y costumbre, desaparecen tan rápidos como vinieron, solamente para repetir su interesante ocupacion en 40 ó 50 casas más.

No he hecho mencion de muchas diversiones más; pero en cambio tampoco he hablado de las probabilidades en encontrarse, cuando ménos se piensa, heladas las puntas de orejas ó nariz, ni de la imposibilidad de dormir en las casas despues de salir el sol en el verano por las moscas, ni del excesivo poco, caro y mal servicio de los mejores hoteles, ni de la dificultad, que en casos llega á ser imposibilidad, de encontrar

servientes. Mas las damas de Kisawlee, aunque no muy fuertes en música, pintura ó idiomas, saben hacer una empanada y hasta una cama en caso necesario; la necesidad, cuando aprieta, es un buen maestro, y hasta las más bien nacidas mujeres son de ello testimonio cuando se encuentran en sitios en cuya comparacion Kisawlee es lecho de rosas.

SHEBAUTICON.





EL MATERIALISMO MODERNO.

SU ACTITUD RESPECTO DE LA TEOLOGÍA.



COMENZABA el mes de Octubre de 1874 y en cumplimiento de mi deber, como rector de un colegio teológico, hube de inaugurar el nuevo curso con un mensaje que se publicó después con este título: *La religion en cuanto es influida por el materialismo moderno.* Suscita la cuestion de si los métodos libres y científicos de estudio implican resultados distintos del plan teológico del colegio. Consigno en este intento tres proposiciones, inseparables hasta hoy de ese plan, á saber: que el universo que nos incluye y rodea es la morada de una inteligencia eterna; que el mundo en que vivimos es el escenario de un gobierno moral incipiente y no completo aún, y que las más elevadas zonas de la afeccion humana nos llevan por cima de las nieblas del egoismo y la pasion á la esfera de la comunión divina. Respecto de estas proposiciones sosteníase la tesis de que están fuera de toda contradicción, por no estar dentro de la esfera lógica de las ciencias naturales. Señalábanse en apoyo de esta tesis los males que se siguen á la ciencia y á la teología de confundir sus

límites y de considerar el descubrimiento de una ley como negación de la divinidad, y se sostenía que la línea divisoria queda trazada cuando se comprende que corresponde á la ciencia, al tratar de los fenómenos, averiguar el *cómo*, y á la teología escudriñar el *de dónde*. Bajo la tentación de dos de sus más indispensables conceptos, ó sea la materia y la fuerza, se ha visto á la ciencia traspasar estos límites y pretender en estos últimos tiempos alcanzar no sólo el orden sino el origen de las cosas, tomando por origen respecto de la una á los átomos, y á la energía mecánica respecto de la otra. Yo me propongo demostrar que ninguno de estos datos puede ofrecer los resultados de que se habla sino con ayuda de las ilusiones lógicas. La evolución no ha de daros cuenta de los átomos mejor que las hipótesis, y en cuanto á la fuerza, se sostiene que no nos llevan á ella la observación y la inducción, que se detienen en los movimientos; que las pretendidas clases de fuerza son tan sólo clases de fenómenos, con la constante creencia de la causalidad de tres de ellos; que no conocemos la causalidad sino como voluntad de que desprendemos la idea de fuerza física por medio de una abstracción artificial llamada á satisfacer las necesidades de la investigación y agrupación de los fenómenos, y que al tratar de la fuerza aislada que yace en cada grupo necesitamos referirnos al tipo intuitivo, por ser el único autorizado, y al más elevado, porque es el que supone los más elevados fenómenos.

Después de este argumento defensivo que muestra que las posiciones religiosas no han sido tomadas por la ciencia natural, se les refiere á su asunto real en el alma humana, considerándolas como postulados que supone la vida misma de la razón y la conciencia. En apoyo de sus derechos á nuestra entera confianza, se sostiene que respecto de su acción ética, depende en absoluto de su verdad objetiva, y más adelante que nuestra naturaleza respecto de sus más elevados afectos, compasión, abnegación, ley moral, está formada en armonía con un mundo regido por Dios y en abierto conflicto con el cuadro que el positivismo traza de la naturaleza.

El mensaje que acabamos de extractar me ha proporcionado el honor y el peligro de una crítica del profesor Tyndall,

que se señala por su destreza literaria (1), y ampliamente valorada por felices sarcasmos y brillantes descripciones. Una falta me señala, y yo la acepto con irresistible convencimiento, cuando censura mi modo de escribir como escaso de precisión y lucidez. Y no puedo negar la justicia de esta censura cuando veo que mis principales argumentos no han dejado huella alguna en su memoria, que la crítica que yo hacía de las doctrinas científicas no está bien interpretada, que mis sentimientos respecto del orden que en la naturaleza se advierte está vuelto al revés, que se me interpela con motivo de hipótesis en que nunca pensé, y que se me contesta con una encantadora exposición de procesos naturales ascendentes que oigo con gusto hasta que se trasladan de la física á la metafísica y se proclama desde sus premisas de fenómenos positivos una conclusión ontológica negativa. Moléstame haber sido causa de que tan perspicaz lector se engañe en esos puntos, y que en todas sus críticas versen estos, sobre todo, en observaciones incidentales que hubiera podido suprimir ó en la forma literaria que hubiera podido variar. Examinemos estos puntos más detenida aunque brevemente para que puedan formar juicio nuestros lectores.

1. Cuando dije que el colegio que represento deja abiertos á las nuevas luces del saber los estudios especiales que se refieren á nuestras fuentes de fe religiosa, cuidé de ampliar esa frase con estas palabras: «así en el estudio de la naturaleza como en la interpretación de los libros sagrados.» Este inocente paréntesis que resume pura y simplemente las tendencias de la actual teología, produjo en mi crítico un efecto superior en todo extremo á su significación. Dos veces me retó á que muestre cómo puede derivarse una fe religiosa cualquiera de la naturaleza, que considero, según él, como cosa baja y cruel. Basta decir que *el estudio de la naturaleza* no excluye á la humana, donde los orígenes de la religión se retrotraen luego á las intuiciones, y que en lo que llama mis juicios contra la naturaleza como baja y cruel, describe no mi propio

(1) *Fragments of Science: Materialism and its opponents*, y anteriormente *Fortnightly Review*. November, 1, 1875.

modo de pensar respecto al orden del mundo, sino uno que repudio por ser á mi juicio enteramente enfermizo y perverso. Se me pregunta luégo cómo despues de abandonar la cosmogonía del Antiguo Testamento puedo seguir hablando de libros sagrados sin decir á mis lectores dónde se encuentran. Yo no esperaba, á decir verdad, un juicio tan estrecho del profesor Tyndall. ¿No tendría nada de sagrada una literatura sin ser infalible? ¿Y la religion de hoy no tiene raíces en el suelo del pasado, de tal modo que nada ganamos en nuestra cultura espiritual explorando la historia y reproduciendo su poesía y remontándonos á las corrientes tributarias? La ciencia moderna no dice que no hay literatura sagrada, ántes bien que hay varias, y sin perjuicio de la adhesion que sentimos para con nuestros *orígenes* en las escrituras judaicas y cristianas, miramos movidos por ella misma con gran reverencia, todos los monumentos en que se ha expresado la piedad de los hombres y que la han sostenido. Mi censor entiende, sin embargo, que en mí es inverosímil hallar algo de santo en las cosas humanas y creer que es posible acercarse á la pura verdad de la religion cerrando el paso á sus errores y haciendo que sus aguas vayan llegando cada vez más claras para celebrar la purificacion bautismal de la conciencia de estos tiempos.

2. Con objeto de concretar esa religion, bajo cuyo punto de vista me propuse tratar del moderno materialismo, especifiqué tres aseveraciones, de las cuales fué la primera y la principal, la existencia del «Dios viviente.» Se me acusa de no haber tratado de probarlas; sea, aunque el dicho no es completamente exacto. En todo discurso razonado, las proposiciones y las pruebas tienen sus respectivos lugares, y depende de la tésis del que habla y de las necesidades del que escucha decidir las aseveraciones que se pueden quedar en un lugar y las que necesiten ir al otro. Mi tésis era que la ciencia natural no destruye estas aseveraciones, porque están fuera de su alcance, y la prueba es plena si se demuestra que el límite lógico del conocimiento inductivo es ilegítimamente traspasado por toda máxima física que las contradiga. Apartarme de esta línea de argumentacion para demostrar esas aseveraciones, hubiera sido lo mismo que salir para Exeter y llegar á York. Mi auditorio

se componía de maestros, sostenedores y alumnos de un colegio teológico, y tratados como si formaran una corporación de ateos; y ofrecerles pruebas de la existencia de Dios, hubiera sido tan impertinente como en el profesor Tyndall inaugurar los trabajos de una sociedad de geología con una demostración de la existencia de la tierra.

3. Algunas palabras que diré, á la verdad, con repugnancia, bastarán para dar contestación al cargo de menospreciar las emociones. Y digo que las escribiré con repugnancia, porque ese aspecto de nuestra comun naturaleza se distingue precisamente por la circunstancia de ser muy desconocido, aunque muy considerado, y de estar expuesto á grave riesgo cuando lo sacamos de su retiro. Será suficiente, sin embargo, en este caso, repetir las palabras que han ocasionado tan torcidas interpretaciones. Yo me limité á decir que cuando las emociones resultasen vacías, deberíamos librarnos de ellas. ¿Tiene esta frase, por ventura, la significación que se le ha querido dar? ¿Condenaba yo las emociones verdaderas y profundas? No podía condenarlas, porque ellas no son vacías é implican una significación adecuada á su intensidad. Yo me refería á esas emociones sin fondo ni objeto con que se tropieza á menudo. En la psicología humana el sentimiento no es estado sin idea, sino un tipo de la idea, y suponer que puede existir sin un objeto del pensamiento es complacerse en afrontar imposibles. El color há menester extenderse en la forma, el calor necesita irradiarse de un foco y declararse en una superficie. No accederé nunca á reconocer que la religion está confinada en estas oscuras regiones de la emoción sin verdad y sin dirección cierta.

Se me dice, sin embargo, que al rechazar de esta suerte el apoyo de las emociones vacías renuncio al único fundamento filosófico en que es dado construir la religion. Paréceme que el profesor Tyndall no está en terreno firme al hacer estos argumentos, por que esa arquitectura de que habla sería ligera y movediza en extremo, no poco imaginaria, estando por fuerza abandonada al ímpetu de los vientos. Y este concepto es bastante arbitrario. Á lo que parece, tiene la religion un fundamento filosófico. La filosofía, bueno es consignarlo, investiga

las últimas formas del conocimiento y la unidad orgánica de todas las ciencias. Por manera que un fundamento filosófico debe estimarse siempre como primer principio para alguna de éstas; es un principio de conocimiento, un *datum* para ulterior *quæsitæ* y sólo á una ciencia le es dado alcanzarlo. La religion es, por tanto, un organismo de pensamiento. Y sin embargo, sus causas inciertas son fundamento para contradecir precisamente esa conclusion. Nada podemos conocer aquí, nos dice, nada conocemos: la vida intelectual no resuelve nada, sólo nos es dado sentir ciegamente. Y yo pregunto: ¿cómo puede descansar en fundamentos filosóficos una construcción desprovista de verdad? Pero ¿no llevo yo, por otra parte, las cuestiones religiosas á último término, á la conciencia, así á la intelectual, en cuanto se refiere á la interpretación de la causalidad, como á la moral en cuanto concierne á la interpretación del deber? Así lo hice, y el profesor Tyndall cree altamente instructivo que «haya vivido yo tanto y pensado tanto sin reconocer el carácter enteramente subjetivo de su credo.» Quitando la expresión adverbial (*enteramente*) porque implica una exclusión gratuita de la verdad objetiva, no sólo reconozco ese carácter sino insisto en él constantemente. Las concepciones religiosas fundamentales no tienen otra solidez que la resultante de la organización de nuestras facultades y las potestades de nuestro pensamiento; mas como quiera que esta afirmación es igualmente valedera para las concepciones científicas fundamentales, como materia y fuerza, que necesitan retirarse á la intimidad de la conciencia para ser atestiguadas, y la objetividad misma no es otra cosa que la interpretación que hace el sujeto de su propia experiencia, es en verdad «grandemente instructivo» que un crítico, tan compasivo para con mi posición subjetiva, no se dé cuenta de la idealidad propia de la suya.

Podría ser, como voy sospechando, que el profesor Tyndall no use el término *subjetivo* en su estricto sentido, ó sea como lo que es propio del *sujeto humano en general*, sino para denotar lo que pertenece con especialidad al sentimiento de éste ó aquel individuo, y en ese caso la cuestión se reduciría á averiguar si yo confundo una experiencia personal de excep-

cion con las formas universales del pensamiento. Y no está bien planteada esta cuestion cuando se dice que muchos hombres de capacidad no se han dado cuenta de esta experiencia interior, pues sucede en esto lo que con todo, y es que no se asegura el acierto con la superioridad de los dones, sino con la oportunidad de los juicios y la buena disposicion para ver las cosas como son en realidad. Bueno es recordar, por otra parte, que las leyes del pensamiento que hoy admitimos como universales fueron propuestas en un principio y largo tiempo combatidas como expresiones de la reflexion individual.

4. Otro incidente demanda todavía una aclaracion personal. Se me dice que estoy muy mal enterado de las posiciones que ataco. Si esta observacion me duele, no es ciertamente porque no me guste que se me recuerde mi ignorancia, pues el convencimiento que de ella tengo es una sombra que no se aparta un punto de mi vida, sino porque todo hombre está obligado á tomarse la molestia de estudiar las doctrinas que combate, y en este sentido, el cargo que se me dirige tiene una importancia moral que me obliga á decir algunas palabras sobre el asunto. ¿Cuál es la posicion que se llama materialismo y me propuse atacar y no examiné tan atentamente como debiera? El profesor Tyndall supone que es la suya, y ciertamente no estoy muy bien enterado de ella, pues las indicaciones que tengo, aunque bastante claras, si aisladamente se consideran son para mí tan confusas é indeterminadas en su combinacion que no hay modo de fijarlas. Lo que importa averiguar es si existe la forma de doctrina á que yo me refería. Si se lograra demostrar que yo he atribuido á los materialistas opiniones que ninguna de sus eminencias sostiene, tendrían razon los que me dirigen aquel cargo. Si no hay, en cambio, una sola opinion de las que en mi bosquejo menciono, sin sostenedores de importancia, la exactitud de ese bosquejo no perdería nada por hallarse en contradiccion con algunas proposiciones de las que figuran en los *Fragments of Science*.

El motivo principal de esas censuras debe buscarse tal vez en mi dicho de que se nos ofrece la doctrina materialista como una explicacion del orden de las cosas, pues mi adversario asegura por su parte que los movimientos y las agrupaciones

moleculares no explican nada en realidad, y que á lo sumo pueden afirmar la asociacion de dos clases de fenómenos de cuyo verdadero nexo nada sabe. Si esto es todo lo que afirmar le es dado, poca importancia tiene sin duda su materialismo, y así podría pasarse de él como conseguir su ayuda, pues para el caso es lo mismo. Si la inteligencia humana pudiera contentarse con ese espectáculo de una concomitancia sin explicacion, faltaría el impulso mismo de que resultan las doctrinas materialistas. Su proposicion fundamental, que como observa Lange, es comun á todas sus formas así antiguas como modernas, que el Universo está compuesto de átomos y vacío (1) es una hipótesis que ha sido inventada para establecer un nexo entre líneas previamente distinguidas, y dar al pensamiento un punto distinto de la asociacion para explicar lo segundo por lo primero. Una hipótesis se nos recomienda cuando ofrece una más alta concepcion, de la cual podemos deducir los hechos previamente diferenciados, y si no logra este resultado se condena á sí propia. Un materialista, bien penetrado de lo que es y representa, no rechazará seguramente las palabras que pongo en sus labios; la materia es todo lo que necesito; dadme solamente sus átomos y explicaré el Universo; pero se incomodaría seguramente si se le dijera, y por un amigo cándido, que su doctrina no nos explica nada.

Como es imposible entablar una verdadera controversia con quien así discute, me dirigí naturalmente á los materialistas francos, sin pretender que Mr. Tyndall se sometiera á este sentido. Que hay y ha habido personas que piensen así, personas que han tratado de explicar lo enigmático por medio de lo claro, lo intrincado por medio de lo simple, lo desconocido por lo conocido (2), valiéndose en este intento de una definicion de la esencia de la materia y de fijarla en los átomos, es cosa que no puede negar Mr. Tyndall, despues de habernos presentado él mismo la tesis de Demócrito (3), los razonamientos de Lucre-

(1) Lange. *Geschichte des Materialismus*. Dos tomos, Buch. p. 181.

(2) *Ibid.*, p. 8 y 9.

(3) Debo recoger un error de Mr. Tyndall en el discurso de Belfast. Interpretando equivocadamente una frase de Lange, dice Mr. Tyndall que Empedocles notó un hueco en la doctrina de Demócrito, y esto es confun-

cio y el método de Gassendi. Los atomistas, dice Lange, atribuían solamente á la materia las más simples propiedades de las cosas aquellas que son indispensables para que aparezcan en el espacio y en el tiempo, aspirando á derivar de esto solo todo el conjunto de los fenómenos. Fueron ellos, añade, los que dieron la primer noción perfectamente clara de lo que debemos entender por materia como base de todos los fenómenos, y al aparecer de esta suerte el materialismo se completó como primera teoría perfectamente clara y consecuente de todo los fenómenos» (1). No puedo discernir diferencia alguna entre ese modo de plantear el problema y el que fué adoptado por mí.

Toda la exposicion de mi adversario parece estar dominada por esta máxima tácita: «No hay materia sin fuerza ni fuerza sin materia» (2), máxima que puede ser cierta, pero no nos libra de la necesidad de investigar la relacion de dos ideas fundamentales que no son idénticas ni reductibles. Las ciencias naturales pueden utilizarlas de otro modo; las investigaciones experimentales y la deducción matemática pueden usarlas sin perturbacion como conceptos provisionales y sin sospechar siquiera que encierran otro problema ulterior. Pero no nos es dado llegar á ninguna consideracion filosófica del mundo tomándolas como vienen. A despecho de los fáciles chistes que se gastan en ridiculizar la metafísica y la preferencia que se ostenta por *la tierra firme*, sólo podeis sustraeros á su influencia resignándoos á no saber dónde estais. En ella vivís, os moveis y sois.

No inspira más esperanzas, á primera vista, que la reduccion de la materia á la fuerza á los que son entusiastas por la simplificacion. Dos ó tres fáciles cuestiones le llevaron al problema. Sólo nos es conocida la materia por sus propiedades. Sus propiedades son, de otra parte, sus maneras de afectarnos, ya directamente, ó por medio de operaciones hechas en otras partes de materia. Se nos representa en otros términos por los

dir las fechas, porque Empedocles es anterior á Demócrito en una generacion al ménos.

(1) *Geschichte des Materialismus*, p. 8 y 9.

(2) Küchner: *Kraft und Stoff*, pág. 2. (Aufl. 4.)

efectos que puede producir, y se resuelve en un conjunto de fuerzas. Haced de su esencia lo que queráis, extensión, como pretendía Descartes, ó *palpabilidad*, como pretende Techner; de todos modos, sólo obrando en el ojo, el tacto ó los músculos, llega esa esencia á nosotros, es causa de sensaciones para nosotros, y todo lo que pueda causarnos tales sensaciones es idéntico. ¿No es llano, por tanto, que la materia es simplemente poder localizado, y que cuando nos referimos á sus menores elementos concebibles, se resuelve en puntos dinámicos, centros inextensos de atracción y repulsión? Tales modos de pensar han originado siempre teorías de idealismo dinámico como las de Bosovich, Ampère y Caneby, en que las dimensiones de los átomos de que procede la acción molecular no sólo son pequeñas relativamente á las distancias que las separan sino que desaparecen en absoluto. Aislando estas teorías, los elementos necesarios para el cálculo ofrecen grandes ventajas á las ciencias físico-matemáticas. Siempre se encontrará, sin embargo, un residuo irreductible respecto de la fuerza. Cuando hayáis resuelto en repulsión la solidez de los átomos y reducido á la nada su extensión, os hallareis, sin embargo, en presencia de su *posición*, y esto hácia donde un poder es distinto del poder mismo y le aseguran un *Daseyn* á objetiva existencia en el espacio. Ni aparece en estas ideas abstractas bien determinado el aspecto de movimiento. Como no pueden moverse á sí propios los puntos geométricos, el fenómeno viene á ser una traslación de un grupo de atracciones y repulsiones á nuevos centros. Pero la atracción sin nada que se atraiga, la repulsión sin nada que se repela, la movimiento sin nada que se mueva, sólo pueden darse en el lenguaje, mas no en el pensamiento. La inteligencia humana sólo admite la categoría de atributo ó propiedad en combinación con la de sustancia ó cosa, como base en que descansa. Indisoluble es la relación que existe entre el atributo que os habla fenomenalmente y la sustancia que es intelectualmente dada. Analizad como queráis los fenómenos de modo que los volváis del un predicado al otro: no podéis separarlos de su persistente é inmovible asiento, hasta que dejen en vuestras manos un par de predicados sin sujeto. De esta suerte se opone la idea

de la materia á toda tentativa de emanciparse de ella por medio de la transformacion.

Se ha intentado tambien á la inversa esta simplificacion, dejando á la materia todo el trabajo. En física, se nos dice, conocemos lo que percibimos ó las percepciones que generalizamos. «Observamos lo que los sentidos, armados de los auxilios que la ciencia les suministra, nos capacitan para observar nada más» (1). Sólo nos es dado percibir, sin embargo, movimientos, y si no nos damos cuenta de este hecho cuando oímos y vemos, débese á que nuestros órganos no son bastante finos para sorprender las ondulaciones que les entregan tonos y tintas. Someted su sensibilidad á un poder adecuado de engrandecerse, y todo lo que podemos observar se resolverá en cambios locales. Sucede lo mismo en la mecánica celeste que en el escenario de la experiencia diaria. Esto advertimos en todas partes, movimiento y leyes del movimiento. Y sólo la materia se mueve. Vendrían á ser de esta suerte las ciencias naturales registros de posiciones coexistentes y sucesivas de los cuerpos expresados en fórmulas, que serían tan comprensivas como lo permitiera el estado del análisis y cumplirían en esta forma, como decían con razon Comte y Mill, todas las condiciones del conocimiento de los fenómenos, asegurándose ese poder de prevision que es la corona y la recompensa del trabajo científico.

Esta reduccion de todas las cosas á materia, movimiento y ley, sería intachable si variaran las condiciones de nuestra inteligencia. La materia, segun estos mismos expositores, sólo habla á nuestros sentidos, y la conoceríamos aunque sólo dispusiéramos de ellos y de la habilidad de retener sus datos y de ponerlos en orden. Con sólo advertir cómo están y se mueven en el tiempo y en el espacio las cosas semejantes y las disemejantes, tendríamos á nuestra vista la historia de la materia. No necesitamos ir más allá en este intento de las relaciones de objetividad, sucesion y semejanza entre las formas ó datos del entendimiento. Pero fuera y por cima de esto, estamos sujetos á otra condicion determinada del pensamiento, el

(1) *Materialism and its opponents, Fortnightly Review*, pág. 595.

principio de causalidad, en virtud del cual no puede haber conocimiento de fenómenos sino con relación al poder que lo engendra, no de otra suerte que es imposible darse cuenta de un aquí sin un allá, de un antes sin un después. Esta ley intelectual no consiente que quedemos satisfechos con sólo notar el orden de aparición de los cambios que percibimos; nos obliga á referir el movimiento á un motor, á ver más allá de la materia que se mueve la fuerza que la mueve. De todas suertes teneis aquí una clara adición dinámica á ese plan de fenómenos regimentados, que resulta de la concepción aislada de la materia. ¿Os librareis del dualismo insistiendo en que el poder que concedéis es solamente una propiedad de la materia?

Fijaos mucho, dice Lange, no sea que esteis en peligro de caer en un círculo lógico. Una cosa nos es conocida por sus propiedades, un sujeto se determina por sus predicados. Pero la *cosa* no es más, si bien se mira, que el punto de apoyo que nuestro pensamiento requiere. Sólo conocemos las propiedades y su concurrencia en un objeto desconocido, que afirma por medio de una ficción de la mente, necesaria, según parece, y que nuestra organización hace imperativa (1). Y podría contestarse además que se puede dar carácter de predicado de la materia á todo lo que se pueda observar en ella, pero no lo que está fuera de los límites de la observación, como acontece con el poder que engendra los movimientos, pues no le vemos en el fenómeno y nos lo proporciona una necesidad del pensamiento, no como elemento de aquél, sino á título de condición que se le impone.

Por manera, que siendo la materia y la fuerza datos intelectuales que implican respectivamente los principios de objetividad y causalidad, son *insustituibles* entre sí. Por otra parte, es tan fuerte la tendencia que actualmente se nota en favor de la fuerza como término más conocido que, según Lange, «el falso principio del materialismo, aquel que consiste en erigir la materia en principio de todo lo que existe, está completamente abandonado» (2).

(1) *Geschichte des Materialismus*, II, pág. 214.

(2) *Ibid.*, pág. 215.

De estas dos raíces han surgido dos formas del naturalismo que aparecen á las veces en una misma inteligencia poco á menudo sin armonía y que se expresan en doctrinas cuya relacion es dudosa; la teoría *material* que aplica á la concepcion de los átomos, la *dinámica* que se refiere á la de la *conservación de la energía*. Como medios de organizar intelectualmente hechos comprobados y de reunirlos en un tejido de relaciones son de gran valor ambas teorías é indispensables para elevarse á más altas generalizaciones. En la una las proporciones múltiples de la química y las leyes de la difusion elástica encuentran un adecuado medio de expresion y computacion. En la otra una medida comun sirve para las variaciones de calor y labor mecánica, y descomposicion química é intensidad eléctrica, trayendo varias especiales provincias á una afinidad federativa. No ha interpretado bien mis palabras el Dr. Tyndall cuando me cree hostil á esas teorías en su uso puramente científico, tocante al estudio y á la prevision de los fenómenos. Sólo cuando traspasan estos límites y desconociendo su propio carácter exhiben pretensiones filosóficas, me aventuro á resistir su absolutismo y á compelerlas á encerrarse en la esfera de sus prerogativas constitucionales. Los críticos más tranquilos del pensamiento humano no se dejan arrastrar por un ímpetu religioso; saben distinguir el uso físico y el metafísico de estas concepciones, y es de notar que acerca de este último uso y carácter hartó dijo Lange cuando recordaba á Buchner y á los entusiastas cosas muy sabidas que candorosamente olvidaban ó desconocían (1).

La hipótesis *material* tal como yo la considero y como únicamente me propongo comentarla, sostiene que con átomos inorgánicos para converger podría construirse el mundo actual.

Conviene que nos demos cuenta del término *átomo* antes de seguir adelante. *Cosas que no son divisibles*, pueden ser idénticas ó distintas entre sí, y es preciso saber cuál de estas dos proposiciones es aceptada.

La primera es la única admisible para aquellos materialistas en quienes reconocamos alguna exactitud lógica. Cuando

(1) V. Lange, obra cit., pág. 181 y 213.

dice que sólo necesita materia, se debe entender que le bastan los caracteres que entran en la definición de la materia.

La idea del átomo es simplemente la idea de la materia *in minimis*. Y no es lícito alterar el carácter de los datos á medida que se avanza en una indagacion, y en este error ha caido el doctor Tyndall. Me ridiculiza por haber definido los átomos como «sólidos homogéneos extensos.» Por creer que una frase así restringida conduce solamente á una nocion metafísica. Todo lo que definais pertenece en el mismo sentido á la metafísica y más propiamente á la lógica. El objeto de la definición es especificar los atributos que sólo han de considerarse al dar el nombre. El atomista que no se satisfaga con lo que digo de sus premisas deberá darme una definición mejor y no contentarse con decir que no expreso bien lo que piensan.

Mi adversario no me la ofrece, pues se limita á decir que debemos variar radicalmente de nociones, lo cual no es bastante. Podrá ser que esta definición sea la que sigue: *Defino la materia como esa misteriosa cosa por medio de la cual todo esto se ha hecho*, ó sea toda la serie de los fenómenos. ¿Necesito, por ventura, decir que esto no es una definición, que es tan sólo un *oráculo* que declara tanto lógicamente lo mismo que se discute, que en la materia reside potencialmente toda la vida terrestre? Todas las pintorescas descripciones que se hacen con ánimo de ilustrar el asunto y que á tal concesion llevan á mi adversario, arguyen igualmente petición de principio; nos dicen una y otra vez que la fuerza únicamente en la materia es materia, que son idénticas. Nada es más fácil que sostener cómo se hace que las fuerzas de calor, atraccion, vida, estén adscritas á medios materiales y organismos. Esto no lo niega nadie. En el sentido de que son inmanentes en la materia y se manifiestan en sus movimientos, son fuerzas *materiales*, mas no en el sentido de que se derivan de las propiedades esenciales de la materia. Y en este sentido se dividen las filosofías y el raciocinio es posible.

Si la esencia de la hipótesis materialista consiste en que se parte de la materia en sus más elementales formas para elevarse luego á las más elevadas, no hice mal en considerar los

«sólidos homogéneos extensos» como un dato específico y único, de modo tal que constituya un sistema de *monismo*. Me pregunta el doctor Tyndall dónde y por quién se especificó un dato semejante.

En *The Contemporary Review* (Junio, 1872) sostiene mister Herbert Spencer que las propiedades de los diferentes elementos (elementos químicos, hidrógeno, carbono, etc.) resultan de diferencias de combinación que suscitan la composición y recomposición de las *últimas unidades homogéneas*. Hé aquí *totidem verbis* ese *monismo* que se me acusa de haber introducido arbitrariamente en el sistema; como mi crítico demuestra evidentemente la intención de sustraerse á ese *monismo*, concluyo que cuenta como yo la inseguridad de la deducción que hace Mr. Spencer, de sacar los fenómenos químicos de los mecánicos.

Antes de dejar este punto debiera tal vez explicar, por deferencia á Mr. Spencer, por qué me aventuré á repetir el argumento de que no es lícito hacer esa deducción; pasar de lo homogéneo á lo heterogéneo, cuando con tanto cuidado lo ha rebatido. A la manera de todos los *atomistas*, apela al caso de los cuerpos *isoméricos*, y especialmente á las variedades *alotrópicas* de carbon y fósforo, para probar que sin cambio alguno de elementos y aún sin ninguna composición, preséntanse las sustancias con señaladas diferencias en sus propiedades físicas y químicas. Hay varios compuestos distintos que se forman con las mismas cantidades relativas de carbon é hidrógeno. Y el mismo carbon aparece como carbon, lapiz-plomo y diamante, y el fósforo, en forma amarilla, semi-transparente, inflamable y cual opaca sustancia de oscuro rojo, sólo combustible en una temperatura mucho más elevada. A falta de variaciones en el material, se atribuyen estas diferencias que en el producto se advierten á una distinta agrupación de los átomos, y sea cual fuere su forma, es fácil variar en la imaginación en ciertos límites el ajuste de sus lados homólogos, de modo que se construyan moléculas de diversos tipos y últimamente agregados de cualidades que formen contraste.

Admito que podamos presentar una serie de combinaciones desemejantes que se apunten contra un número correspon-

diente de peculiaridades cualitativas, aunque es dudoso que las permutas concebibles pueden llevarse al traves del cúmulo de casos que la química orgánica nos ofrece. Las diferencias morfológicas, si se obtienen de un modo adecuado, no suministran explicacion alguna de la variacion de atributos que se ha observado. ¿Qué es lo que en la combinacion *a, b, c*, ocasiona *actividad* en el *fósforo* mientras la combinacion *b, a, c*, produce inercia? Donde los productos difieren únicamente por sus propiedades geométricas y por consiguiente en las ópticas, podrá ser admisible la explicacion, mas no puede extenderse la deduccion de las propiedades físicas á las químicas. Tratar de los casos de *alotropia* como si destruyeran la regla que en la heterogeneidad es esencial, no es discurrir con buena lógica. En esos casos no conocemos sin duda ninguna diferencia de composicion, pero tampoco nos es conocida ninguna diferencia de combinacion. Si pudiéramos concebirla allí de un modo latente, sería la verdadera causa del fenómeno que no explicamos, que de todos modos ella sería tan sólo una causa posible de él, aunque estuviese debidamente comprobada. Si alguien nos dijera: esa diferencia de propiedades me hace sospechar una diferencia de composicion, ¿qué le contestaríamos colocándonos en el punto de vista de Mr. Spencer? ¿Podríamos decirle: sabemos que el carbono es simple? Se nos dice, por el contrario, que no se reconocen sustancias elementales si se quiere decir por medio de esta expresion que las conocemos como tales. Lo que llaman los químicos sustancias elementales, son tan sólo sustancias que hasta el dia no han logrado descomponer.

Y aún en el caso de que logremos establecer la semejanza de todos nuestros átomos, no nos libraremos de una heterogeneidad que no se explica, y sólo habremos conseguido variarla de asiento. Ora esté condicionada la diferencia cualitativa entre el hidrógeno y cada uno de los otros elementos por una distincion en los átomos ó por variedades determinadas en su modo de unirse, numérica ó geométricamente no se dan estas condiciones por mera existencia de átomos homogéneos, y nada que podais hacer con esos átomos, dentro de los límites de su definicion, os puede dar la heterogeneidad que fuera

de ellos se requiere. Reunidos en moléculas por medio de la agrupación ó arquitectura que os plazca; siempre resultará que la diferencia entre el hidrógeno y el hierro no es la de uno y tres ú otro número cualquiera. Si el hidrógeno fuera lo único primordial y se transformara en cada uno de sus sesenta y dos compuestos actuales, serían tan difíciles de deducir la tendencia á estas especiales combinaciones y los efectos de éstas, del dato de la homogeneidad, como es según las opiniones reinantes los fenómenos químicos de los mecánicos. Yo sostengo, sin embargo, que si admitís los átomos, podeis reunir del mismo modo las sesenta y tres suertes en un lote. Esta asombrosa multiplicación de la primitiva hipótesis monística me parece que tendría que admitirla como indispensable el profesor Tyndall.

Yo había sostenido, al recordar notabilísimas palabras de Du Bois Raymond, la imposibilidad de rellenar el hueco que se presenta entre el quimismo y la conciencia. La sensación de calor, sonido, color, son hechos *sui generis*, muy distintos de las ondulaciones de un medio cualquiera, de los movimientos moleculares de cualquier estructura que se conocen de diferente manera, y necesitan un lenguaje diferente y desafían predicciones é interpretaciones de gentes extrañas. Pertenecen con todas las altas condiciones intelectuales, á un mundo situado más allá de los límites de las ciencias naturales, á un mundo en que no penetrarán nunca, pues sus medios de investigación no pueden llegar á los fenómenos que en ese mundo se presentan. Al establecer estas dos esferas de conocimiento separadas por un golfo que no es dado atravesar, tropezamos seguramente con la continuidad de nuestro saber; del un lado todos los fenómenos de la materia y el movimiento; del otro los del sér viviente y el pensamiento. Paso á paso adelantará el *Naturforscher* (1), aún al través de las mismas provincias orgánicas limítrofes; pero al llegar aquí se detendrá su movimiento, se hallará en presencia de cosas á que no pueden elevarse sus métodos, y una necesidad intelectual le obligará á pararse, pero siempre ante el límite que encontrará.

(1) Naturalista.

Quisiera que mis lectores comparasen la aseveracion que hace el profesor Tyndall cuando dice que, apoyándose en la continuidad de la naturaleza, no se cree en el caso de pararse bruscamente donde el microscopio deja de ser útil, y que cruza la frontera por necesidad intelectual, y descubre en la materia la promesa y potencia de toda vida terrestre, la conscia inclusive. Esta opinion no me pareció muy conforme con el límite de la ciencia natural que Du Bois Raymond establece, y sigo creyendo lo mismo. ¿Cuál es la réplica de mi crítico? Cita otra proposicion suya que corresponde muy bien á la doctrina del eminente profesor berlinés y la anticipa, procedimiento por medio del cual no me contesta, sino se contesta á sí propio, y en vez de resolver la contradiccion, la afirma mejor. Si el vacío existente entre las dos clases de fenómenos (procesos físicos y hechos de conciencia) no se puede salvar intelectualmente, la necesidad intelectual de atravesar ese límite no es fácil de comprender. Para discernir en la materia la *promesa* ó potencialidad de la vida conscia, se necesita estar capacitado á prever, por medio de un exámen de un movimiento meramente físico, los fenómenos futuros del sentir y el pensar. Esta transicion es precisamente la que no se considera susceptible de ser pensada.

¿Cómo entenderemos, pues, la hipótesis atomista como punto de partida de la deduccion científica? En la última exposicion del doctor Tyndall, vemos que se admite que la doctrina monística de los homogéneos no puede bastarnos, y que es necesario ampliarla con átomos químicos heterogéneos, y que en vano tratamos de evitar, aún por este medio, el vernos detenidos al cabo por el límite que la conciencia nos presenta. Como quiera que estas dos proposiciones son precisamente las que yo había opuesto á los materialistas especulativos, es para mí un gran consuelo descubrir que aparezcan las facciones de un aliado cuando se levanta la máscara de la controversia.

Es un principio de la ciencia moderna que la totalidad de los fenómenos sensibles y deductivos es producida por una suma constante de fuerzas en una cantidad dada de materia. Y para comprender bien lo que comprenden cambios que se presentan en gran complicacion, es á menudo muy neces-

rio examinarlos microscópicamente. Descubriremos más fácilmente de este modo lo que son y cómo estén hechos en ese momento; pero suponer que pulverizando el mundo hasta sus últimas partículas y contemplando sus componentes en aquellos grados en que se confunden casi con la nada, llegaremos á un punto en que no habrá más problemas, es ciertamente la ilusión más extraña.

El átomo de las modernas ciencias fisico-matemáticas ha expuesto su pretension de ser el último comienzo, siendo tan sólo un excesivo descenso de un análisis que se agota ántes de emprender la jornada de regreso, que denominamos deducción.

Es una importante cuestion averiguar hasta qué punto ofrece el atomismo en estos tiempos las condiciones que se pedían al materialismo de antaño y que justificaron su invencion.

Las cosmogonías jónicas surgen de un impulso genuinamente intelectual, del deseo de dominar la multiplicidad de las cosas de la naturaleza, y de hallar una identidad que la relacionara y tejiera en una sola trama. Tratábase entónces de unificar todos los cuerpos. Tal es, despues de todo, el fin de todas las ciencias, pues ellas aspiran incesantemente á simplificar, á unir lo que está separado, á poner en orden lo que aparece confuso, á encontrar lo vario en lo uno, lo otro en lo mismo, reduciendo así en lo posible el cuadro de los principios. La ciencia de toda explicacion científica es simplificar, y sólo cuando alcanza este resultado puede decirse que explica alguna cosa el hombre dedicado al noble cultivo de la ciencia.

Pero ¿ha conseguido el materialismo esa simplificacion á que propende en nuestros días?

Bajo las investigaciones de la moderna ciencia, la materia perseguida hasta en sus más recónditos refugios, aparece como una infinidad de átomos con existencia propia. Cuando se lleva á un extremo hipotético, la comparacion de esos átomos no los acerca á la unidad más que á la homogeneidad. Y ¿qué resulta de compararlos? Se nos asegura que ellos se amoldan á un tipo constante con gran precision. En primer lugar, la masa de cada individuo y todas sus otras propiedades son inalterables. En segundo lugar, las propiedades de todas las del mismo gé-

nero son absolutamente idénticas (1). Aquí encontramos una interminable variedad de fenómenos de semejanza. Pero luego estos átomos, además de la vibración interna de cada uno, están agitados por movimientos que los llevan en todas direcciones, ora por caminos francos y ora por colinas (2). Aquí nos encontramos, por lo tanto, en interminable variedad de fenómenos de diferencia. Y así resulta que los tales átomos se rompen en innumerables materias, y sus individuos están afectados por correspondencias idealmente perfectas y numerosos contrastes de movimiento juntamente.

Y no tenemos siquiera la simplificación aproximada que nos suministraría la homogeneidad. No puede pretenderse que existan todavía pruebas que destruyan la lista de los elementos químicos, y dígame lo que quiera, es más probable que alcancen aumento que no que disminuyan ó se reduzcan á la unidad, y no queremos recordar la probabilidad que el espectroscopo celeste nos ofrece de que en otras regiones del espacio existen elementos que nos son desconocidos. En vez de un tipo atómico único, tenemos más de 60 que son todos independientes y repiten el fenómeno de exacta semejanza entre todos los miembros donde quiera que se hallen. Y estas 60 clases de átomos no están en libertad de permanecer neutrales entre sí ni de ser combinados como se quiera. Cada uno tiene sus compañeros particulares y los términos de su sociedad con cada uno de éstos están exactamente determinados.

Un atento exámen de la teoría atómica en toda su extensión nos muestra cuán diferente es y cuán lejos está de la simplificación á que aspira.

Habiéndome limitado en este escrito á tratar del Materialismo atomista, me ocuparé en otro con el materialismo dinámico y de las consecuencias de entrambos para la conciencia religiosa. No espero que me será dado decir nada de provecho para aquellos que están convencidos de que fuera de los límites de las ciencias naturales no se levanta ninguna cuestión científica, y de que la metafísica carece de valor, y sin embargo,

(1) *Discourse on molecules*, By J. Clerk Maxwell, p. 11.

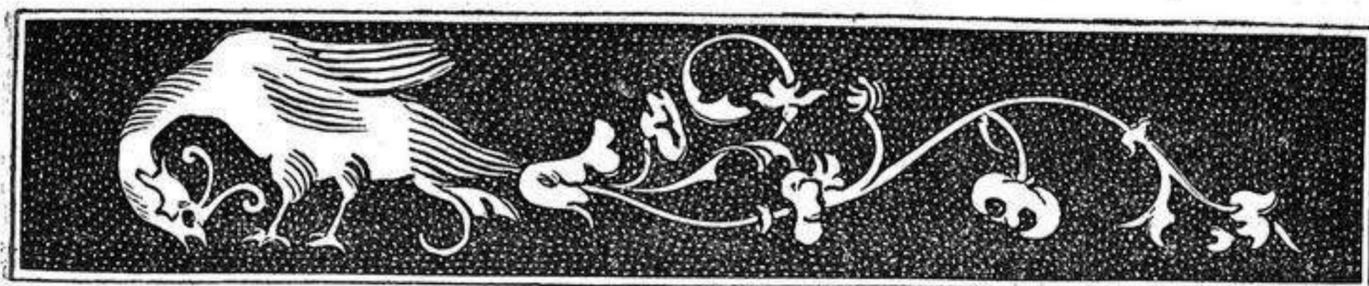
(2) *Therry of Heat*. By J. Clerk Maxwell. p. 310-311.

á pesar de todas las resistencias, no es ocioso suscitar cuestiones que al ver planteadas conviene recordar estas palabras de Clerk Maxwell: «Se asegura que la especulacion metafísica pertenece al pasado y que la física ha logrado extirparla. Sin embargo, la discusion de las categorías de existencia no parece correr el riesgo de terminar en estos tiempos, y el cultivo de la especulacion sigue siendo tan fascinador como en los dias de Thales» (1).

(1) *Experimental Physics*, Introductory Lecture, *ad finem*.

JAMES MARTINEAU.





ANÁLISIS Y ENSAYOS.

LA *Biblioteca de Ciencias contemporáneas*, fundada en París para popularizar, mediante trabajos elementales, los resultados adquiridos por la ciencia en su nueva dirección positiva, acaba de dar á la estampa un curso de estética, debido á la bien cortada pluma de M. Eugenio Véron, muy conocido por sus excelentes trabajos de crítica artística, y escritor de tan libre y despreocupado ingenio como sano criterio y erudición notoria.

Merece este libro la atención del público y de la crítica, más que por su mérito intrínseco, por ser quizá la primera exposición, aunque elemental, completa de las doctrinas que en materia estética profesa la escuela positivista; siendo de notar que su autor no incurre en las exageraciones ni cae en los extravíos materialistas que suelen abundar en sus correligionarios. Encerrado constantemente en la reserva y circunspección que á esta dirección del pensamiento deben caracterizar, nunca afirma más de lo debido, ni sustituye con *metafísicas negativas* las especulaciones caídas en descrédito, ni alardea temerariamente de ideas aventuradas y contrarias á sentimientos respetables, ni ostenta aquella crudeza en los juicios que suele distinguir á los *enfants terribles* del positivismo.

Manteniéndose siempre en los límites de la experiencia, renunciando á aventuras por el campo de lo transcendental, sustituyendo con la observación psicológica y fisiológica las temeridades del ontologismo, M. Véron desarrolla los principios de la estética en su aplicación á las bellas artes, sin necesidad de remontarse á las alturas ni de revolcarse por los suelos, dando la parte debida á los distintos elementos y factores que á la producción de la obra de arte con-

curren y mostrando cumplidamente que la estética puede ser una ciencia experimental y positiva, sin caer por esto en el grosero realismo que de buen grado atribuyen á la nueva escuela los que sólo de oídas la conocen. La opinion vulgar de que el positivismo no puede entender nada de arte y de belleza queda desvanecida con la publicacion de la obra de M. Véron.

Los diferentes matices del espiritualismo y del idealismo habían monopolizado hasta ahora el estudio de lo bello, envolviéndolo en las más extrañas nebulosidades. A creerlos, la belleza era una esencia misteriosa, un *quid divinum*, una huella de la divinidad impresa en los objetos reales, que sólo merced á una especie de vision beatífica ó adivinacion profética, podía vislumbrar en momentos de éxtasis y traducir en sus obras el artista. Formarse idea de la belleza y definirla era ardua empresa, reservada únicamente á los que llegaran á los más elevados peldaños de la escala metafísica, los cuales, una vez llegados á la cima, quedábanse, sin embargo, tan á oscuras como los simples mortales y nunca acertaban á dar una idea clara de lo bello, ni á trazar una doctrina general, aplicable á todos los objetos bellos, ni ménos á explicar cumplidamente la produccion de las obras artísticas, ni señalar criterio seguro para juzgarlas. Lo más peregrino del caso era que el público y la crítica seguían apreciando y juzgando los objetos y obras bellas, y creando los artistas estas últimas, sin dárseles un ardite ni necesitar para nada de las sublimes especulaciones de los estéticos.

Kant fué el primero que comprendió que el mejor camino para formarse una idea de lo bello era estudiarlo en el que lo percibe y siente, y convirtiendo la estética de objetiva en subjetiva, echó las bases para su verdadera construccion científica. Sus sucesores (señaladamente Hegel) se apartaron de tan recto camino y extraviaron de nuevo la cuestion, si bien prestando señalados servicios á la ciencia, siempre que se dedicaban al análisis experimental de las producciones bellas. La novísima direccion tomada por la filosofía ha vuelto, por fortuna, á colocar la cuestion en su verdadero terreno.

La estética, de hoy más, ha de ser una ciencia positiva, cuyo objeto es el estudio de una serie de fenómenos que pueden llamarse estéticos. El análisis de los estados de conciencia observados en el hombre (y aún en algunos animales) nos ofrece un grupo de sensaciones y emociones especiales, que originan determinados afectos é ideas, que nada tienen de comun con las producidas por lo que se llama agradable, útil, verdadero, bueno, justo, etc., y que ofrecen caracteres particulares que las distinguen de todas las demas. La contemplacion de ciertas combinaciones de formas, colores y sonidos y aún de ciertos productos de la actividad espiritual en todos sus aspectos, produce en nosotros ciertas sensaciones y emociones, de suyo indefinibles, puras en alto grado, desinteresadas é impersonales, independientes de todo concepto prévio, de toda reflexion ante-

rior y de toda consideración de finalidad en el objeto que las causa. Esta emoción—cuyo carácter psico-físico es innegable, por más que el análisis no desentrañe en todos los casos su elemento fisiológico,—se llama estética, lleva consigo un placer purísimo y deleitable, exento de todo apetito sensual, es correlativa á otra emoción enteramente contraria, y es el origen y fundamento de una de las más preciadas esferas de la actividad humana, del arte bello.

Pero ¿qué es la belleza? Simplemente la supuesta causa objetiva de esta emoción. Si hay unos objetos que la producen, otros que causan la emoción contraria y otros que no engendran la una ni la otra, lícito es pensar que algo hay en este objeto que es causa de efectos semejantes. Esta causa será la belleza en el primer caso, la fealdad en el segundo, y la carencia de ambas en el tercero.

Para hallar la belleza objetiva no será necesario, por tanto, remontarse á la región de las causas primeras, ni dar saltos mortales por el campo de lo absoluto. Bastará sencillamente apelar á la experiencia, observar y comparar los objetos bellos, relacionándolos con los feos é indiferentes, y mediante los procedimientos más elementales y sencillos de la ciencia natural, hallar aquellos caracteres comunes que en todos los casos produzcan infaliblemente la emoción estética.

Pero esta tarea, con parecer sencilla á primera vista, no deja de ofrecer dificultades. Esa belleza universal y absoluta con que sueñan los metafísicos, no existe para el hombre. Lo bello en sí, el noumeno bello, llega á nosotros á través del fenómeno, ó lo que es igual, no es otra cosa que un estado de nuestra conciencia, necesariamente modificado por las condiciones de ésta. Como ha dicho un profundo poeta, *todo espectáculo está dentro del espectador*, y distinguir en la emoción estética lo que del objeto procede, y lo que es obra personal del sujeto, es más difícil de lo que parece. Solamente la experiencia puede hallar de un modo aproximado el nivel común, el término medio entre las diferencias individuales y formular, no el cánón absoluto, sino el cánón relativo más ámplio y perfecto de la belleza.

Por otra parte, es tal la complejidad de factores que en cada objeto concurren á producir el sentimiento de lo bello, que es en extremo difícil hallar una fórmula que tenga aplicación cabal á todos los casos. Ese es precisamente el escollo con que siempre han tropezado en sus definiciones los metafísicos. Tratad de explicar y diferenciar con cualquiera de sus fórmulas la belleza de una estrella, de una piedra preciosa, de una flor, de una mujer, de un cuadro de Rafael y de una sonata de Beethoven, por ejemplo, y vereis de cuán poco sirven todas esas pretenciosas definiciones, con tanta razón menospreciadas por los artistas.

La más exacta de las fórmulas que para definir la belleza puede adoptarse, es la que consiste en considerar cualidades distintivas de los objetos bellos la armonía y la expresión. En la inagotable com-

binacion de formas y combinaciones que producen la emocion estética, hállanse siempre cierto orden, cierta proporcion, cierta unidad varia ó armonía, y cierta expresion de vida ó de fuerza que son indispensables para producirla. Podrán unirse á éstos otros factores; podrá variar la proporcion que ambos guarden entre sí; pero la completa carencia de uno ú otro ó de los dos son signo inequívoco de indiferencia ó fealdad.

Un problema difícil de resolver es, sin duda, la determinacion exacta de lo que se llama belleza moral ó inmaterial. La belleza física, nazca de combinaciones de formas ó de combinaciones de sonidos, es fácil de concebir y determinar; no así la de las ideas, pasiones y actos humanos. Aunque en todos estos géneros de belleza hay un indudable elemento material ó fisiológico, no es cosa hacedera explicar la emocion que producen por razones y causas de este género. La psico-física no ha llegado aún á este grado de perfeccion.

A nuestro juicio, en estos casos la emocion estética no se presenta pura, sino acompañada de otras muy diversas, y á la palabra *belleza* se le da cierta extension en sentido metafórico. En la exposicion de las ideas (belleza intelectual), en la manifestacion de las pasiones y afectos, la belleza consiste en la fuerza de la expresion ó en el orden y armonía en que se ofrece y desarrolla lo expresado; en las bellezas del orden moral (abnegacion, heroismo, martirio, etc.), la belleza es simplemente la perfeccion, el bien, en cuanto al exterior se manifiesta con fuerza y armonía. La constante traslacion metafórica (siempre subjetiva) de lo físico á lo moral, ejerce aquí con imperio su influencia.

Lo que puede llamarse estética objetiva ó real en estas bases, debe fundarse, á nuestro juicio. Grave error ha sido en M. Véron no concederla en su obra lugar alguno. M. Véron—que ni siquiera se toma el trabajo de dar una idea de lo bello,—cree que la estética no es más que la teoría de las bellas artes, y considera la belleza como un elemento secundario de éstas. Semejante doctrina es inadmisibile. El arte bello no se explica sin la belleza, y la belleza que el arte crea no se comprende sin tener noticia de la que la naturaleza nos ofrece. Ni es exacto tampoco que la estética sólo estudia la belleza artística; como ciencia de lo bello (Calología), en ella entran todos los géneros de belleza posibles. Este error fundamental vicia por completo el libro de M. Véron y ejerce influencia funestísima en todo su contenido. M. Véron no ha escrito una Estética, sino un capítulo de esta ciencia.

II.

La belleza no existe sólo en la naturaleza, ó, para no hablar en términos metafísicos, no son los objetos creados por la naturaleza los únicos que producen la emocion estética. El hombre, merced al po-

der de su imaginación y á su destreza corporal, puede crear belleza á su vez.

Esta creación de la belleza por el hombre ha sido el caballo de batalla de los metafísicos. De Platon acá no ha habido disparate que no imaginen para explicar cosa tan sencilla. Las hipótesis más descabelladas, las logomaquías más absurdas, los ensueños más delirantes han sido agotados para dar una explicación acabada y perfecta de un fenómeno que todos los días realizan los artistas, sin elevarse á lo absoluto, ni ponerse en éxtasis, ni comulgar con el ideal, ni acordarse de una vida anterior, ni leer siquiera las elucubraciones de los metafísicos.

Y sin embargo, nada hay más sencillo y fácil de explicar. El poder de reproducir y representar en formas sensibles, mentales, los objetos percibidos por medio de los sentidos (imaginación); el de combinar libremente las diversas formas de estos objetos y formar imágenes que no correspondan á ninguno determinado; la excitación de estas facultades creadoras, producida ora espontáneamente, ora por obra de una emoción estética profunda (inspiración); ó lo que es igual, una serie de fenómenos mentales debidos á excitaciones poderosas del sistema nervioso, bastan para explicar la producción de la belleza artística.

Dos instintos enérgicos: el de la imitación, y la tendencia á lo mejor, á lo más perfecto, son los orígenes del arte. El primero, que ya existe en los animales superiores, lleva al hombre á remedar todo lo que halla fuera de sí propio, sea obra de la naturaleza, sea de sus semejantes. Imitar y copiar son los comienzos del arte. Remedando los sonidos de la naturaleza, crea el hombre la música; reproduciendo las formas de los objetos, crea la pintura y la escultura; imitando las acciones humanas, crea el drama y la danza paródica ó escénica. Pero no se reduce á esto su actividad artística, y por eso yerran los que limitan el arte á la mera imitación. Sus facultades reflexivas, aplicadas al exámen de los diversos objetos, le hacen notar en éstos cosas que le agradan y le desagradan, que le parecen convenientes ó inconvenientes, en suma, cualidades ó defectos. El poder de abstraer y generalizar le lleva, tras esto, á concebir tipos ideales, esto es, imágenes de objetos despojados de sus imperfecciones ó agrandados en sus cualidades. Reproducir en formas materiales estas imágenes, creando así ejemplares superiores á los que la naturaleza ofrece, esto es, realizando lo mejor, es consecuencia natural de esta concepción de lo ideal y origen del arte libre, del arte ideal, del arte superior á la simple imitación. Por último, el poder que la fantasía tiene para forjar combinaciones de formas, sonidos, líneas, colores, sucesos, etc., que no corresponden exactamente á objetos reales, engendra el arte libre subjetivo, que nada real expresa, el arte decorativo ó de adorno, como la música instrumental, la danza, la ornamentación arquitectónica y escultórica, etc.

Todas estas varias formas del arte son el producto natural de la evolucion progresiva de las facultades artísticas. Cuando éstas facultades (imaginacion y habilidad), llegan á un alto grado de perfeccion, esto es, cuando á una sensibilidad exquisita acompaña en el hombre una imaginacion poderosa, una fuerza de concepcion notable y una destreza extraordinaria, el hombre es un genio, y como estas cualidades son el producto de una especial organizacion cerebral, se dice con razon que el genio es una excepcion, y que nace, pero no se hace. A esto se reduce la famosa *divinidad* del genio, que tanto ha dado que hacer á los metafísicos.

El arte, simple imitacion en sus comienzos, se eleva progresivamente hasta la creacion libre ó ideal, merced al perfeccionamiento de las facultades artísticas y al progreso general de la cultura humana. Llegado á este punto, el arte no puede ser ya la copia de la naturaleza, sino la libre interpretacion personal de la misma. Aun en aquellos casos en que el artista parece ceñido á imitar con fidelidad escrupulosa los productos de la naturaleza, es en realidad libre creador, porque graba en su obra el sello de su personalidad. No es necesario para esto, como suele pensarse, que falsee á sabiendas la naturaleza; bástale entregarse, al reproducirla, á las inspiraciones de su propio genio. En tal sentido cabe decir que el arte es siempre una creacion puramente subjetiva.

El mayor mérito de M. Véron consiste en haber insistido hasta el exceso en esta consideracion capital. Lo que admiramos en la obra de arte, lo que produce en nosotros la emocion estética, es, segun él, el sello de la personalidad del artista, es la obra de éste. Por eso cabe producir la emocion estética representando objetos indiferentes, feos y aún repulsivos; pues lo que nos hace gozar no es el objeto representado, sino la belleza y maestría de la representacion. Las escenas que nos ofrecen Murillo en su *Santa Isabel*, Velazquez en sus *Borrachos*, Teniers en la mayoría de sus obras, distan mucho de ser bellas y en la realidad nos disgustarían probablemente, pero nos hacen gozar, merced á la perfeccion con que el artista las ha reproducido y al sello vigoroso con que las ha marcado su genio.

De esta doctrina se deduce: 1.º Que el arte es realizacion de la belleza, pero no representacion de la belleza, y que por consiguiente no excluye lo feo, siempre que lo represente de un modo bello; 2.º que la belleza artística es subjetiva, está más en el artista que en los objetos, y consiste principalmente en la ejecucion de la obra; 3.º que la belleza artística es formal y no depende en primer término del objeto escogido por el artista para asunto de su obra, por más que la eleccion de éste no sea indiferente; 4.º que el arte es siempre idealizacion de la realidad aún cuando se limite á reproducirla, pues es la realidad contemplada á traves de la personalidad del artista y por éste modificada y transformada; 5.º que la belleza artística, *como tal*, es independiente del bien, de la moral y de todo lo que

pretende imponérsela como regla y límite, por más que su manifestación pública ó social puede sujetarse *por motivos extra-estéticos* á determinadas reglas.

M. Véron divide el arte en dos grandes grupos: arte decorativo y arte expresivo, division acertadísima á nuestro juicio. Coloca en el primero de ambos las artes (ú obras de arte) cuyo único fin es deleitar con libres combinaciones de formas sin expresar idea alguna, y en el segundo á las que se proponen la exteriorizacion de un pensamiento determinado. La legitimidad de ambas formas artísticas es indudable, y con ella queda resuelta la eterna cuestion entre los partidarios del arte docente y el arte por el arte. Segun que éste sea expresivo ó decorativo, tendrán razon unos ú otros, y en todo caso la superioridad (como obra social) de la obra transcendente no despojará de su legitimidad y valor estético á la que no lo sea.

III.

En la clasificacion de las bellas artes adopta M. Véron la comunemente admitida de artes ópticas y acústicas, comprendiendo en las primeras la arquitectura, la escultura y la pintura y en las segundas el baile, la música y la poesía. A nuestro juicio, el baile, con la mímica y la gimnástica, debiera formar un grupo especial de artes, llamadas del movimiento.

En el estudio de las bellas artes, hecho por M. Véron, abundan las observaciones atinadas y los puntos de vista originales, principalmente en los capítulos relativos á las artes plásticas, que son, sin duda, las que mejor conoce el autor. En la música y la poesía peca de conciso y no está siempre acertado.

Una de las cuestiones más importantes que acerca de las bellas artes puede proponerse la estética es la determinacion de su origen histórico. M. Véron se inclina á considerarlas como desenvolvimientos sucesivos de la palabra hablada y escrita; pero esta teoría es más ingeniosa que exacta y no pasa de ser una pura hipótesis.

En esta cuestion faltan y faltarán siempre documentos históricos. Puede afirmarse, sin embargo, que el dibujo y la escultura por una parte, y el baile, la música, y probablemente la poesía por otra, han aparecido casi simultáneamente en los comienzos, siendo la arquitectura arte más moderno. El salvaje prehistórico trazaba ya, con cierta perfeccion relativa, sobre superficies planas, la imágen de los seres que le rodeaban, y esculpía adornos y figuras en sus instrumentos de guerra. No es mucho suponer que la imitacion de los sonidos naturales llevó muy pronto al hombre á utilizar su garganta como instrumento músico, y más tarde á inventar instrumentos sencillos como la flauta, el tambor, etc., naciendo de aquí la música y el canto. El baile como expansion del exceso de fuerza nerviosa y ma-

nifestacion de emociones vivas, y como acompañamiento natural y medida del ritmo, debió seguir muy de cerca á la música, y la poesía se originó naturalmente, desde el momento en que el canto hizo necesario sujetar á ritmo y medida las palabras. La arquitectura, en cambio, simple industria al principio, sólo se hizo arte, merced á exigencias religiosas, propias de una civilizacion más adelantada, y la escultura, mera ornamentacion en los comienzos, y más tarde adorno y complemento de la arquitectura, debió tardar bastante en gozar de vida propia.

IV.

Con ser la obra de M. Véron un ensayo incompleto, es, sin embargo, de mucha importancia, por ser el primer conato de una Estética positivista. Falto de un concepto de la belleza, de un estudio de la belleza real y del exámen de ciertas ideas que con lo bello se relacionan, como lo sublime, lo cómico, lo gracioso, etc., no muy completo en el estudio de la música y de la poesía, y poco exacto en la clasificacion de las artes; el libro de M. Véron merece ser conocido, sin embargo, por todos los que se propongan estudiar la Estética sin preocupaciones metafísicas. El camino está trazado. De hoy más, la estética no será una serie de fórmulas abstrusas, inútiles para la práctica, sino el resultado de una observacion atenta y de un minucioso análisis de los fenómenos, hecho con arreglo á los procedimientos propios de la ciencia experimental. Perderá con esto su aridez y se desvanecerán las prevenciones que, con justa razon, inspira á los artistas; será norma segura del gusto y de la crítica, y provechoso estudio para todo linaje de inteligencias. Terminará asimismo, con tal procedimiento, el influjo de las empíricas rutinas y las preocupaciones académicas, rudamente flageladas en brillantes páginas por M. Véron, y obstáculos insuperables para el libre desarrollo de la espontaneidad artística; rutinas que en su mayor parte nacen del imperio de las fórmulas platónicas que aún gobiernan la Estética oficial. Considerado el arte como obra personal y libre, como interpretacion genial de la naturaleza, el artista, sin descuidar su educacion ni menospreciar los buenos modelos, buscará la regla de su inspiracion dentro de sí mismo y á la vez en la observacion de la naturaleza, apartándose igualmente del idealismo desenfrenado y temerario, y de la copia servil y grosera de lo real. De esta suerte los progresos realizados en la ciencia se reflejarán en el arte, y el vuelo que la Estética adquiriera bajo el impulso de las nuevas doctrinas, determinará vuelos no ménos poderosos en los artistas, en los críticos, y en el público, libres ya de las rutinas escolásticas, de las preocupaciones académicas y de las alucinaciones metafísicas.

M. DE LA REVILLA.



LA EXPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES

EN 1862.

EXPOSICIONES *de Cork, Dublin y Manchester.*—Antes de dar cuenta del segundo concurso internacional celebrado en Lóndres, haremos mencion de las tres importantes Exposiciones nacionales que tuvieron lugar en el Reino-Unido de la Gran Bretaña é Irlanda en el período de 1851-62. La de Cork, en 1852, de carácter industrial, y cuyo número de visitantes ascendió á 120.000. La de Dublin, en 1853, promovida por la Real Sociedad de que hemos hecho mérito en nuestro primer artículo, y debida á la munificencia de Mr. William Dazgan, quien sobre adelantar los fondos necesarios, se hizo cargo del *déficit* que hubo de resultar; este concurso, si bien tuvo en parte carácter internacional, debe considerarse simplemente como una ampliacion de las exposiciones trienales que desde 1829 venía promoviendo y costeando la benemérita sociedad irlandesa; las áreas de los tres edificios en que tuvo lugar el certámen, destinados respectivamente á las manufacturas, maquinaria y bellas artes, sumaron un total de 24.000 metros cuadrados; el número de visitantes ascendió á 1.000.000; el total recaudado fué sólo de 1.145.000 pesetas; los objetos expuestos no se sometieron al exámen de jurado alguno. Y por último, la de Manchester en 1857, dedicada exclusivamente á las bellas artes y artes aplicadas á la industria, y cuya concurrencia ascendió á 300.000 almas. Esto dicho, pasaremos á dar cuenta de la

Exposicion universal de 1862.—La iniciativa de este notable concurso débese, como en 1851, á la sociedad de artes, manufacturas y comercio; pensóse primero celebrarlo en 1861; pero los temores de que se prolongara y complicara la guerra de Italia hubieron de aplazarlo, fijándose al fin su apertura para el 1.º de Mayo de 1862. Sus antecedentes ofrecen el mismo carácter que los de la Exposicion de 1851; los medios, los procedimientos y agentes puestos en juego son casi los mismos; la iniciativa en la organizacion de los trabajos corresponde, como se ha visto, á la misma patriótica sociedad ó instituto; los recursos ó fondos disponibles tienen un igual origen, una suscripcion popular; y el Estado límitase ahora como entónces á dar forma é imprimir legalidad y carácter internacional á la empresa pensada, organizada y costada por la iniciativa privada. Hagamos de todos estos antecedentes un ligero extracto.

Antecedentes.—Habiendo los comisarios de la Exposicion de 1851

invertido, previa consulta y autoridad del gobierno, el excedente ó ganancia líquida de dicho certámen en la compra de una gran extension de terrenos en Kensington, parte de los cuales habían arrendado á la Sociedad de Horticultura para el establecimiento de un jardin destinado á exposicion permanente, natural era que buscara la sociedad de artes, al iniciar los trabajos de su segundo proyecto de Exposicion universal, el apoyo de la corporacion á que diera algunos años atras vida, fortuna y carácter. Esta asociacion era lógica. Los comisarios de 1851, concluido que hubieron su patriótico cometido, habían pasado á ser por una ampliacion de sus estatutos los depositarios y administradores de los cuantiosos fondos resultantes del concurso de Hyde Park; con el bien entendido de dedicarlos á la promocion de los intereses materiales del país dentro del espíritu de sus estatutos, y dado ese su carácter lógico, por demas era que la sociedad de artes, en Marzo de 1860, se dirigiera en consulta á los comisarios sobre si podría disponer de una parte de los terrenos de Kensington para emplazamiento de los edificios del proyectado certámen, dado que consiguiera la sociedad crear un fondo de garantía de 6.600.000 pesetas por medio de una suscripcion popular; y obtenida favorable respuesta dirígese al pueblo inglés dándole á conocer el proyecto que estudiaba y anunciando que quedaba abierta la suscripcion al citado fondo, manifestando al propio tiempo que, de responder el público á su llamamiento, proponíase solicitar del gobierno el nombramiento de cinco comisarios encargados de la ejecucion del concurso. Dado este primer paso, el resultado no podía ser dudoso; el impulso venía de muy alto, y sobre el crédito de la sociedad de artes había el gran precedente de 1851; así fué que en Junio siguiente la suscripcion estaba del todo cubierta y poco despues ascendía á más de 11 millones de pesetas. Esto hecho, obtúvose de los comisarios de 1851 la cesion de una parte de los terrenos de Kensington por todo el tiempo que durara el certámen, con la cláusula de que si las ganancias del proyectado concurso permitían á la empresa gestora del mismo la inversion de una cantidad no mayor de 1.215.000 pesetas en decorar y mejorar el edificio ó edificios que se levantarán, los comisarios cederían por noventa y cinco años á dicha empresa gestora los terrenos necesarios para la sucesiva explotacion del mismo ó de los mismos á los fines de futuras exposiciones, previo el pago de 240.000 pesetas. Y organizadas las bases generales del certámen, y aseguradas sus condiciones económicas, solicita y obtiene la sociedad de artes el nombramiento de los cinco comisarios encargados de la ejecucion del proyecto; nombrados éstos y recogidas las firmas del suscrito fondo de garantía, constitúyense en asociacion bajo el nombre de «Los Comisarios de la Exposicion de 1862», aprobándose sus estatutos el 14 de Febrero de 1861; y entónces, y no hasta entónces, el Banco de Inglaterra se compromete á adelantar los recursos que fueran necesitándose. Como se ve, estos antecedentes varían algun tanto de los de igual clase en 1851; los fondos ó recursos disponibles procedieron en aquella época, en parte, de una suscripcion, mejor dicho, de un donativo público, y en parte, de los adelantos hechos por el Banco de Inglaterra bajo la fianza ó garantía prestada por los mismos comisarios y por otras personas de alta posicion social; ahora todos los recursos dimanán exclusivamente del fondo de garantía suscrito por el público.

Hasta aquí la parte muy meritoria, y principal por cierto, tomada por la sociedad de artes: el desenvolvimiento y ejecucion del proyecto y su mérito ó demérito corresponde á los comisarios ó comision general de 1862. Nos apresuramos á hacer esta distincion

porque la crítica mostróse severísima con la manera de desenvolver el proyecto, así por lo referente á los edificios como en la gestion general del concurso. No nos es dado entrar en el análisis de esa crítica, siquiera fuera en lo referente á los edificios; nos limitaremos á exponer que algunas de las más importantes revistas científicas inglesas de aquella época censuraron en términos durísimos el proyecto del capitán del cuerpo de Ingenieros Mr. Francis Towke. Salvo el debido respeto á la autoridad de las aludidas publicaciones, nos permitiremos decir meramente que las faltas del proyecto en punto á su adaptabilidad debieron considerarse con gran indulgencia, pues lo incierto y lo indefinido de los datos de una Exposicion Universal, entónces, y aún en nuestros dias, y sobre todo el doble propósito de que el edificio, bajo el pié forzado de una gran economía, revistiera formas de construccion permanente y sirviera á fines ulteriores aún más indefinidos, requerían soluciones tan elásticas ó acomodaticias que es disculpable no se acertara con ellas: á esta obligada economía y múltiples condiciones debióse sin duda la inferioridad del edificio de Kensington, sobre la sencilla é inspirada construccion de Hyde Parck y del elaborado y costoso palacio de los Campos Elíseos. La leccion parece haberse aprovechado, pues los programas de los proyectos de edificios destinados á exposiciones suponen cada vez más precision y ménos aspiraciones. Y permítasenos aquí una ligerísima digresion. Sin duda los edificios que desde 1862 se han levantado con destino á exposiciones universales han ofrecido formas más apropiadas á sus fines; y es que las necesidades de esas grandiosas construcciones van precisándose cada dia más, y sus condiciones generales comprendiéndose cada vez mejor. Pero ¡cuánto todavía falta para llegar á una completa perfeccion en los detalles! Perfeccion que, á nuestro juicio, sólo puede resultar de un riguroso procedimiento sintético; es decir, del acierto con que concurren cada una de las naciones exponentes, y desgraciadamente las hay que casi al concluirse el certámen no saben lo que han expuesto, ni dónde lo han expuesto, ni para qué lo han expuesto... Queremos decir que no basta que la distribucion y condiciones generales del edificio sean buenas, preciso es además que se llenen los huecos, los respectivos espacios, con criterio é inteligencia, así en el caso de adoptarse una distribucion geográfica, como de distribuirse los objetos agrupando los similares, como en el caso en que se combinen ambos sistemas. Dejando esto aparte, diremos que cualesquiera que fueran los defectos del proyecto del capitán Mr. Towke en punto á distribucion de luces y reparticion de espacios, su ejecucion fué una prueba más de los grandes recursos industriales y de mano de obra del país, pues en ménos de un año hubieron de estar terminadas todas sus obras. Júzguese de la importancia de este hecho por la siguiente ligera descripcion del edificio.

Edificios.—El emplazamiento del edificio correspondió á la zona comprendida entre el lado Sur del Jardin de la Sociedad de Horticultura y la calzada de Cromwell (Cromwell-Road). La planta del cuerpo principal afectaba la forma de E ó doble escuadra midiendo el lado mayor una longitud de 350 metros por 180 de ancho en el centro y 221 en los extremos; adicionadas á esta planta, y á continuacion de los lados menores de la doble escuadra, existían dos rectángulos de una respectiva área de 14.170 metros, sobre los cuales se levantaron dos sencillas cubiertas, destinadas, la del Oeste, á la exposicion de motores, máquinas y herramientas, y la del Este á la maquinaria agrícola; constituyendo la division más importante de la planta del cuerpo principal una nave de una longitud de 244 metros por

30 de ancho, terminada por las proyecciones de dos cúpulas octogonales de un diámetro de 49 metros: paralelamente á esta nave, y en cada uno de sus lados, existían tres grandes luces rectangulares, sobre las cuales tenía vista el piso alto del edificio, destinado á galería de pinturas. El alzado lo constituían cuatro pabellones correspondientes á los ángulos externos de la doble escuadra; cuatro cuerpos salientes centrales, y las dos grandes cúpulas, cubiertas de cristal, de una altura interior de 61 metros.

Superficie total cubierta.—La total superficie cubierta ascendió á unos 114.000 metros cuadrados. Los materiales empleados en las obras exteriores fueron el ladrillo y la piedra; los soportes interiores de fundicion de hierro, y la cubierta formada de una armadura mixta de hierro y de madera. La parte más difícil y costosa de la obra fueron las dos grandes cúpulas, de un peso cada una de 110 toneladas, habiendo sido su ereccion uno de los blancos de la crítica á que hemos hecho referencia, así por tachárselas de falta de aplicacion ó utilidad, como por creerse que en nada contribuían á la belleza del conjunto. A continuacion damos los principales totales del material empleado y el coste aproximado del edificio:

Materiales empleados.

Numero de ladrillos.....	17.250.000	
Obras de piedra y de mampostería.	1.000	metros cúbicos.
Madera.....	12.000	»
Tablones.....	167.000	metros cuadrados.
Hierro fundido.....	4.900	toneladas.
Hierro.....	2.300	»
Cristal.....	66.000	metros cuadrados.
Tela embreada para los techos....	45.000	»

Coste del edificio.—Coste del edificio principal y de las galerías de máquinas.

	<u>Pesetas.</u>
Edificios.....	8.000.000
Obras de explanacion, colgaduras, jardines, etc.....	335.000
Direccion y planos.....	205.000
TOTAL.....	8.540.000

Los contratistas de las obras fueron Merry Kelk y Merry Lucas. Las principales cláusulas del pliego de condiciones, por cierto un tanto originales, fueron las siguientes: que los contratistas se obligaban al derribo de las obras, concluido que fuera el certámen, recibiendo como precio del contrato, además de todo el material, 4.700.000 pesetas, caso de no llegar los beneficios de la Exposicion á 9.700.000 pesetas, que de llegar ó exceder á dicha suma, se les abonarían 2.600.000 pesetas más; y que en el caso de que la comision general resolviera quedarse con los edificios, percibirían un total de 10.450.000 pesetas.

Número de visitantes.—*Precios de entrada.*—El número de visitantes ascendió á 6 millones. Los precios de entrada fueron los siguientes: entrada de abono, 76,65 pesetas; idem con opcion á entrar al Jardin de Horticultura, 127,75 de id.; precio de admision el 2 y 3 de Mayo, 24,35 id.; del 5 al 17 del mismo, 6,10 id.; del 19 al 31, 3,05 idem, excepto los sábados en que costaba la entrada 6,10 id. Precio de admision despues del 31 de Mayo: lunes, martes, miércoles y juéves, 1,20 id.; viérnes, 3,05 id.; sábado, 6,10 id. El 1.º de Mayo sólo se permitió la entrada á los abonados.

Duracion de la Exposicion.—La Exposicion permaneció abierta desde el 1.º de Mayo hasta el 25 de Octubre.

Coste total de la Exposicion.—El coste total, comprendido los gastos generales y edificios, se elevó á unos 11 490.000 pesetas; los ingresos excedieron á los gastos en una pequeña cantidad.

El carácter especulativo que pudo notarse al traves de la hábil gestion del concurso de Hyde Park, apareció más desnudo, más tirante en este segundo certámen; pues sobre lo elevado de los precios que hemos puesto arriba y de la explotacion de los monopolios que se abrogó la Comision general, llegóse hasta negar entrada libre hasta á los mismos expositores. A propósito, exponremos aquí una nuestra opinion: que las concesiones de empresas de esta clase ó corporaciones privadas, con tener muchas ventajas, ofrecen el peligro de no sujetárselas á ciertas prudentes restricciones, de despertar la codicia y de quitar á los certámenes internacionales una gran parte de su valor, como centros de enseñanza y de cultura popular.

Distribucion.—La distribucion global adoptada, segun ya lo hemos indicado, fué como sigue: los objetos de bellas artes se colocaron en la galería superior del cuerpo principal del edificio; las manufacturas en la planta baja del mismo, y las máquinas en los dos anexos laterales. Añadiremos que la mitad del largo de la citada planta baja destinóse á los expositores británicos, agrupándose los objetos con arreglo á la clasificacion adoptada; la otra mitad distribuyóse entre las naciones extranjeras concurrentes en partes proporcionales á su respectiva representacion, localizándolas sin orden alguno geográfico; unas favorablemente situadas debajo de las grandes cúpulas y luces rectangulares de que hemos hecho mérito, y otras en las peores condiciones debajo del piso de las galerías de pinturas: en cuanto á la distribucion de detalle, dejóse á cada nacion en completa libertad. Siendo casi excusado decir que las malas condiciones de distribucion de las luces y de las vías de circulacion ocasionaron quejas sin cuento de parte de los expositores. Diremos, empero, que de ambos defectos estuvieron exentas las galerías de pinturas.

Clasificacion.—La clasificacion, como puede verse á continuacion, difiere muy poco de la adoptada en 1851.

SECCION 1.^a (4 clases).

1. Explotacion de minas y canteras, metalurgia y productos minerales.
2. Productos químicos, farmacia.
3. Sustancias usadas como alimento.
4. Productos animales y vegetales usados en la industria.

SECCION 2.^a (13 clases).

5. Ferro-carriles, locomotoras, coches, etc.
6. Vehículos, carruajes.
7. Máquinas y herramientas de uso especial.
8. Motores, aparatos y máquinas de uso general.
9. Máquinas y herramientas agrícolas de huerta y de jardin.
10. Construcciones civiles.
11. Arte militar: construcciones, armamentos, administracion, armas de todas clases.
12. Arquitectura naval, aparejos, etc.
13. Instrumentos de física; su aplicacion.
14. Fotografía; aparatos, procedimientos, trabajos.
15. Relojería.

16. Instrumentos de música.
17. Instrumentos de cirugía; aplicaciones.

SECCION 3.^a (19 clases).

18. Manufacturas de algodón.
19. » de lino y de cáñamo.
20. » de seda y de terciopelo.
21. » de lana, de estambre y mixtas.
22. Alfombras.
23. Muestras de impresion y de tinte de objetos hilados, tejidos, afieltrados ó extendidos.
24. Tapices, encajes y bordados.
25. Manufacturas de pelo, de pluma y cabello.
26. Idem de cuero, incluyendo talabartería.
27. Ropa hecha.
28. Papel, artículos de escritorio, impresion y encuadernacion.
29. Educacion; textos, material, etc.
30. Muebles y ornamentacion, papel pintado, *papier maché*.
31. Manufacturas de hierro; utensilios.
32. Idem de acero; herramientas, cuchillería.
33. Trabajo de los metales preciosos; joyería.
34. Cristal y vidrio.
35. Cerámica.
36. Objetos no especificados.

SECCION 4.^a (4 clases).

37. Arquitectura.
38. Pintura al óleo, á la aguada, dibujo.
39. Escultura, modelos entallados.
40. Grabados, litografías.

NOTA. De las 36 primeras clases se formaron para el exámen del Jurado 29 sub-clases.

Jurado.—*Número de expositores.*—En la organizacion del Jurado y sistema de premios adoptado, se ofrecen algunas variantes. Las medallas, por ejemplo, redujéronse á una sola clase, concediéndose en virtud del mérito absoluto de los objetos. Las naciones extranjeras nombraron un jurado en cada una de las clases en que contarán 20 ó más expositores, y asimismo otro en cada una de las sub-clases en que contarán por lo ménos 18. Los jurados nacionales se nombraron por la Comision general á propuesta de los mismos expositores; á este efecto se concedió á cada expositor el derecho de proponer para la clase ó sub-clase en que figurara tres personas, reservándose las comisiones generales el derecho de eleccion. La reparticion de los premios se fijó para el 15 de Junio, disponiéndose que se anunciaran sobre los objetos premiados.—Los objetos de bellas artes no se sometieron al exámen del Jurado. El número de expositores fué de unos 26.000; 8.000 nacionales y 18.000 extranjeros.

Otros servicios.—En la organizacion de los principales servicios administrativos y económicos del concurso, policía, aduanas, abasto de agua, precauciones contra incendios, etc., no se ofreció nada que con igual ó mayor perfeccion se manifestara en las dos Exposiciones universales anteriores; echóse en cambio á falta el servicio de privilegios de invencion, por no haberse hecho cargo la Comision general de garantir, como se hizo en 1851 y 1855, la propiedad de los dibujos é invenciones expuestas.

Conclusion.—En la Exposicion de 1862 diéronse á conocer los no-

bilísimos adelantos realizados en la metalurgia y conduccion de máquinas, y en las industrias fisico-químicas desde 1851; la fotografía y la telegrafía eléctrica, por ejemplo, acusaron en aquel concurso un grado de adelanto asombroso; la gran economía de combustible realizada en las máquinas locomotoras y marítimas y los perfeccionamientos introducidos en el material agrícola, fueron tres de los puntos salientes de la seccion de máquinas; evidenciándose además en gran manera la importancia y desarrollo de la industria del acero.

Revisando el papel representado por cada una de las naciones exponentes, encontramos que los adelantos industriales realizados por Francia, Bélgica, Alemania y Austria, alcanzaron y preocuparon grandemente á la sin rival hasta entónces Inglaterra; acaso á esto se deba el que no haya celebrado en tantos años otra Exposicion universal y se haya dedicado tan asiduamente á promover los concursos especiales y á introducir radicales reformas en su enseñanza profesional; no dejando por eso de concurrir, con no ménos asiduidad y espíritu de estudio, á todas las exposiciones internacionales que se han celebrado posteriormente. En cuanto á nosotros, ¡ah! ¡Cuánto nos cuesta sacar á relacion nuestro nombre en materia de exposiciones universales! Si bien el número de expositores ascendió á 1.600 sobre 500 en 1855 y 290 en 1851, encontramos en los informes publicados sobre aquel certámen la misma humillante declaracion de siempre: «que contamos con una inmensa riqueza natural sin explotar por efecto de nuestras luchas y discordias políticas...» ¡Ojalá que aprendiésemos de Inglaterra á promover las exposiciones especiales y á concurrir á las universales con inteligencia y espíritu de estudio, como aconseja en parte con gran autoridad el distinguido autor del precioso libro *Progresos industriales*.

En resúmen: si la Exposicion de 1862 no gozó de la popularidad de la de 1851, fué sin duda superior á aquella como centro de enseñanza y de estudio. Acaso debióse esa falta de popularidad á la ausencia del ilustre Príncipe que tanto contribuyó á la realizacion y brillo del primer certámen internacional. Y concluyamos haciendo constar que la memoria de tan señalado servicio consérvese en el monumento de granito y de bronce levantado en 1863 en el jardin de la Sociedad de Horticultura, y en cuyo pedestal se lee la inscripcion que á continuacion traducimos

LEVANTADO POR MEDIO DE UNA SUSCRICION POPULAR
CON EL SÓLO PROPÓSITO, EN UN PRINCIPIO, DE CONMEMORAR
LA EXPOSICION INTERNACIONAL
DE 1851,
POSTERIORMENTE
DEDICADO TAMBIEN Á LA MEMORIA DE
EL GRAN AUTOR DE AQUELLA EMPRESA
EL BUEN PRINCIPE.

.....
.....
.....



ÍNDICE DEL TOMO XVI.

15 DE JULIO.

	Páginas.
El primer amor, cuento fantástico.....	5
Cómo vino la decadencia de España.— <i>Joaquin Sanchez de Toca</i> ..	22
El antiguo Egipto y sus creencias.—Discurso leído por <i>D. Pompeyo Gener</i> en el Ateneo Barcelonés.....	48
La filosofía de Kant.....	69
Cervántes y la embajada francesa en Madrid.— <i>Nicolás Diaz de Benjumea</i>	88
Crónica de la quincena.— <i>F</i>	107
Revista crítica.— <i>M. de la Revilla</i>	121

30 DE JULIO.

La Peste negra.—Cuento singular, escrito en portugues por <i>Gomez Leal</i> .— <i>Sofía Tartilan</i>	129
Cómo vino la decadencia de España.— <i>Joaquin Sanchez de Toca</i> ..	145
La emancipacion del niño.— <i>M. de la Revilla</i>	173
Cristóbal Colon —Algunas consideraciones acerca de su biografía.— <i>Manuel G. Llana</i>	193
Los límites de los conocimientos naturales.—Discurso pronunciado en Mónaco en una sesion de la Sociedad Germánica, por el profesor <i>C. Von Nageli</i>	215
Correspondencia de Paris.— <i>Ch. Bigot</i>	238
Crónica de la quincena.— <i>F</i>	246

15 DE AGOSTO.

La carta de luto.— <i>J. Campo Arana</i>	257
Los límites de los conocimientos naturales.—Discurso pronunciado en Mónaco en una sesion de la Sociedad Germánica, por el profesor <i>C. Von Nageli</i>	277
Descendencia y darwinismo.....	295
La crisis —Segunda parte.— <i>P. Estasen</i>	314
Bocetos literarios: <i>D. José Zorrilla</i> .— <i>M. de la Revilla</i>	345
Cómo vino la decadencia de España.— <i>Joaquin Sanchez de Toca</i> ..	358
La Exposicion Universal de Paris en 1867.....	370

30 DE AGOSTO.

La carta de luto.— <i>J. Campo Arana</i>	385
Cómo vino la decadencia de España — <i>Joaquin Sanchez de Toca</i> ..	395
Las batallas modernas.— <i>Francisco Barado y Font</i>	432
Estado actual del mundo animal.— <i>O. Schmitt</i>	448
La vida en Kisawlee, pueblo de campo en el Canadá.— <i>Shebauticon</i> .	461
El Materialismo moderno.—Su aptitud respecto de la teología.— <i>James Martineau</i>	476
Análisis y ensayos.— <i>M. de la Revilla</i>	497
La Exposicion universal de Lóndres en 1862.....	505

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO XVI.

Madrid 30 de Agosto de 1878.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.

